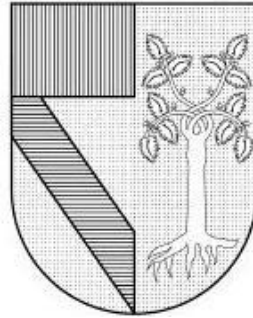


UNIVERSIDAD PANAMERICANA

FACULTAD DE FILOSOFÍA



LA RELACIÓN IMITATIVA ENTRE DON QUIJOTE Y SANCHO

TESIS

QUE PRESENTA

FRANCISCO JAVIER ARCE GARGOLLO

PARA OBTENER EL GRADO DE :

MAESTRO EN HISTORIA DEL PENSAMIENTO

DIRECTOR DE LA TESIS:

Dr. VICENTE DE HARO ROMO

Para María Teresa y Ana Isabel.

ÍNDICE

<u>INTRODUCCIÓN</u>	5
<u>CAPÍTULO I. MIGUEL DE CERVANTES SU ESPAÑA Y VIDA</u>	
<u>1.1</u> Contexto histórico y estructura social	7
<u>1.2</u> Los antepasados y la familia. Formación y retrato de Miguel de Cervantes	14
<u>1.3</u> De los primeros años a Italia	21
<u>1.4</u> Entre las armas y las letras: de la Batalla de Lepanto al Cautiverio	24
<u>1.5</u> Los baños de Argel, los intentos de fuga, la vuelta a España	27
<u>1.6</u> La obra literaria de Miguel de Cervantes	33
<u>1.6.1</u> Poesía, Teatro, Novela	33
<u>1.6.2</u> La Galatea, Las novelas ejemplares, El Quijote y El Persiles	36
<u>CAPÍTULO II. CERVANTES Y LOS LIBROS DE CABALLERÍA</u>	
<u>2.1</u> La caballería como estamento social del Medioevo	43
<u>2.2</u> Leyes y usos de la caballería	47
<u>2.3</u> Cómo don Quijote se aviene a las leyes y es armado caballero	49
<u>2.4</u> El honor, el reto y la satisfacción	51
<u>2.5</u> Influencia de la novela de caballería en El Quijote	54
<u>CAPÍTULO III. DON QUIJOTE Y SANCHO: PERSONAJES DE CERVANTES</u>	
<u>3.1</u> Quién es don Quijote para Cervantes, cómo se ve a sí mismo y cómo lo perciben Sancho los demás	60
<u>3.2</u> Quién es Sancho para Cervantes, cómo se ve a sí mismo y cómo lo perciben don Quijote y los demás	67
<u>3.3</u> Locura y lucidez en don Quijote, su personalidad dual	73
<u>3.4</u> Sueño e ideales en don Quijote	85
<u>CAPÍTULO IV. LOS MODELOS DE DON QUIJOTE Y SANCHO; TEORÍA MIMÉTICA DE RENE GIRARD</u>	
<u>4.1</u> Definición teórica de la mediación externa e interna	87
<u>4.2</u> Los mediadores de don Quijote, Julian Sorel y Madame Bovary ..	89
<u>4.3</u> La relación cotidiana entre mediadores: caballero y escudero	94
<u>4.4</u> Acuerdos que rigen la relación entre don Quijote y Sancho	98
<u>4.5</u> El Amadís de Gaula, “mediador externo” y modelo a imitar para don Quijote	102
<u>4.5.1</u> Sancho, “mediador externo” de don Quijote	111
<u>4.5.2</u> Don Quijote, “mediador externo” de Sancho	112

<u>CONCLUSIONES</u>	117
<u>BIBLIOGRAFÍA</u>	121

INTRODUCCIÓN

Desocupado lector:

En esta tesis, me propongo estudiar la relación que se establece entre el caballero, don Quijote de la Mancha, y su escudero, Sancho Panza, a la luz de las ideas de René Girard acerca de los modelos que imitan. Aportaré algunas observaciones sobre el perfil humano de estos dos personajes que –aunque de ficción–, son reflejo del mundo real.

Revisé la organización política, económica, social y jurídica de la España de principios del siglo XVII, para entender, en su contexto, a un hidalgo pobre que se convierte en caballero andante para hacer justicia y deshacer entuertos en donde, muchas veces, las autoridades instituidas no funcionan.

En este estudio resaltaré los valores de la novela, el carácter humano de los personajes, el desarrollo de la personalidad de don Quijote y Sancho, así como la influencia de uno sobre el otro y de sus respectivos modelos.

Con la teoría mimética de René Girard explicaré quiénes son los mediadores o modelos del caballero don Quijote y de su escudero Sancho, sobre la premisa de que el deseo humano es mimético y de que una historia como la del *Quijote* no puede ser más fiel a la vida.

Aunque el tema es ambicioso, he buscado que no sea extenso, pues bien dice el caballero a su escudero: “sé breve en tus razonamientos, que ninguno hay gustoso si es largo” (I, XII, p. 193).

Para la elaboración de este trabajo, hice una cuidadosa relectura del *Quijote* y he transcrito muchos párrafos de la novela para ilustrar las ideas que se exponen.

He procurado ser preciso, pues dice nuestro caballero andante: “Llaneza, no te encumbres, que toda afectación es mala” (II, XXVI, p. 754).

Este ensayo está destinado no solo a lectores y estudiosos del *Quijote*, sino también, a quienes desean conocer ciertos aspectos de esta grandiosa obra literaria.

Agradezco cumplidamente al doctor Vicente de Haro Romo su dedicada revisión y dirección de la tesis, así como sus invaluable aportaciones al tema.

Gracias a mi hermano Pablo por el interés con que revisó el texto final, corrigió el estilo e hizo valiosos agregados.

Me tomó tiempo elaborar este trabajo, pero “las obras que se hacen aprisa nunca se acaban con la perfección que requieren” (II, IV, p. 578).

En el *prólogo* a la primera parte del *Quijote*, Cervantes confiesa (y el que escribe también) que le hubiese gustado que su libro fuese “como hijo del entendimiento, el más hermoso, el más gallardo y discreto que pudiera imaginarse”, pero “cada cosa engendra su semejante”.

Humildemente, reconozco, sin embargo, que como señala el “Decálogo del artista” de Gabriela Mistral:

“De toda creación saldrás con vergüenza, porque fue inferior a tu sueño.”

CAPÍTULO I

MIGUEL DE CERVANTES SU ESPAÑA Y SU VIDA

*No sabemos quién fue Miguel de Cervantes,
pero el mundo es cervantino
(Villoro J., 2014)*

1.1. Contexto histórico y estructura social

a) Contexto histórico.

Se conoce poco, y no con exactitud, de la vida de Miguel de Cervantes. En sus obras encontramos algunas referencias a su vida, pero no todas han sido comprobadas documentalmente.

La vida del autor del Quijote transcurre durante el reinado de los primeros Austrias. Su nacimiento e infancia se dan bajo el reinado de Carlos V (1516-1556), la mayor parte de su vida se desarrolla en la época de Felipe II (1556-1598) y durante el reinado de Felipe III (1598-1621) se publican las dos partes del *Quijote*.¹

En el año de 1547, en el que nació Cervantes, hubo cambios importantes en la historia de Europa y de América. Las tropas imperiales de Carlos V ganaron la batalla de Mühlberg contra los príncipes protestantes alemanes de la Liga Esmalcalda, con lo que el Imperio

¹ Todas las referencias al *Quijote* son del libro Cervantes M., (2014), *Don Quijote de la Mancha*, Edición, notas y anexos de Francisco Rico, décima impresión, Madrid, Punto de Lectura. Se cita la Primera o Segunda parte, el capítulo y la página, por ejemplo (II, XVI, p. 664). En adelante se cita como *Quijote*.

Español se consolidó y alcanzó su auge. De este año data el primer índice que prohíbe los libros sediciosos y que obligará a los autores a que sus obras sean revisadas por la Inquisición. También en ese año murieron Francisco I de Francia, Enrique VIII de Inglaterra y, en Castilleja de la Cuesta, Sevilla, Hernán Cortés, el conquistador de la Nueva España, a quien Cervantes hace una referencia en el *Quijote*:² «¿quién barrenó los navíos y dejó en seco y aislados los valerosos españoles guiados por el cortesísimo Cortés en el Nuevo Mundo?» (II, VIII, p. 605).

Un año antes había muerto Martín Lutero, quien comenzó e impulsó la Reforma protestante —la reacción católica dio origen a la Contrarreforma y al Concilio de Trento— y, murió también Francisco de Vitoria, el teólogo dominico de Salamanca que con su claro pensamiento sentó las bases de los justos títulos de la conquista de América, que dieron pie a las nuevas ordenanzas de población, y ya no de conquista, sobre nuevas tierras a las que el autor del *Quijote* tuvo ilusión de ir con un cargo de la Corte, que no consiguió.

En la segunda mitad del siglo XVI hay dos importantes acontecimientos en la historia de España que van a influir en la vida de Cervantes. El primero es la batalla de Lepanto del 7 de octubre de 1571, en la que participará directamente como valiente soldado en la galera *La Marquesa*; y el segundo está relacionado con la Armada Invencible que, en 1588, Felipe II envía para destronar a la reina Isabel e invadir Inglaterra, y en la que Cervantes tendrá una participación indirecta como

² Cfr. Canavaggio, J. (2015). pp. 26 - 32.

comisario de abastos, que lo llevará a recorrer caminos y aldeas persiguiendo deudores.

Para 1550, España tenía, aproximadamente, seis o siete millones de habitantes, su economía prosperaba con una agricultura dinámica y una industria textil exportadora. La Corte de Carlos V era itinerante y el monarca estaba muchas veces fuera de España. Su sucesor, Felipe II, establecerá su Corte en Madrid, la ciudad que será el centro donde Cervantes pasará los principales años de su vida que, por otro lado, fue aventurera y viajera.

Tal como dice Canavaggio,

Mientras el siglo XVI, al menos hasta 1580, había sido un periodo de expansión, el XVII presencié el estancamiento del número de habitantes de la península. Hay varias razones para este estancamiento: las cuatro epidemias de peste (en especial las de 1596-1602 y de 1647-1652), que provocaron más de un millón de muertos; la subalimentación crónica, provocada por las crisis de subsistencia que da lugar a violentos levantamientos populares; la expulsión de los moriscos que, entre 1604 y 1611, diezma Aragón y Valencia y priva al país de trescientos mil habitantes; la lenta pero constante hemorragia ocasionada por las guerras europeas y la emigración hacia las Indias. (Canavaggio, J., 2015a, p. 8.).

b) La estructura social de la España quijotesca

La España que recorre don Quijote por sus caminos y aldeas es principalmente una España rústica, poblada de villanos o pecheros, unos son labradores y otros pastores. Los villanos eran habitantes de las villas y pagaban un tributo que se conocía como pecho, que era un impuesto al rey o señor territorial en razón de sus bienes o haciendas.³

³Cfr. Escriche, J. (1998), voz: pecho.

De ahí el nombre de «pechero» que encontramos en algunas páginas del *Quijote*.

En cuanto a los labradores, son muchos y variados los que desfilan por las páginas de la novela, comenzando por Sancho Panza, «un labrador vecino suyo» (I, VII, p. 72), los que aparecen en la historia de la pastora Marcela, «cuantos ricos mancebos, hidalgos y labradores, han tomado el traje de Grisóstomo y la andan requebrando por esos campos» (I, XII, p. 107), los ricos labradores padres de Dorotea (I, XXVIII, p. 278), Camacho «el rico» y Quiteria «la hermosa» son labradores (II, XIX), también lo es el del Verde Gabán, «un caballero labrador y rico» (II, XVIII, p. 680) y, en el juicio de las caperuzas, una de las partes es un labrador: «entraron en el juzgado dos hombres, el uno vestido de labrador y el otro de sastre» (II, XLV, p. 889).

Desde la Edad Media, las clases sociales de la España de don Quijote de la Mancha estaban organizadas por distintos estamentos:

En la baja Edad Media la sociedad hispano-cristiana era una sociedad estamental, o sea, organizada en estamentos o grupos sociales dotados de su propio estatuto jurídico y de su propia función en el Estado y en la vida económica y social. Se distinguieron jerárquicamente tres estados o estamentos de la sociedad de la baja Edad Media: 1º el de los nobles o caballeros, o sea, los que combaten con las armas (bellatores, pugnatores); 2º el de los clérigos o sacerdotes que rezan (oratores); y 3º el de los trabajadores (laboratores), último orden de la jerarquía estamental, donde se incluían los labradores de los campos y los burgueses de las ciudades, dedicados al comercio, la industria y otras actividades. (Valdeavellano, L., 1975, p. 315).

En el *Quijote* encontramos villanos o pecheros, hidalgos, caballeros, nobles y personas que pertenecen al mundo eclesiástico: curas y canónigos. En este entramado social hay relaciones de «vasallaje» o de sumisión en diferentes grados.

En esa sociedad hay una movilidad social, de modo que los villanos quieren ser hidalgos y estos, a su vez, caballeros y nobles. Esto se explica en la historia que de su vida cuenta al cura, al barbero y a Sancho Panza la bella Dorotea (también princesa Micomicona):

— En esta Andalucía hay un lugar de quien toma título un duque, que le hace uno de los que llaman grandes en España.[...] Deste señor son vasallos mis padres, humildes en linaje; pero tan ricos, que si los bienes de su naturaleza igualaran a los de su fortuna, ni ellos tuvieran más que desear ni yo temiera verme en la desdicha en que me veo; porque quizá nace mi poca ventura de la que no tuvieron ellos en no haber nacido ilustres.[...] Ellos, en fin, son labradores, gente llana, sin mezcla de alguna raza mal sonante y, como suele decirse, cristianos viejos ranciosos; pero tan ricos, que su riqueza y magnífico trato les va poco a poco adquiriendo nombre de hidalgos, y aun de caballeros (I, XXVIII, pp. 278 y 279).

La organización social de la Edad Media y de la España de los siglos XVI y XVII, basada en estamentos, no era del todo rígida, sino que un labrador del tercer estado podía acceder a la nobleza, lo que sabe bien don Quijote.

Ese modelo de sociedad era muy simple en teoría y muy complejo en la realidad. La teoría se asentaba, como es bien conocido, en el reconocimiento de dos clases privilegiadas, la nobleza y el clero, y un tercer estado que solía llamarse general o llano. A veces se usaban otras denominaciones, como estado de los buenos hombres pecheros, porque el distintivo común de los privilegiados, aparte de otras preeminencias, era no pagar pechos, o sea, impuestos directos, personales, símbolo de sumisión y servidumbre. Este concepto estamental de la sociedad era, por decirlo así, el oficial y reconocido; aparece a través de toda la legislación, de la literatura jurídica, de los arbitrios, memoriales y producciones de tipo político, tan abundantes en aquella época. Y, por supuesto, aparece constantemente en la amena literatura, porque era el molde en que se configuraba la realidad social; el *Quijote* usa constantemente estos conceptos: nobles, plebeyos, señores, vasallos. (Domínguez, A., 1997).

Don Quijote es un «hidalgo de los de lanza en astillero». En su linaje menciona a sus bisabuelos, cuando limpia sus armas para armarse

caballero (I, 1, p. 31) y a una abuela que le hablaba de la dueña Quintañoa (I, XLIX, p. 506). También dice que su antepasado es el valiente español «Gutierre Quijada (de cuya alcurnia yo desciendo por línea recta de varón)». (I, XLIX, p. 507). Es «hijodalgo de solar conocido, de posesión y propiedad» (I, XXI, p. 196).

Pero una vez que en la venta es armado caballero, se convierte en caballero autorizado, según las reglas de la caballería, para profesar el ejercicio de la caballería andante. Así le llaman en el transcurrir de la historia y, en la carta que envía a Dulcinea, él mismo firma como el «Caballero de la Triste Figura» (I, XIX, p. 171). Después de la aventura de los leones, será también el “Caballero de los Leones” (II, XVII, p. 677).

Nos explica el cervantista comentador del Quijote, Francisco Rico:

El rango de don Quijote está confirmado por el respeto con el que sus convecinos tratan al «honrado hidalgo del señor Quijana» (I, V, p. 58) y tiene el respaldo imprescindible de unas heredades, modestas y cada vez más mermadas. Un humilde hidalgo como él no tenía más horizontes que el mantenimiento de su condición. (Rico, F., 2014, pp. 1123 y 1127).

En los reinos de León y Castilla, desde el siglo XII, a los nobles de segunda categoría, se les denominó, en romance, hidalgo o hijodalgo, para significar que era «hombre de valía, de pro», o sea, «hombre que tiene un valor heredado».

En el título de la primera parte del *Quijote* se cuenta la historia del «ingenioso hidalgo», en la parte segunda, el libro tiene por título la del «ingenioso caballero», porque ya en la primera parte el hidalgo ha sido armado caballero (I, III).

Hay otros caballeros que desfilan en la novela como «el Caballero del Bosque», que es también «el Caballero los Espejos» (II, XII), «el Caballero del Verde Gabán» (II, XVI, XVII y XVIII) y «el Caballero de la Blanca Luna» (II, LXIV).

El Diccionario de don Joaquín Escriche dice de estas categorías sociales:

Hidalgo. El que por su sangre y linage es de una clase noble y distinguida.

Caballero. El hidalgo de calificada nobleza: -el que está armado caballero y profesa alguna de las órdenes de caballería, a saber, de Santiago, Calatrava, Alcántara o Montesa; - antiguamente el soldado de a caballo.

Nobleza. Cierta calidad de distinción que por razón de su estado eleva al hombre a una clase superior a la ordinaria de los demás, y le hace gozar de ciertos derechos y exenciones. Hay nobleza de privilegio y nobleza de sangre. Esto es, nobleza adquirida por acciones gloriosas, y nobleza heredada por los mayores. La nobleza de privilegio es la concedida por el soberano en remuneración a servicios hechos al estado; la nobleza de sangre es la que viene por linaje, es decir, la que se hereda de aquellos a quienes se concedió por privilegio.

Linage. La descendencia o línea de cualquier familia. En algunas partes se llaman *linages* los vecinos nobles reconocidos por tales o incorporados en el cuerpo de la nobleza. (Escriche, J., 1998, voces: hidalgo, caballero, nobleza y linaje).

El caballero manchego explica a su Sobrina los linajes y las escalas sociales de los nobles y caballeros:

Tienes mucha razón, Sobrina, en lo que dices —respondió don Quijote—, y cosas te pudiera yo decir cerca de los linajes, que te admiraran; a cuatro suertes de linajes (y estadme atentas) se pueden reducir todos los que hay en el mundo, que son éstas: unos, que tuvieron principios humildes, y se fueron extendiendo y dilatando, hasta llegar a una suma grandeza; otros, que tuvieron principios grandes, y los fueron conservando, y los conservan y mantienen en el ser que comenzaron; otros, que aunque tuvieron principios grandes, acabaron en punta, como pirámide, habiendo disminuido y aniquilado su principio hasta parar en nonada; otros hay (y éstos son los más) que ni tuvieron principio bueno, ni razonable medio, y así tendrán el fin, sin nombre, como el linaje de la gente plebeya y ordinaria (II, VI, p. 591).

En lo que se refiere al clero, nos explica Cannavagio que la situación no es uniforme. Hay una infantería clerical, que son los vicarios del campo y una élite urbana: episcopado de extracción nobiliaria, órdenes «mundanas» como los jesuitas.⁴

En el *Quijote* aparecen descritos el cura Pero Pérez de la aldea de don Quijote, un cura de la poco prestigiada Universidad de Cigüenza; el canónigo de Toledo, de más alcurnia clerical y cultural y, «el grave eclesiástico de estos que gobiernan las casas de los príncipes», de la segunda parte de la obra, que amonesta a don Quijote en casa de los duques (II, XXXI).

1.2. Los antepasados y la familia. Formación y retrato de Miguel de Cervantes.

a) Los antepasados y la familia

En cuanto al linaje de los Cervantes, hay registros que lo remontan al siglo XII, aunque el apellido se ha repartido en España y América. En la historia del *Cautivo*, que aparece en el *Quijote*, dice su autor: «en un lugar de las montañas de León tuvo principio mi linaje» (I, XXXIX, p. 399). En la provincia de Lugo, en Galicia, se encuentra el castillo Cervantes elevado sobre imponentes rocas vecinas del entonces reino de León. De este linaje destacan, a principios del siglo XIV el arzobispo de Sevilla y Cardenal don Juan de Cervantes, cuyo sepulcro de mármol se conserva dentro de la Catedral sevillana y Don Leonel Gómez de

⁴ Cfr. Canavaggio, J. (2015), p. 11.

Cervantes y Tello (1486-1564), o el Comendador Cervantes, natural de Burgos, el primer Cervantes que llegó a la Nueva España en la nave *Capitana* con la expedición de Pánfilo de Narváez, quien después se unió a las huestes de Hernán Cortés y tuvo un importante papel en la conquista de la Nueva España.⁵ De este conquistador hay actualmente descendientes directos en México, entre los que me encuentro.

Los antecedentes más cercanos de Miguel de Cervantes de los que se tiene noticia son, por el lado paterno, su antepasado Ruy Díaz de Cervantes, pañero en Córdoba en la época de los Reyes Católicos y padre de Juan de Cervantes. Este Juan, bisabuelo cordobés, estudió en Salamanca, fue abogado y desempeñó varios cargos. Fue teniente de corregidor y ocupó otros puestos importantes en diversas ciudades españolas; al final de su vida fue abogado de la Inquisición. Su hijo don Juan se casó con doña Leonor de Torreblanca y tuvieron cuatro hijos, entre ellos Rodrigo, padre de Miguel, cirujano-barbero, asentado en Alcalá, quien contrajo matrimonio con Leonor de Cortinas. De este matrimonio nacerán: Andrés, Andrea, Luisa, nuestro autor Miguel, Rodrigo, Magdalena y Juan.⁶ La madre de Miguel pertenecía a una familia de terratenientes de Castilla la Vieja, sabía leer y escribir, era una mujer culta.

Saavedra no era el apellido de Cervantes, ni tampoco un patronímico que llevaran sus antepasados. Es un nombre libremente escogido por

⁵ Cfr. Thomas, H. (2001), p. 201.

⁶ Cfr. Canavaggio, J. (2015), pp. 34 - 37.

el autor de *La Galatea* después de su cautiverio y esta elección apunta a una compleja red de significantes, en particular, a problemas de identidad derivados del trauma del cautiverio.⁷

Circunstancias económicas de la familia los obligan a abandonar Alcalá por la próspera Valladolid. Hacia 1566, los Cervantes se instalan en Madrid, ciudad que tiene entonces treinta y cinco mil habitantes y en la que Felipe II ha asentado la Corte. No se tienen muchos más datos de la infancia y juventud de Miguel. En estos frecuentes cambios de domicilio, Cervantes conocerá muchas ciudades, lugares y caminos que aparecerán en su obra.

b) Formación del autor del Quijote.

Parece que Cervantes estudió en un colegio de jesuitas. En Madrid, asistió al Estudio de la Villa regentado por el catedrático de gramática y filoerasmista Juan López de Hoyos, que en 1569 publicó un libro sobre la enfermedad y muerte de la reina Isabel de Valois, tercera esposa de Felipe II, en el que incluye dos poesías de Cervantes, a quien llama «nuestro caro y amado discípulo».

«Cervantes halló su fuente de sabiduría, más en la vida y la experiencia que en los libros y fue hombre más de acción que de meditación». (Canavaggio, J., 2015, p. 325). Como buen observador de la realidad, en su vida andariega adquirió sabiduría práctica. «—Ahora digo —dijo

⁷ Cfr. Garcés, M. (2001), p.

a esta sazón don Quijote— que el que lee mucho y anda mucho, vee mucho y sabe mucho.» (II, XXV, p. 746).

Cervantes «es un humanista en el sentido amplio del término, formado muy lejos del polvo de las bibliotecas, en la escuela de la vida y de la adversidad». (Rico, F., 2014, p. 28). Aprendió de la experiencia de su vida y muestra conocimientos de literatura italiana y española, de poesía, teatro, historia y de obras de la antigüedad clásica.

c) La idea de justicia y de libertad.

Cervantes tiene un claro concepto de la justicia, que es parte importante de la formación de un caballero andante. Así, explica don Quijote al del Verde Gabán: «El que la profesa ha de ser jurisperito y saber las leyes de la justicia distributiva y conmutativa, para dar a cada uno lo que es suyo y lo que le conviene.» (II, XVIII, p. 682).

En el encuentro con Roque Guinart, jefe de bandoleros y «caballero» en su medio, éste manda devolver y repartir lo robado que no defrauda la justicia distributiva.

Mandóselos volver al punto Roque Guinart y, mandando poner los suyos en ala, mandó traer allí delante todos los vestidos, joyas y dineros y todo aquello que desde la última repartición habían robado; y haciendo brevemente el tanteo, volviendo lo no repartible y reduciéndolo a dineros, lo repartió por toda su compañía, con tanta legalidad y prudencia, que no pasó un punto ni defraudó nada de la justicia distributiva. (II, LX, p. 1013).

Miguel de Cervantes no era abogado, ni tuvo alguna formación que lo aproximara a la ciencia jurídica. Pero era un costumbrista y, en algún momento, fue víctima de procesos y de cárcel, también hizo numerosos trámites de escribanía, como poderes, y fue testigo de documentos notariales. No debe extrañar que la materia del derecho aflore en sus

relatos, *Los Entremeses* o *Las Novelas Ejemplares*. Por ejemplo, en la novela de *El licenciado Vidriera* habla bien de los escribanos, como no lo hacen algunos de sus contemporáneos, por ejemplo, Francisco de Quevedo y Lope de Vega.

... Siendo un oficio el de escribano sin el cual andaría la verdad por el mundo a sombra de tejados corrida y maltratada;[...] Es el escribano persona pública, y el oficio del juez no se puede ejercitar cómodamente sin el suyo. Los escribanos han de ser libres, y no esclavos, ni hijos de esclavos; legítimos, no bastardos, ni de ninguna mala raza nacidos. Juran de secreto, fidelidad y que no harán escritura usuraria; que ni amistad, ni enemistad, provecho o daño les moverá a no hacer su oficio con buena y cristiana conciencia. (Cervantes, M., 1967, p. 886).

Conoce también de la actuación de quienes deben practicar la justicia y comenta el hecho de que en su tiempo muchos jueces de comisión recibían el vilipendio popular. Así lo refiere en *El licenciado Vidriera*:

Pasó acaso una vez por delante donde él estaba un juez de comisión que iba de camino a una causa criminal, y llevaba mucha gente consigo y dos alguaciles; preguntó quién era, y, como se lo dijeron, dijo: Yo apostaré que lleva aquel juez víboras en el seno, pistoletes en la cinta y rayos en las manos, para destruir todo lo que alcanzare su comisión. Yo me acuerdo haber tenido un amigo que, en una comisión criminal que tuvo, dio una sentencia tan exorbitante, que excedía en muchos quilates a la culpa de los delincuentes. Preguntéle que por qué había dado aquella tan cruel sentencia y hecho tan manifiesta injusticia. Respondióme que pensaba otorgar la apelación, y que con esto dejaba campo abierto a los señores del Consejo para mostrar su misericordia, moderando y poniendo aquella su rigurosa sentencia en su punto y debida proporción. Yo le respondí que mejor fuera haberla dado de manera que les quitara de aquel trabajo, pues con esto le tuvieran a él por juez recto y acertado. (Cervantes, M., 1967, p. 885).

La idea de la libertad que tiene Cervantes es

«la misma que, a partir del siglo XVIII, se harían en Europa los llamados liberales: la libertad es la soberanía de un individuo para decidir su vida sin presiones ni condicionamientos, en exclusiva función

de su inteligencia y voluntad[...]. Lo que anida en el corazón de esta idea de la libertad es una desconfianza profunda de la autoridad, de los desafueros que puede cometer el poder, todo poder». (Vargas, M., 2004, p. XIX).

d) *El retrato de Cervantes*

Este, digo, que es el rostro del autor de La Galatea y de Don Quijote de la Mancha, llamase comúnmente Miguel de Cervantes Saavedra (Prólogo a Las Novelas ejemplares).

Se conserva un retrato del que no hay plena seguridad que sea él, retrato que a mi parecer lo pinta grave, severo, artificial, como probablemente no era. Lo imagino como un aventurero simpático, risueño, pícaro, de «alegres ojos».

En el *prólogo* de *Las Novelas Ejemplares* hace su autorretrato literario:

Este que veis aquí, de rostro aguileño, de cabello castaño, frente lisa y desembarazada, de alegres ojos y de nariz corva, aunque bien proporcionada; las barbas de plata, que no ha veinte años que fueron de oro, los bigotes grandes, la boca pequeña, los dientes ni menudos ni crecidos, porque no tiene sino seis, y éstos mal acondicionados y peor puestos, porque no tienen correspondencia los unos con los otros; el cuerpo entre dos extremos, ni grande, ni pequeño, la color viva, antes blanca que morena, algo cargado de espaldas, y no muy ligero de pies[...] llámese comúnmente Miguel de Cervantes Saavedra. (Cervantes, M., 1967, p. 760).

Era tartamudo, como lo dice él mismo: «será forzoso valerme por mi pico, aunque tartamudo». (Cervantes, M., 1967, p. 769).

En su estancia en Italia aprendió a hablar y leer el italiano, como muestran algunas palabras que aparecen en el *Quijote*. Por ejemplo, en

la visita del andante caballero a una imprenta, pregunta cómo se traduce «piñata» a lo que le responden que significa «olla» (II, L, p. 1031).

De su cautiverio en Argel, aprenderá algo de la lengua árabe. No en vano, el verdadero y puntual autor del *Quijote* es el *sabio historiador árabe* Cide Hamete Benengeli. Las experiencias de esta etapa de su vida se reflejarán en su obra. Por ejemplo, Cervantes clasifica los arabismos que hay en castellano, como una reminiscencia de sus días de cautiverio.

—¿Qué son *albogues* -preguntó Sancho-, que ni los he oído nombrar, ni los he visto en toda mi vida?

[...] este nombre *albogues* es morisco, como lo son todos aquellos que en nuestra lengua castellana comienzan en al, conviene a saber: *almohaza*, *almorzar*, *alhombra*, *alguacil*, *alhucema*, *almacén*, *alcancía*, y otros semejantes, que deben ser pocos más; y solos tres tiene nuestra lengua que son moriscos y acaban en í, y son *borceguí*, *zaquizamí* y *maravedí*; *alhelí* y *alfaquí*, tanto por el al primero como por el í en que acaban, son conocidos por árabigos (II, LXVII, p. 1062).

En su habla cotidiana seguramente mezclaba cantidad de refranes. Es un gran conocedor de esta sabiduría popular que, por boca de Sancho, y a veces del mismo don Quijote, aparece en toda la obra. «Paréceme, Sancho, que no hay refrán que no sea verdadero, porque todos son sentencias sacadas de la misma experiencia, madre de las ciencias todas» (I, XXI, p. 188).

Jugaba a los naipes o baraja; hay en su obra constantes referencias a términos de juegos de cartas «y que hablen *cartas* y callen *barbas*, porque quien destaja no *baraja*» (II, VII, p. 596).

Cervantes es un gran observador de la vestimenta que usan los personajes que desfilan por la novela. Tiene una minuciosa descripción

de las prendas de vestir, las telas, los colores, los adornos, que son un signo de la condición de la persona. Por ejemplo, de don Quijote, que es un hidalgo pobre, dice que: «El resto della concluían sayo de velarte, calzas de velludo para las fiestas, con sus pantuflos de lo mismo, y los días de entresemana se honraba con su vellorí de lo más fino.» (I, I, p. 28). El *sayo de velarte* es un traje masculino con falda, de color oscuro, pasado de moda; las *calzas de velludo* son medias abombadas de felpa o terciopelo; el *vellorí*, era un paño de color pardo, de mediana calidad.⁸ O en la descripción de la vestimenta del rico hidalgo, don Diego de Miranda, que contrasta con la de don Quijote:

Venía sobre una muy hermosa yegua tordilla, vestido un gabán de paño fino *verde*, jironado de terciopelo leonado, con una montera del mismo terciopelo; el aderezo de la yegua era de campo y de la jineta, asimismo de *morado y verde*; traía un alfanje morisco pendiente de un ancho tahalí de *verde* y oro, y los borceguíes eran de la labor del tahalí; las espuelas no eran doradas, sino dadas con un barniz *verde*; tan tersas y bruñidas, que, por hacer labor con todo el vestido, parecían mejor que si fuera de oro puro (II, XVI, pp. 660 y 661).⁹

Es probable que padeciera algún tipo de daltonismo, esa afección por la que no se pueden ver los colores de manera normal y no permite distinguir entre ciertos colores, por ejemplo, entre el verde, el rojo y el morado. En el Quijote, el color predilecto de Cervantes, y el que más aparece en toda la obra, es el color verde: un ejemplo es el Caballero del Verde Gabán, vestido y aderezado con gran preferencia del color verde, como se ha descrito.

⁸ Cfr. Valbuena, A. (1967). p. 10.

⁹ Las *cursivas* son mías.

1.3. De los primeros años a Italia.

Cervantes fue bautizado el 9 de octubre de 1547 en Santa María la Mayor, en Alcalá de Henares, la ciudad donde en 1508 se fundó, por el cardenal Cisneros, la Universidad Complutense. Su fecha de nacimiento, probablemente, fue el 29 de septiembre de ese año, día de San Miguel.

De estos años juveniles se documenta su afición al teatro. «Cervantes tuvo desde niño, desde cuando vio con ilusión representar pasos y coloquios de Lope de Rueda, un entusiasmo y vocación decidida por el teatro». (Valbuena, A., 1967, p.16). Dice en el *Quijote*: «como yo soy aficionado a leer, aunque sean los papeles rotos de las calles» (I, IX, 85), «porque desde muchacho fui aficionado a la carátula, y en mi mocedad se me iban los ojos tras la farándula» (II, XI, 627).

En septiembre de 1569 se firma una providencia para que prendan a Miguel de Cervantes, acusado de haber herido en duelo a Antonio de Sigura. Esta circunstancia, tanto por el espíritu aventurero de Miguel — que encontramos en don Quijote—, así como por la oportunidad de un viaje inesperado, lo deciden a viajar a Italia y entrar como camarero al servicio del joven cardenal Giulio Aquaviva. La sensación de conocer el mar la expresará Cervantes en un bello pasaje del *Quijote* cuando, en Barcelona, don Quijote y Sancho ven, por primera vez, el mar.

Tendieron don Quijote y Sancho la vista por todas partes: vieron el mar, hasta entonces dellos no visto; parecióles espaciosísimo y largo, harto más que las lagunas de Ruidera, que en la Mancha habían visto; vieron las galeras que estaban en la playa, las cuales, abatiendo las tiendas, se descubrieron llenas de flámulas y gallardetes, que tremolaban al viento y besaban y barrían el agua [...]. El mar alegre, la tierra jocunda, el aire claro, sólo tal vez turbio del humo de la artillería, parece que iba infundiendo y engendrando gusto súbito en todas las gentes (II, LXI, p. 1019).

«Este joven de veintiún años, a quien solo durante dos de su vida ha oreado el corazón la inmortal alegría sevillana, y que ha pasado los demás viviendo en menguada estrechez en la corte de Felipe II» (Navarro, F.,1960, p. 51) va a buscar la vida libre de Italia. En la novela de *El licenciado Vidriera*, dice Cervantes: «Puso las alabanzas en el cielo de la vida libre del soldado y de la libertad de Italia.» (Cervantes, M.,1967, p. 877).

La Italia renacentista influyó en muchos aspectos de su vida. Se entusiasmó con las ciudades, sus monumentos, sus casas, la gente y a esas impresiones hace alusión en sus obras. Leyó autores italianos como Ludovico Ariosto, Petrarca, Bocaccio y al italianizante poeta del Renacimiento castellano, Garcilaso de la Vega, que moldearon su forma de escribir. También conoció lo que es el amor galante que se desarrolló en Italia y del trato con las diferentes mujeres que van a desfilan en sus obras como los personajes femeninos del *Quijote*, con un trato más amable, más humano, un tanto distinto al que se tenía con las mujeres en España.

La novela ejemplar *El licenciado Vidriera* es un reflejo de la vida del Cervantes viajante. El personaje, Tomás Rodaja, describe a las ciudades italianas que le entusiasmaron, como son Génova, Luca, Florencia, Roma, Nápoles, Venecia, Sicilia.

Llegaron a la hermosa y bellísima ciudad de Génova; la admirable belleza de la ciudad, que en aquellas peñas parece que tiene las casas engastadas como diamantes en oro [...]. Y en cinco llegó a Florencia, habiendo visto primero a Luca, ciudad pequeña, pero muy bien hecha, [...] Contentole Florencia en extremo, así por su agradable asiento como por su limpieza, sumptuosos edificios, fresco río y apacibles calles [...].Y luego se partió a Roma, reina de las ciudades y señora del mundo. Visitó sus templos, adoró sus reliquias y admiró su grandeza; [...] por sus puentes, que parece que se están mirando unas a otras, que con solo el nombre cobran autoridad sobre todas las de las otras ciudades del mundo: la vía Apia, la Flaminia, la Julia,

con otras deste jaez [...]. Determinó irse a Nápoles, donde a la admiración que traía de haber visto a Roma, añadió la que le causó ver a Nápoles, ciudad, a su parecer y al de todos cuantos la han visto, la mejor de Europa y aún de todo el mundo. Desde ahí se fue a Sicilia, y vio a Palermo, y después a Mesina [...] fue a Venecia, ciudad que, a no haber nacido Colón en el mundo, no tuviera en él semejante: merced al Cielo y al gran Hernando Cortés, que conquistó la gran Méjico para que la gran Venecia tuviese en alguna manera quien se le opusiese. (Cervantes, M., 1967, pp. 878 - 879).

1.4. Entre las armas y las letras: de la batalla de Lepanto al Cautiverio

a) Entre las armas y las letras

La vida del autor del *Quijote* transcurre entre dos vocaciones: las armas y las letras, es soldado y es escritor. En *El licenciado Vidriera*, dice de su personaje, que: «Alabó la vida de la soldadesca» y, cuando termina la enfermedad o locura de Vidriera, éste

«determinó de dejar la Corte[...] pues no se podía valer de las de su ingenio. Esto dijo y se fue a Flandes, donde la vida que había comenzado a eternizar por las letras la acabó de eternizar por las armas, dejando fama en su muerte de prudente y valentísimo soldado.» (Cervantes, M., 1967, pp. 770).

En el discurso sobre las armas y las letras, dice don Quijote:

Quítenseme delante los que dijeren que las letras hacen ventaja a las armas; que les diré, y sean quien se fueren, que no saben lo que dicen. Porque la razón que los tales suelen decir y a lo que ellos más se atienen, es que los trabajos del espíritu exceden a los del cuerpo, y que las armas sólo con el cuerpo se ejercitan, como si fuese su ejercicio oficio de ganapanes, para el cual no es menester más de buenas fuerzas, o como si en esto que llamamos armas los que las profesamos no se encerrasen los actos de la fortaleza, los cuales piden para ejecutarlos mucho entendimiento, o como si no trabajase el ánimo del guerrero que tiene a su cargo un ejército, o la defensa de una ciudad sitiada, así con el espíritu como con el cuerpo[...]. Siendo, pues, ansí que las armas requieren espíritu, como las letras, veamos ahora cuál de los dos espíritus, el del letrado o el del guerrero, trabaja más; y esto se vendrá a conocer por el fin y paradero a que cada uno se encamina;[...]. Es el fin y paradero de las letras[...] hablo de las letras humanas, que es su fin poner en su punto la justicia distributiva y dar a cada uno lo que es suyo, entender y

hacer que las buenas leyes se guarden. Fin, por cierto, generoso y alto, y digno de grande alabanza; pero no de tanta como merece aquel a que las armas atienden, las cuales tienen por objeto y fin la paz, que es el mayor bien que los hombres pueden desear en esta vida. [...]. esta verdad, que el fin de la guerra es la paz, y que en esto hace ventaja al fin de las letras (I, XXXVII, pp. 392 y 393).

b) De la batalla de Lepanto al Cautiverio

Hacia 1571, Miguel y su hermano Rodrigo militan en los tercios de Italia en la compañía de Diego de Urbina, en donde nuestro Cervantes será arcabucero. Pasa algún tiempo en Nápoles y desde ahí se embarca a Mesina con su hermano para participar en la batalla de Lepanto, «cuyo honor sería el recuerdo más grato de la vida del escritor». (Valbuena, A., 1967, p.11). Así lo dice en el autorretrato del *prólogo* de las *Novelas Ejemplares* que, al referirse a él mismo expresa:

Fue soldado muchos años, y cinco y medio cautivo, donde aprendió a tener paciencia en las adversidades. Perdió en la batalla naval de Lepanto la mano izquierda de un arcabuzazo, herida que, aunque parece fea, él la tiene por hermosa, por haberla cobrado en la más memorable y alta ocasión que vieron los pasados siglos, ni esperan ver los venideros, militando debajo de las vencedoras banderas del hijo del rayo de la guerra, Carlo Quinto, de felice memoria. (Cervantes, M., 1967, pp. 877 - 878).

En esta batalla de la Cristiandad contra el Imperio otomano de los turcos, participaron cuatro principales contingentes: la escuadra española comandada por don Juan de Austria (hijo natural de Carlos V) y Álvaro de Bazán, la flota genovesa al mando de Andrea Doria, los Estados Pontificios que encabezaba Marco Antonio Colonna y la República de Venecia con Sebastiano Veniero. «En esa jornada gloriosa del 7 de octubre, Occidente se entregó a su último sueño de cruzada». (Canavaggio, J., 2015, p. 83).

Nos dice su biógrafo Canavaggio:

Una armada impresionante se encuentra reunida en el puerto siciliano: 208 galeras, 57 fragatas, más de 300 navíos en total. A bordo, más de 80,000 hombres, marinos, galeotes, soldados, ayudantes; entre ellos, 26,000 combatientes. Diego de Urbina, embarcado con sus hombres en la galera La Marquesa, forma parte de los que van a prestar ayuda a los venecianos[...] se amontonan más de 400 individuos: 200 remeros, esclavos enemigos o galeotes en su mayoría, una treintena de marinos dedicados a la navegación y al mantenimiento; por último, unos 200 soldados, entre los que encuentra un arcabucero bisoño, futuro autor del Quijote.¹⁰

El 16 de septiembre de 1571 la flota deja Mesina. El 7 de octubre se enfrentan las dos flotas. El valiente Cervantes, a pesar de la fiebre que lo tiene tendido en el entrepuente, se presenta en cubierta donde recibe tres disparos de arcabuz, dos en el pecho y otro en la mano izquierda.

Algunos hechos de la participación del autor de *La Galatea* están narrados, aunque no con toda exactitud, en la historia del *Cautivo*, Ruy Pérez de Viedma, incluida en el *Quijote*.

Alcancé a ser alférez de un famoso capitán de Guadalajara, llamado Diego de Urbina, y a cabo de algún tiempo que llegué a Flandes, se tuvo nuevas de la liga que la Santidad del papa Pío Quinto, de felice recordación, había hecho con Venecia y con España, contra el enemigo común, que es el Turco [...]. Súpose cierto que venía por general desta liga el serenísimo don Juan de Austria, hermano natural de nuestro buen rey don Felipe; divulgóse el grandísimo aparato de guerra que se hacía; todo lo cual me incitó y conmovió el ánimo y el deseo de verme en la jornada que se esperaba; [...] y aquel día, que fue para la cristiandad tan dichoso, porque en él se desengañó el mundo y todas las naciones del error en que estaban, creyendo que los turcos eran invencibles por la mar, en aquel día, digo, donde quedó el orgullo y soberbia otomana quebrantada [...] (I, XXXIX, p. 402).

En octubre de ese año, Miguel entra en el hospital de la ciudad de Mesina. Su convalecencia dura seis meses, saldrá el 24 de abril de 1572. Ha perdido el uso de la mano izquierda y se reincorpora al

¹⁰ Cfr. Canavaggio, J. (2015). pp. 75 - 76.

servicio; es promovido a «soldado aventajado», de élite. Pero aquí no termina su vida de soldado, que continuará hasta 1575. Tomó parte en las expediciones navales de Navarino (1572), Corfú, Bizerta y Túnez (1573). En todas ellas bajo el mando del capitán Manuel Ponce de León y en el aguerrido tercio de Lope de Figueroa. Así lo relata en la historia del *Cautivo*:

Halléme el segundo año, que fue el de setenta y dos, en Navarino, bogando en la capitana de los tres fanales. Vi y noté la ocasión que allí se perdió de no coger en el puerto toda el armada turquesca [...]. Pero el cielo lo ordenó de otra manera, [...] el Uchalí se recogió a Modón, que es una isla que está junto a Navarino, y echando la gente en tierra, fortificó la boca del puerto, y estúvose quedo hasta que el señor don Juan se volvió. (I, XXXIX, p. 403).

En 1574 lo encontramos en Sicilia, abandona después Palermo por Nápoles, donde se reúne con Rodrigo, su hermano.

«Ese verano las galeras españolas no salen contra el Turco. Para Cervantes, se acerca la hora en que va a despedirse de la vida soldado y afrontar la más ruda prueba que le haya tocado vivir: el cautiverio. Al menos, cuando deja Nápoles se lleva una visión riquísima de esta Italia cuya presencia impregna su obra.» (Canavaggio, J, 2015, p. 90).

1.5. Los baños de Argel, los intentos de fuga, la vuelta a España

a) Los baños de Argel, los intentos de fuga

Miguel, soldado aventajado de 28 años, decide regresar a España. «Obtiene de don Juan y del duque de Sessa dos cartas de recomendación destinadas a apoyar su hoja de servicios». (Canavaggio, J., 2015, p. 101). En 1575 se embarca en Nápoles rumbo a Barcelona, en la galera *El Sol*, uno de los cuatro navíos de la flotilla. Con él va también Rodrigo, su hermano. Esta galera será sorprendida frente a las costas catalanas, no lejos de Cadaques o Palamós por

corsarios berberiscos y sus pasajeros serían llevados cautivos a Argel. Cervantes estuvo cautivo cinco años y medio. Su dueño lo cree una persona importante y pide por él un elevado rescate de 500 ducados.

En el relato del Cautivo, dice el *Quijote*:

Con esto entretenía la vida, encerrado en una prisión o casa que los turcos llaman *baño*, donde encierran a los cautivos cristianos, así los que son del Rey como de algunos particulares del pueblo, principalmente cuando son de rescate, porque allí los tienen holgados y seguros hasta que venga su rescate [...]. Yo, pues, era uno de los de rescate; que, como se supo que era capitán, puesto que dije mi poca posibilidad y falta de hacienda, no aprovechó nada para que no me pusiesen en el número de los caballeros y gente de rescate... ninguna cosa nos fatigaba tanto como oír y ver a cada paso las jamás vistas ni oídas crueldades que mi amo usaba con los cristianos. [...] y por ser natural condición suya ser homicida de todo el género humano. Sólo libró bien con él un soldado español llamado tal de Saavedra, el cual, con haber hecho cosas que quedarán en la memoria de aquellas gentes por muchos años, y todas por alcanzar libertad, jamás le dio palo, ni se lo mandó dar, ni le dijo mala palabra [...]. (I, XL, pp. 410 y 411).

El año siguiente, en poder de Arnaute Mami y su segundo, Dal Mamí, realiza Cervantes un primer intento de evasión por tierra. Al año siguiente, es rescatado su hermano Rodrigo y, ese mismo año, Miguel prueba fugarse de nuevo y, al ser descubierto, se declara el único autor de la tentativa y es encadenado cinco meses. En 1578 hay una tercera tentativa de evadirse y en 1579 lo hará por cuarta vez, pero es denunciado y encarcelado con grillos y cadenas. Siempre aspiró a la libertad. Así lo menciona en el *Quijote*: «Pensaba en Argel buscar otros medios de alcanzar lo que tanto deseaba, porque jamás me desamparó la esperanza de tener libertad» (I, XL, p. 409).

Expresa Valbuena Prat en el *prólogo* de las *Obras completas* que

Cervantes ha dejado muchos recuerdos llenos de emoción de esta etapa trágica y heroica. Al verse llegar a tierra infiel, «del marchito rostro de agua llenos», el sentir la «gran carga de ajeno yugo», al trabajar bajo «manos

sacrílegas malditas», habla el autor del *Quijote* con el corazón en la mano, tiñendo de su sangre comedias y novelas recordando el ominoso trato de Argel, las dolorosas experiencias de sus baños y prisiones, las historias de cautivos, abigarradas, llenas de aventuras de amor cauteloso o de valientes intentos de evasión. (Valbuena, A., 1967, p. 12).

En 1580 el autor del *Quijote* alcanza la libertad gracias a los Padres Trinitarios. «Y, el que había, al fin de liberarle, fray Juan Gil, declaró a favor suyo, manifestando que Cervantes, en su cautiverio, ha hecho cosas por donde merece que su majestad le haga mucha merced». (Valbuena, A., 1967, p. 13). Pagado el rescate puede salir para España, rumbo a Valencia, el 24 de octubre de 1580. Dice el Cautivo: «porque no hay en la tierra, conforme mi parecer, contento que se iguale a alcanzar la libertad perdida» (I, XXXIX, p. 407).

A este don tan preciado de la libertad se refiere Cervantes en el *Quijote*:

La libertad, Sancho, es uno de los más preciosos dones que a los hombres dieron los cielos; con ella no pueden igualarse los tesoros que encierra la tierra ni el mar encubre; por la libertad, así como por la honra se puede y debe aventurar la vida, y, por el contrario, el cautiverio es el mayor mal que puede venir a los hombres. (II, LVIII, p. 984).

Nos comenta Vargas Llosa sobre este grito de libertad.

Cervantes sabía muy bien de lo que hablaba. Los cinco años que pasó cautivo de los moros en Argel, y las tres veces que estuvo en la cárcel en España por deudas y acusaciones de malos manejos cuando era inspector de contribuciones en Andalucía para la Armada, debían de haber aguzado en él, como en pocos, un apetito de libertad y un horror a la falta de ella, que impregna de autenticidad y fuerza a aquella frase y da un particular sesgo libertario a la historia del Ingenioso Hidalgo. (Vargas, M., 2004, p. XIII).

b) *La vuelta a España*

La llegada a su patria está narrada en la novela ejemplar *El amante liberal*, con la descripción de cómo arriban unos cautivos a España y en la que refleja los sentimientos que debió tener Cervantes a su regreso.

Otro día vieron delante de sí la deseada y amada patria; renovóse la alegría en sus corazones; alborotáronse sus espíritus con el nuevo contento, que es uno de los mayores que en esta vida se puede tener, llegar después de luengo cautiverio salvo y sano a la patria. (Cervantes, M., 1967, p. 828).

Mauricio Brehm nos dice en un apretado resumen cual es la situación de Cervantes a la vuelta a España:

Termina la etapa heroica y aventurera para don Miguel de Cervantes. A su regreso a España, arrumbará la espada y se alejará de los peligros. A la gloria militar, a los combates y a las aventuras, seguirán ahora los oficios mal pagados, las dificultades, la pobreza y las horas de antesala, cuando no la cárcel. (Brehm, M., 1974, p. 41).

En su patria, tras once años de ausencia, Cervantes encontró a su familia en una situación aún más penosa, por lo que se dedicó a realizar encargos para la Corte durante algunos años. En 1582 solicita, sin éxito, un oficio en Indias. Frustrado por no lograr un empleo en la corte, intentó vivir de su pluma.

En 1584 tiene relaciones amorosas con Ana Franca de Rojas, casada con Alonso Rodríguez, tabernero de la calle madrileña de Tudescos, con quien tiene una hija, Isabel de Saavedra.

Ese mismo año se casa con Catalina de Palacios Salazar, natural de Esquivias (Toledo), veintidós años menor que él y que acababa de perder a su marido. En su matrimonio Miguel y Catalina no tienen hijos;

viven en Esquivias, lugar de donde saldrá Cervantes a sus recorridos por España para cumplir con sus diversos encargos.

Cervantes recorre Andalucía con diversos cargos de Hacienda para proveer a la Armada Invencible y tiene que negociar el acopio de trigo y otros bastimentos. En el ambiente sevillano descubre un mundo nuevo, la picaresca de rufianes y los cohechos de la justicia e intérpretes de la ley.¹¹ Este cargo le costó dos excomuniones por requisar trigo de unos eclesiásticos. Seguramente por esta razón, Cervantes exclama por boca de don Quijote la conocida y muchas veces mal citada frase: «Con la iglesia hemos dado, Sancho.». (II, IX, p. 610).

En junio de 1588, la Armada Invencible ha salido de Lisboa con ciento treinta navíos y cerca de veintinueve mil hombres, pero una tempestad la obliga a hacer escala en la Coruña. La derrota para España tiene un saldo de sesenta y tres barcos perdidos y veinte mil muertos.

En 1590, Cervantes pide al rey un empleo en América, como Gobernador del Soconusco (Chiapas), pero no le reconocen sus méritos, ni le aprueban sus traslados. El Consejo de Indias responde negativamente: «busque por acá en que se le haga merced».

En 1592, Cervantes es encarcelado en Castro del Río. Ingresará en estos tiempos varias veces a la cárcel por diversos motivos, una de ellas en Sevilla donde es probable que haya empezado a escribir el *Quijote*. Así lo dice en el *prólogo* de la primera parte: «bien como quien se engendró en una cárcel, donde toda incomodidad tiene su asiento y donde todo triste ruido hace su habitación.» (Prólogo, p. 7).

¹¹ Cfr. Valbuena, A. (1967), p. 13.

El año siguiente se le da carta de comisión para cobrar impuestos atrasados en varios pueblos de Granada, encargo que desempeñará hasta 1602 o 1603. Sus andanzas, principalmente en Andalucía y la Mancha, han de durar casi quince años.

Para el año de 1600 se declara vecino de Sevilla y tres años después se instala con su familia en Valladolid, donde reside la Corte. En 1605 se imprime la primera parte del *Quijote*, con el nombre de *El ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha*, a costa de Don Francisco de Robles, con quien colaborará en trabajos editoriales. Esta experiencia la refleja en la segunda parte del *Quijote*, cuando en Barcelona conoce una imprenta:

Sucedió, pues, que, yendo por una calle, alzó los ojos don Quijote, y vio escrito sobre una puerta, con letras muy grandes: «Aquí se imprimen libros»; de lo que se contentó mucho, porque hasta entonces no había visto emprenta alguna, y deseaba saber cómo fuese. Entró dentro, con todo su acompañamiento, y vio tirar en una parte, corregir en otra, componer en ésta, enmendar en aquella, y, finalmente, toda aquella máquina que en las emprentas grandes se muestra (II, LXII, pp.1030 y 1031).

Para 1608 fija su residencia en Madrid con algunas estancias en Esquivias y un viaje a Barcelona. En 1613 toma en Alcalá el hábito de la Orden Tercera de San Francisco y publica las *Novelas Ejemplares*.

En el año de 1614 aparece publicado el *Segundo tomo del ingenioso hidalgo don Quijote de La Mancha* firmado por el licenciado Alonso Fernández de Avellaneda, natural de la villa de Tordesillas. En la segunda parte del *Quijote*, Cervantes hará varias referencias a esta novela y escribe: «Nunca segundas partes fueron buenas» (II, IV, p. 577). La aparición de la novela apócrifa lo obligó a apresurar la terminación de su segunda parte del *Quijote* que se publica en 1615 con

el título de «*Segunda parte del Ingenioso Caballero Don Quijote de la Mancha*».

Miguel de Cervantes muere en Madrid el 22 de abril de 1616 y al día siguiente es enterrado en el convento de las Trinitarias Descalzas.

1.6. La obra literaria de Miguel de Cervantes

¿Pensará vuestra merced ahora que es poco trabajo hacer un libro? (Prólogo de la segunda parte).

«Cervantes es el único español que alcanzó un renombre totalmente universal[...] por su contribución decisiva al advenimiento de las formas cardinales de ficción moderna, el relato y la novela». (Canavaggio, J., 2015, p. 53).

En la vasta obra del autor del *Quijote* hay poesía, teatro en las comedias y entremeses, relatos y novelas.

1.6.1. Poesía, Teatro, Novela

a) *Poesía*

Una buena parte de la *poesía* de Cervantes se ha perdido. Fue difundida en copias manuscritas o publicadas de manera anónima en recopilaciones colectivas. Otra parte está intercalada en sus obras en prosa, como en el *Quijote* como se muestra en los excelentes sonetos que siguen al *prólogo*, la canción de Grisóstomo (I, XIV) o los versos que se incluyen en la novela de *El Curioso Impertinente* (I, XXXIII a

XXXV); y, sobre todo, la tentativa más ambiciosa del autor de *La Galatea*, que es el *Viaje al Parnaso*, escrito en versos endecasílabos.¹²

La poesía de Cervantes está influida por su admirado poeta renacentista, Garcilaso de la Vega, que le inspira ciertos pasajes de su obra y a quien se refiere en el *Quijote* como «el gran poeta castellano» (II, VI, p. 593). Un ejemplo de la buena poesía cervantina es la

Canción de Grisóstomo

Ya que quieres, cruel, que se publique,
de lengua en lengua y de una en otra gente
del áspero rigor tuyo la fuerza,
haré que el mismo infierno comunique
al triste pecho mío un son doliente,
con que el uso común de mi voz tuerza.
Y al par de mi deseo, que se esfuerza
a decir mi dolor y tus hazañas,
de la espantable voz irá el acento,
y en él mezcladas, por mayor tormento,
pedazos de las miseras entrañas.
Escucha, pues, y presta atento oído,
no al concertado son, sino al ruido
que de lo hondo de mi amargo pecho,
llevado de un forzoso desvarío,
por gusto mío sale y tu despecho [...]
(I, XIV, pp. 119 y 120).

b) *Teatro*

Cervantes es un buen dramaturgo, pero inferior en ese sentido a los cuatro grandes autores del teatro español de esa época: Lope, Tirso, Ruiz de Alarcón y Calderón de la Barca.¹³

¹² Cfr. Canavaggio, J. (2015). p. 56.

¹³ Cfr. Brehm, M (1974), p. 43.

En 1615, junto con la segunda parte del Quijote, se publican las *Ocho comedias y ocho entremeses*. De las comedias destacan algunas de asunto turco como *Los baños de Argel*, *El gallardo español* y *La gran sultana*. Otras convocan a un universo de pura fantasía o a ingeniosos temas: *La casa de los celos*, *El laberinto de amor*, *La entretenida*, *Pedro de Urdamalas* y *El rufián dichoso*.

El entremés es una obra teatral cómica, muy breve, que solía intercalarse entre los actos de las tragedias-comedia. Cervantes sigue, en los entremeses, la línea trazada por Lope de Rueda en sus pasos: brevedad, humor, representación de ambientes o costumbres con intereses al público. Pero supera con mucho a éste y a todos los demás, logrando verdaderas obras maestras del género. (Brehm, M., 1974, p. 43).

Los mejores entremeses de Cervantes son: *El retablo de las maravillas*, *La elección de los Alcaldes de Daganzo* y *El viejo celoso*.

En el *Quijote* hay un entremés o una obra teatral que se representa en la venta, con el retablo de Maese Pedro, mediante un teatrillo portátil para marionetas, en la que se cuenta la historia de la libertad de Melisendra, la hija de Carlomagno, por su esposo don Gaiferos y en la que se utilizan títeres o figuras de pasta. El muchacho que acompaña a Maese Pedro y lleva la narración explica:

Esta verdadera historia que aquí a vuestas mercedes se representa es sacada al pie de la letra de las corónicas francesas y de los romances españoles que andan en boca de las gentes, y de los muchachos, por esas calles. Trata de la libertad que dio el señor don Gaiferos a su esposa Melisendra, que estaba cautiva en España, en poder de moros, en la ciudad de Sansueña, que así se llamaba entonces la que hoy se llama Zaragoza (II, XXVI, p. 751)

Esta realista representación teatral de marionetas no termina bien, pues nuestro caballero andante, en la persecución que hacen los moros a Melisendra y don Gaiferos, desenvaina su espada para defenderlos y

con furia da cuchilladas a los títeres y al retablo y termina con la función y las figuras de los personajes.

c) *Novela*

Nos dice Valbuena Prat, en el *prólogo* a las *Obras completas* de Cervantes que, «para el Cervantes novelista, hay que comenzar por la primera, cronológicamente, de sus narraciones en que rindió culto a la novela pastoril, con indudable simpatía, no extinguida hasta su muerte: *La Galatea*.»¹⁴

1.6.2. *La Galatea, Las novelas ejemplares, El Quijote y El Persiles*

a) *La Galatea*

La primera parte de esta novela pastoril se publica en 1585. Nunca saldrá a la luz la prometida segunda parte. Se menciona en el Quijote en el escrutinio de la biblioteca del caballero andante y en los prólogos de *Las Novelas Ejemplares* y de la segunda parte del Quijote.

Pero, ¿qué libro es ése que está junto a él?

— *La Galatea* de Miguel de Cervantes -dijo el Barbero.

— Muchos años ha que es grande amigo mío ese Cervantes y sé que es mas versado en desdichas que en versos. Su libro tiene algo de buena invención; propone algo, y no concluye nada: es menester esperar la segunda parte que promete; quizá con la enmienda alcanzará del todo la misericordia que ahora se le niega; y entre tanto que esto se ve, tenedle recluso en vuestra posada (I, VI, p. 68).

14 Cfr. Valbuena, A. (1967), p. 10.

En la época de Felipe II se favorece el género pastoril. Cervantes se ve influido por *La Diana de Montemayor*, libro que está en la biblioteca de don Quijote y que se salva de ser quemado.

La crítica ha dicho que *La Galatea* es una obra descolorida, sosa, sin auténtica poesía y sin interés narrativo.¹⁵ Sin embargo, el ambiente pastoril quedará incorporado en el *Quijote* en varios episodios, como la aventura del pastor y estudiante Grisóstomo que se suicida por no ser correspondido por el amor de la pastora Marcela (I, XIV). Otra incursión en este género de novela la encontramos en el derrotado Caballero de la Mancha que, una vez vencido por el de la Blanca Luna, promete retirarse a su lugar dejando las armas un año y, en el camino de regreso a la aldea, dice a Sancho:

Éste es el prado donde topamos a las bizarras pastoras y gallardos pastores que en él querían renovar e imitar a la pastoral Arcadia, pensamiento tan nuevo como discreto, a cuya imitación, si es que a ti te parece bien, querría, ¡oh Sancho! que nos convirtiésemos en pastores, siquiera el tiempo que tengo de estar recogido. Yo compraré algunas ovejas, y todas las demás cosas que al pastoral ejercicio son necesarias, y llamándome yo «el pastor Quijotiz», y tú «el pastor Pancino», nos andaremos por los montes, por las selvas y por los prados, cantando aquí, endechando allí, bebiendo de los líquidos cristales de las fuentes, o ya de los limpios arroyuelos, o de los caudalosos ríos (II, LXVII, p. 1061).

Y Sancho, en el lecho de muerte de su amo, don Quijote, lo anima a irse de pastores.

— ¡Ay! -respondió Sancho llorando-. No se muera vuestra merced, señor mío, sino tome mi consejo, y viva muchos años [...]. Mire no sea perezoso, sino levántese desá cama, y vámonos al campo vestidos de pastores, como tenemos concertado: quizá tras de alguna mata hallaremos a la señora doña Dulcinea desencantada, que no haya más que ver. (II, LXXIV, p. 1102).

15 Cfr. Valbuena, A. (1967), p. 10.

En el escrutinio de la biblioteca del Caballero de la Mancha, el cura dice que los libros que no son de caballerías no deben ser quemados, porque son de entretenimiento sin perjuicio de tercero. Pero advierte la Sobrina:

— ¡Ay señor! -dijo la Sobrina-. Bien los puede vuestra merced mandar quemar, como a los demás; porque no sería mucho que, habiendo sanado mi señor tío de la enfermedad caballeresca, leyendo éstos se le antojase de hacerse pastor y andarse por los bosques y prados cantando y tañendo, y, lo que sería peor, hacerse poeta, que, según dicen, es enfermedad incurable y pegadiza. (I, VI, p. 67).

b) *Las novelas ejemplares*

En 1613, Cervantes publica *Las Novelas Ejemplares*, narraciones cortas que, al parecer, fueron escritas en diversas fechas. Nos dice en el *prólogo* de esta obra que es el primero que ha novelado en lengua castellana y también habla sobre su originalidad:

Yo soy el primero que he novelado en lengua castellana, que las muchas novelas que en ella andan impresas todas son traducidas de lenguas extranjeras, y éstas son mías propias, no imitadas ni hurtadas: mi ingenio las engendró, y las parió mi pluma, y van creciendo en los brazos de la estampa. (Cervantes, M., 1967, p. 769).

Los temas son variados, algunos con influencia italiana como: *El amante liberal*, *La española inglesa*, *La señora Cornelia*, *La fuerza de la sangre* y *Las dos doncellas*. Otras tienen una mezcla de idealismo y realismo, como: *La gitanilla*, *La ilustre fregona* y *El celoso extremeño*. Son plenamente realistas: *Rinconete y Cortadillo* y *El casamiento*

engañoso. Y están, además, las que no son propiamente novelas: *El coloquio de los perros* y *El licenciado Vidriera*.¹⁶

En el *prólogo* de esta obra explica Cervantes la intención de las novelas.

Heles dado nombre de ejemplares, y si bien lo miras, no hay ninguna de quien no se pueda sacar algún ejemplo provechoso. Mi intento ha sido poner en la plaza de nuestra república una mesa de trucos, donde cada uno pueda llegar a entretenerse, sin daño de barras; digo, sin daño del alma ni del cuerpo, porque los ejercicios honestos y agradables antes aprovechan que dañan. (Cervantes, M., 1967, p. 769).

En el *Quijote* está incluida una novela ejemplar, que no tiene que ver con el desarrollo de la historia de nuestro caballero andante, *El curioso impertinente*, inclusión que será criticada incluso en el mismo *Quijote*.

— Una de las tachas que ponen a la tal historia —dijo el Bachiller— es que su autor puso en ella una novela intitulada *El Curioso impertinente*; no por mala ni por mal razonada, sino por no ser de aquel lugar, ni tiene que ver con la historia de su merced del señor don Quijote. (II, III, p. 571).

La historia incluye algunos versos y sonetos, como este memorable dedicado a la mujer:

Es de vidrio la mujer;
 Pero no se ha de probar
 Si se puede o no quebrar,
 Porque todo podría ser.
 Y es más fácil el quebrarse,
 Y no es cordura ponerse
 A peligro de romperse
 Lo que no puede soldarse.

¹⁶ Cfr. Brehm, M (1974), p. 43.

Nos explica Mauricio Brehm que

«en estas novelas Cervantes nos prueba su riqueza imaginativa, su gran capacidad descriptiva y la maestría que tenía para mezclar lo ficticio con lo natural. Ni que decir del dominio del lenguaje, que ya luce en todo su esplendor». (Brehm, M., 1974, p. 45).

Cervantes incluye su propia crítica a esta narración. Una vez que *El Curioso Impertinente* ha sido leída a los que están en la venta, el Cura comenta.

— Bien —dijo el Cura— me parece esta novela; pero no me puedo persuadir que esto sea verdad; y si es fingido, fingió mal el autor, porque no se puede imaginar que haya marido tan necio, que quiera hacer tan costosa experiencia como Anselmo. Si este caso se pusiera entre un galán y una dama, pudiérase llevar; pero entre marido y mujer, algo tiene del imposible; y en lo que toca al modo de contarle, no me descontenta. (I, XXXV, p. 374).

c) *El Quijote y El Persiles*

El Quijote es la primera novela moderna y una de las mejores obras de la literatura universal. Son pocos los que han leído su historia, pero es bien conocida la aventura del combate contra los molinos de viento que don Quijote imagina que son gigantes (I, VIII).

Nos dice René Girard que: «la obra de Cervantes es una extensa meditación sobre la influencia nefasta que pueden ejercer las mentes más sanas. Si exceptuamos su caballería, don Quijote razona sobre todo con mucho sentido común.» (Girard, R., 1985, p. 11).

La primera parte del *Quijote* se publicó 1605 y la segunda en 1615. Ya desde la publicación de la primera parte es un libro muy leído. Así lo confirma orgullosamente su autor, por voz del bachiller Sansón Carrasco, una vez que comprueba el éxito de su obra:

tengo para mí que el día de hoy están impresos más de doce mil libros de la tal historia: si no, dígalos, Portugal, Barcelona y Valencia, donde se han impreso, y aun hay fama que se está imprimiendo en Amberes; y a mí se me trasluce que no ha de haber nación ni lengua donde no se traduzca (II, III, p. 567).

Como indica Salvador de Madariaga, «el Quijote es una obra desbordante de vitalidad, en la que se suceden y entrelazan episodios, argumentos y personajes con generosa abundancia.» (Madariaga, S., 1967, p. 67).

Es un libro que contiene la sabiduría de la vida. Aun cuando Cervantes se propone escribir una obra que, como lo dice en su *prólogo* a la primera parte, sea «una inventiva contra los libros de caballerías», resulta un libro muy entretenido. Y en el mismo *prólogo* así le informa al desocupado lector.

Procurad también que leyendo vuestra historia, el melancólico se mueva a risa, el risueño la acreciente, el simple no se enfade, el discreto se admire de la invención, el grave no la desprecie, ni el prudente deje de alabarla (*Prólogo* a la primera parte, p. 14).

Agrega en la segunda parte que la novela: «es tan clara, que no hay cosa que dificultar en ella: los niños la manosean, los mozos la leen, los hombres la entienden y los viejos la celebran» (II, III, p. 572).

Los comentaristas del Quijote: Capmany, Mauricio Brehm y Francisco Rico opinan sobre el estilo literario del Quijote lo siguiente:

El principal mérito de Cervantes es la pureza y propiedad de la dicción, y la claridad y hermosura de su frase: calidad apreciable que le hace comprensible y agradable a las gentes más ignorantes y rudas. Su estilo es llano, natural, es sencillo. (Capmany, 2004, p. 1126).

Cervantes representa la sencillez frente a la complicación y frente a la afectación. (Brehm, M., 1974, p. 24).

Cervantes creía en una literatura de la verdad, de la experiencia y de la vida. (Rico, F., 2014, p. 1145).

La novela *Los trabajos de Persiles y Sigismunda, historia setentrional*, es la última obra de la producción cervantina. Fue publicada de forma póstuma en Madrid en 1617. «Testamento literario del autor del Quijote que veía en ella la coronación de su obra, esta novela póstuma es, de todos sus escritos, la más alejada de nuestra sensibilidad.» (Canavaggio 2015a, p. 81).

CAPITULO II

CERVANTES Y LOS LIBROS DE CABALLERÍA

*somos ministros de Dios en la tierra y brazos por
quien se ejecuta en ella su justicia
(I, XIII, p. 112).*

2.1. La caballería como estamento social del Medioevo

Para comprender quienes son los intermediarios de don Quijote conforme a la teoría mimética de René Girard, tema que se tratará más adelante en esta tesis con una mayor amplitud, es necesario entender el fenómeno de la caballería medieval, que es el origen de las novelas de caballerías.

La caballería que se desarrolla en la Baja Edad Media florece durante el período del verdadero feudalismo que se cierra en el siglo XIII. Esta profesión de caballero está sustentada en la concepción jerárquica de la sociedad medieval en la que, como explica el historiador medieval Johan Huizinga, había tres estamentos. Se pensaba que:

Dios ha creado al pueblo bajo para trabajar, para cultivar el suelo, para asegurar por medio del comercio la sustentación permanente de la sociedad; ha creado el clero para que ejerza los ministerios de la fe, y ha creado a la nobleza para realzar la virtud y administrar la justicia, para ser con los actos y las costumbres de sus distinguidas personas el modelo de los demás. (Huizinga, J., 2012, p. 77).

Como explica don Quijote a su Ama, hay caballeros cortesanos y caballeros andantes:

Mira, amiga —respondió don Quijote—: no todos los caballeros pueden ser cortesanos, ni todos los cortesanos pueden ni deben ser caballeros andantes: de todos ha de haber en el mundo; y aunque todos seamos caballeros, va mucha diferencia de los unos a los otros; porque los cortesanos, sin salir de sus aposentos ni de los umbrales de la corte, se pasean por todo el mundo,

mirando un mapa, sin costarles blanca, ni padecer calor ni frío, hambre ni sed; pero nosotros, los caballeros andantes verdaderos, al sol, al frío, al aire, a las inclemencias del cielo, de noche y de día, a pie y a caballo, medimos toda la tierra con nuestros mismos pies, y no solamente conocemos los enemigos pintados, sino en su mismo ser, y en todo trance y en toda ocasión los acometemos, sin mirar en niñerías, ni en las leyes de los desafíos [...]. (II, VI, p. 589).

La caballería es un oficio que ejercen, al servicio de su señor o su rey, ciertos guerreros de élite que combaten a caballo con el armamento completo necesario y forman parte de la *militia*.¹⁷

El ejercicio de la caballería está montado sobre los valores éticos y religiosos de la Edad Media. Es un ideal de vida necesario social, ética y estéticamente, para la evolución de esa sociedad. Tiene semejanzas con las órdenes religiosas y, en algunos casos, llegó a constituir una comunidad militar por encima de las naciones, lo que comprende bien nuestro héroe, el Caballero de la Mancha, cuando se refiere a otros caballeros de diversas nacionalidades.

Nos explica José Ortega y Gasset que

Caballerías quiere decir aventuras: los libros de caballerías fueron el último grande retoñar del viejo tronco épico. El libro de caballerías conserva los caracteres épicos, salvo la creencia de la realidad de lo contado. También en él se dan por antiguos, de una ideal antigüedad, los sucesos referidos. El tiempo del rey Artus, como el tiempo de Maricastaña, son telones de un pretérito convencional que penden vaga, indecisamente sobre la cronología. (Ortega y Gasset, J.).

Las historias de caballerías están relatadas en crónicas y leyendas de las que tiene conocimiento Cervantes y a las que hace una breve referencia en el *Quijote*. Así, menciona al pastor Vivaldo

¹⁷ Cfr. Flori, J. (2001), pp. 12 y 13.

— ¿No han vuestras mercedes leído —respondió don Quijote— los anales e historias de Ingalaterra, donde se tratan las famosas hazañas del rey Arturo, que continuamente en nuestro romance castellano llamamos «el rey Artús»(I, XIII, p. 111).

La caballería no es una clase social ni un estatus jurídico, sino una *profesión*. Don Quijote repetidamente dirá que él profesa la noble caballería andante.

José Luis Romero explica, en su obra sobre la Edad Media, las motivaciones profundas del caballero medieval, su prestigio y valor ejemplar.

El caballero que ejercitaba constantemente su brazo en la defensa de su señorío y en la defensa de toda la colectividad que se había acogido a su protección recibía la unánime aprobación de quienes no esperaban de él sino su defensa eficaz. Muy pronto su figura y el recuerdo de sus hazañas habrían de adquirir caracteres de leyenda, difundidos a través de los cantares que empezaban a repetirse con excelente acogida entre auditorios diversos. En todos ellos brilla la audacia, la desmesura, el esfuerzo sobrehumano, el valor ilimitado, el ansia de gloria. (Romero, J., 2014, p. 146).

Esos ideales serán incorporados en las historias caballerescas y don Quijote, en su calidad profesional de caballero andante, llenará su imaginación de hazañas y aventuras de aquellos caballeros que serán sus modelos a imitar o mediadores en la teoría mimética que desarrolla René Girard.

Todo esto lo conoce puntualmente, por sus lecturas, don Quijote. Sabe que los caballeros pertenecen a la nobleza y que el fin de la caballería andante es la justicia y deshacer todo género de agravios; así lo exige, además, el cumplimiento del deber caballeresco de proteger a los débiles.

En el entierro del enamorado pastor Grisóstomo, don Quijote explica su profesión de caballero a Vivaldo:

los soldados y caballeros ponemos en ejecución lo que ellos piden, defendiéndola con el valor de nuestros brazos y filos de nuestras espadas, no debajo de cubierta, sino al cielo abierto, puestos por blanco de los insufribles rayos del sol en el verano y de los erizados yelos del invierno. Así que somos ministros de Dios en la tierra y brazos por quien se ejecuta en ella su justicia (I, XIII, p. 112).

Huizinga señala al respecto: «Como ideal de una vida bella tiene el ideal caballeresco un carácter muy peculiar. Por su esencia es un ideal estético, hecho de fantasía multicolor y sentimentalidad elevada.» (Huizinga, J., 2012, p. 89).

Esto da origen a la elaborada prosa en que se escriben los libros de caballerías, lenguaje que utiliza don Quijote cuando asume su papel de caballero andante medieval, copiando a los héroes de sus historias. A modo de instructivo que sabe bien, nuestro caballero manchego explica al hijo del Caballero del Verde Gabán, don Lorenzo, qué es lo que debe saber y las cualidades que debe tener un caballero andante:

— La de la Caballería Andante [...]. Es una ciencia —replicó don Quijote— que encierra en sí todas o las más ciencias del mundo, a causa que el que la profesa ha de ser jurisperito, y saber las leyes de la justicia distributiva y conmutativa, para dar a cada uno lo que es suyo y lo que le conviene; ha de ser teólogo, para saber dar razón de la cristiana ley que profesa, clara y distintamente [...] ha de ser médico y principalmente herbolario, para conocer en mitad de los despoblados y desiertos las yerbas que tienen virtud de sanar las heridas [...] ha de ser astrólogo, para conocer por las estrellas cuántas horas son pasadas de la noche, y en qué parte y en qué clima del mundo se halla; ha de saber las matemáticas; y dejando aparte que ha de estar adornado de todas las virtudes teologales y cardinales, descendiendo a otras menudencias, digo que ha de saber nadar [...] ha de saber herrar un caballo y aderezar la silla y el freno; y volviendo a lo de arriba, ha de guardar la fe a Dios y a su dama; ha de ser casto en los pensamientos, honesto en las palabras, liberal en las obras, valiente en los hechos, sufrido en los trabajos, caritativo con los menesterosos, y, finalmente, mantenedor de la verdad, aunque le cueste la vida el defenderla. De todas estas grandes y mínimas partes se compone un buen caballero andante. (II, XVIII, p. 682).

Como en las otras historias de los héroes de sus libros de caballerías, el Caballero de la Mancha necesita una dama y así elige a Dulcinea del Toboso, que tiene, en la novela, dos expresiones: la ideal e imaginada, como la señora de sus pensamientos y, la real, una simple labradora vecina del lugar llamada Aldonza Lorenzo. Dice don Quijote: “mis amores y los suyos han sido siempre platónicos” (I, XXV, 242).

¡Oh, cómo se holgó nuestro buen caballero cuando hubo hecho este discurso, y más cuando halló a quien dar nombre de su dama! Y fue, a lo que se cree, que en un lugar cerca del suyo había una moza labradora de muy buen parecer, de quien él un tiempo anduvo enamorado, aunque, según se entiende, ella jamás lo supo, ni le dio cata dello. Llamábase Aldonza Lorenzo, y a ésta le pareció ser bien darle título de señora de sus pensamientos; y, buscándole nombre que no desdijese mucho del suyo, y que tirase y se encaminase al de princesa y gran señora, vino a llamarla «Dulcinea del Toboso», porque era natural del Toboso; nombre, a su parecer, músico y peregrino y significativo, como todos los demás que a él y a sus cosas había puesto (I, I, p. 33).

2.2. Leyes y usos de la caballería

Hay que distinguir dos clases de leyes: las propias de la caballería, que don Quijote conoce a la perfección y que cumple puntualmente, y la ley que emana de las autoridades del reino, sobre las cual en la obra del *Quijote* se expresan diversas opiniones.

En la España Moderna,

La justicia se liga a la Administración y anda con el rey o con la hueste. La justicia reside en el rey y da lo mismo que se aplique por una u otra mano. Los Reyes Católicos (Isabel y Fernando) aparecen como los últimos juzgadores. No va a ser ya la persona del príncipe, sino la estructura del Estado quien acogerá la tarea. (Beneyto, J., 1958, pp. 389 - 390).

Los caballeros andantes, como justicieros, «observan y hacen observar estrictamente la justicia». (Diccionario de la Lengua Española,

2001, voz: *justiciero*). Por tanto, nuestro caballero entiende que quienes profesan la caballería andante, que tiene una función ética, están por tanto por sobre la ley, como le explica a su escudero. Dice Sancho Panza:

— Paréceme, señor, que sería acertado irnos a retraer a alguna iglesia, que, según quedó maltrecho aquel con quien os combatistes, no será mucho que den noticia del caso a la Santa Hermandad y nos prendan; y a fe que, si lo hacen, que primero que salgamos de la cárcel, que nos ha de sudar el hopo.

— Calla —dijo don Quijote—, ¿y dónde has visto tú o leído jamás que caballero andante haya sido puesto ante la justicia, por más homicidios que hubiese cometido? (I, X, p. 91).

Este tema aparece nuevamente cuando a una de las ventas llegan cuadrilleros de la Santa Hermandad con un mandamiento escrito contra don Quijote por la liberación de los galeotes. Y, así, pregunta nuestro caballero andante:

Decidme: ¿Quién fue el ignorante que firmó mandamiento de prisión contra un tal caballero como yo soy? ¿Quién el que ignoró que son esentos de todo judicial fuero los caballeros andantes, y que su ley es su espada, sus fueros sus bríos, sus premáticas su voluntad? ¿Quién fue el mentecato, vuelvo a decir, que no sabe que no hay secutoria de hidalgo con tantas preeminencias ni esenciones como la que adquiere un caballero andante el día que se arma caballero y se entrega al duro ejercicio de la caballería? ¿Qué caballero andante pagó pecho, alcabala, chapín de la reina, moneda forera, portazgo ni barca? ¿Qué sastre le llevó hechura de vestido que le hiciese? ¿Qué castellano le acogió en su castillo que le hiciese pagar el escote? ¿Qué rey no le asentó a su mesa? [...]. (I, XLV, p. 473).

Respecto al amplio conocimiento de las reglas y los usos de la caballería que tiene el autor del *Quijote*, señala Sylvia Roubaud:

Sobre la caballería, sus principios, privilegios, deberes, reglas de actuación, e historias escritas, Cervantes tiene un conocimiento extensísimo a la vez que minucioso de la producción caballeresca [...]. En realidad, si se echa la cuenta de los libros de caballerías presentes en el *Quijote* se comprueba que solo doce de ellos aparecen en el capítulo del «donoso escrutinio» llevado a

cabo por el cura y el barbero en la biblioteca de Alonso Quijano, quedando mencionados otros nueve en el resto de su historia y tal vez aludidos de manera indirecta unos tres o cuatro más: en total, veinticinco títulos, cifra limitada que equivale a una tercera parte más o menos de los que comprende el género en su conjunto [...]. Ejemplos de lectura cuidadosa y memoriosa son la del Amadís de Gaula y la de Tirante el Blanco. (Roubaud, S., 2004).

En la aventura de los leones, que observa con atención el Caballero del Verde Gabán, éste dice a don Quijote: «Que si las ordenanzas y leyes de caballería andante se perdiesen, se hallarían en el pecho de vuesa merced como en su mismo depósito y archivo» (II, XVII, p. 679).

Y, de su amo, explica Sancho Panza a los del pueblo de los alcaldes que rebuznaron:

— Mi señor don Quijote de la Mancha es un hidalgo muy atentado, que sabe latín y romance como un bachiller, y en todo cuanto trata y aconseja procede como muy buen soldado, y tiene todas las leyes y ordenanzas de lo que llaman el duelo, en la uña. (II, XXVII, p. 765).

2.3. Como Don Quijote se aviene a las leyes y es armado caballero

En el desarrollo de la historia de nuestro caballero andante, se van cumpliendo las principales reglas de la caballería, como son: el ser armado caballero en una ceremonia religiosa después de velar sus armas la noche anterior, el que los caballeros sólo pueden enfrentarse a sus iguales que también han sido armados caballeros, el caballero vencido debe quedar a merced del vencedor y que, después de la batalla, quien venció en ella puede tomar un botín, como uso propio de toda guerra en la Edad Media.

Nos informa de esta ceremonia medieval de armarse caballero el historiador del Derecho Luis G. de Valdeavellano:

La *Orden de Caballería*, era conferida por el Rey o por quien ya era caballero, mediante el acto de armar como tal al novel, acto que consistía esencialmente en ceñirle la espada, previamente bendecida por el sacerdote, y en darle un pequeño golpe en la nuca: *palmada, espaldarazo; pescozada*, dicen las *Partidas*. (Valdeavellano, L., 1975, p. 323).

En su primera salida, don Quijote recuerda con preocupación que debe ser armado caballero:

Mas, apenas se vio en el campo, cuando le asaltó un pensamiento terrible, y tal, que por poco le hiciera dejar la comenzada empresa; y fue que le vino a la memoria que no era armado caballero, y que, conforme a ley de caballería, ni podía ni debía tomar armas con ningún caballero; y propuso de hacerse armar caballero del primero que topase, a imitación de otros muchos que así lo hicieron, según él había leído en los libros que tal le tenían (I, II, p. 34).

Al llegar a la venta, y de acuerdo con las leyes de la caballería, don Quijote es armado caballero por el ventero y solicita a éste:

El don que os he pedido y de vuestra liberalidad me ha sido otorgado es que mañana en aquel día me habéis de armar caballero, y esta noche en la capilla deste vuestro castillo velaré las armas, y mañana, como tengo dicho, se cumplirá lo que tanto deseo, para poder como se debe ir por todas las cuatro partes del mundo buscando las aventuras, en pro de los menesterosos, como está a cargo de la caballería y de los caballeros andantes, como yo soy, cuyo deseo a semejantes fazañas es inclinado. (I, III, pp. 41 y 42).

Advertido y medroso desto el castellano, trujo luego un libro donde asentaba la paja y cebada que daba a los arrieros, y con un cabo de vela que le traía un muchacho, y con las dos ya dichas doncellas, se vino adonde don Quijote estaba, al cual mandó hincar de rodillas; y, leyendo en su manual, como que decía alguna devota oración, en mitad de la leyenda alzó la mano y dióle sobre el cuello un buen golpe, y tras él, con su misma espada, un gentil espaldarazo, siempre murmurando entre dientes, como que rezaba. Hecho esto, mandó a una de aquellas damas que le ciñese la espada, la cual lo hizo con mucha desenvoltura y discreción [...]. Al ceñirle la espada dijo la buena señora:

— Dios haga a vuestra merced muy venturoso caballero y le dé ventura en lides. (I, III, p. 46).

2.4. El honor, el reto y la satisfacción.

a) *El honor.*

Otra de las reglas de la caballería señala que los caballeros sólo se enfrentan con otros caballeros, no con combatientes que no han recibido la orden de caballería. Así lo argumenta don Quijote después del encuentro que tiene con los desalmados yangüeses. «Mas yo me tengo la culpa de todo, que no había de poner mano a la espada contra hombres que no fuesen armados caballeros como yo» (I, XV p. 132). Y, en el episodio del carro o carreta de las cortes de la muerte, repite: «Yo no puedo ni debo sacar la espada, como otras muchas veces te he dicho, contra quien no fuere armado caballero» (II, 11, p. 969).

Sancho Panza advierte a don Quijote que es un hombre pacífico, que va conociendo las leyes de la caballería y las va a aplicar a su conveniencia durante las aventuras que tiene con su amo.

— Señor, yo soy hombre pacífico, manso, sosegado, y sé disimular cualquiera injuria, porque tengo mujer y hijos que sustentar y criar. Así que séale a vuestra merced también aviso, pues no puede ser mandato, que en ninguna manera pondré mano a la espada, ni contra villano ni contra caballero, y que desde aquí para delante de Dios perdono cuantos agravios me han hecho y han de hacer, ora me los haya hecho o haga o haya de hacer persona alta o baja, rico o pobre, hidalgo o pechero, sin eceptar estado ni condición alguna. (I, XV, 133).

En la Sierra Morena, después del relato de Cardenio a don Quijote y los cabreros, cuando Sancho Panza arremete contra Cardenio, el escudero pide permiso a su amo para intervenir.

— Déjeme vuesa merced, señor caballero de la Triste Figura, que en éste, que es villano como yo y no está armado caballero, bien puedo a mi salvo satisfacerme del agravio que me ha hecho, peleando con él mano a mano como hombre honrado. (I, XXIV, p. 230).

b) *El reto*

Desde la Antigüedad, el botín de guerra son los bienes movibles tomados por los soldados al enemigo, con consentimiento de su general. En el episodio del yelmo de Mambrino, una vez que el barbero ha huido y dejado bacía y rucio, Sancho Panza, conforme a las reglas de la caballería, pide licencia a Don Quijote para quedarse con el «caballo rucio rodado» del vencido. Y dijo Sancho:

[...] dígame vuestra merced qué haremos deste caballo rucio rodado, que parece asno pardo, que dejó aquí desamparado aquel Martino que vuestra merced derribó; que según él puso los pies en polvorosa y cogió las de Villadiego, no lleva pergeño de volver por él jamás. [...]

— Nunca yo acostumbro —dijo don Quijote— despojar a los que venzo, ni es uso de caballería quitarles los caballos y dejarlos a pie, si ya no fuese que el vencedor hubiese perdido en la pendencia el suyo; que en tal caso lícito es tomar el del vencido, como ganado en guerra lícita. Así que, Sancho, deja ese caballo, o asno, o lo que tú quisieres que sea; que como su dueño nos vea alongados de aquí volverá por él. (I, XXI, pp. 191 y 192).

c) *La satisfacción*

Parte importante del ejercicio de la caballería medieval son los duelos entre caballeros de los que da cuenta el libro del *Quijote* en varias ocasiones, como son: el duelo con el Caballero de los Espejos, también llamado El Caballero del Bosque (II, XII); el duelo del lacayo Tosilos, en donde don Quijote renuncia a su hidalguía a fin de contender con quien no era caballero (II, LXVIII) y, al final, la contienda con el Caballero de la Blanca Luna (II, XLIV).

En las leyes de la caballería, el vencido en duelo debe quedar a la voluntad del vencedor. En el duelo en el que es vencido el Caballero del Bosque, don Quijote le dice: «Advertid, señor caballero, que la condición

de nuestra batalla es que el vencido, como otra vez he dicho, ha de quedar a discreción del vencedor» (II, XIV, p. 652).

Y, terminado este enfrentamiento en el que es vencedor el Caballero de la Triste Figura, dice al vencido:

— Muerto sois, caballero, si no confesáis que la sin par Dulcinea del Toboso se aventaja en belleza a vuestra Casildea de Vandalia; y demás de esto habéis de prometer (si de esta contienda y caída quedárades con vida) de ir a la ciudad del Toboso, y presentaros en su presencia de mi parte, para que haga de vos lo que más en voluntad le viniere; condiciones que, conforme a las que pusimos antes de nuestra batalla, no salen de los términos de la andante caballería (II, XIV, p. 655).

Finalmente, en el encuentro con el Caballero de la Blanca Luna, don Quijote acepta las condiciones del desafío y después las del caballero vencido.

— Insigne caballero y jamás como se debe alabado don Quijote de la Mancha, yo soy el Caballero de la Blanca Luna, cuyas inauditas hazañas quizá te le habrán traído a la memoria; vengo a contender contigo, y a probar la fuerza de tus brazos, en razón de hacerte conocer y confesar que mi dama, sea quien fuere, es sin comparación más hermosa que tu Dulcinea del Toboso[...]; y si tú peleares y yo te venciere, no quiero otra satisfacción sino que dejando las armas y absteniéndote de buscar aventuras, te recojas y retires a tu lugar por tiempo de un año, donde has de vivir sin echar mano a la espada, en paz tranquila y en provechoso sosiego, porque así conviene al aumento de tu hacienda y a la salvación de tu alma; y si tú me vencieres, quedará a tu discreción mi cabeza, y serán tuyos los despojos de mis armas y caballo, y pasará a la tuya la fama de mis hazañas. (II, LXIV, p. 1045).

— Caballero de la Blanca Luna,[...] y así, no diciéndoos que mentís, sino que no acertáis en lo propuesto, con las condiciones que habéis referido aceto vuestro desafío [...] (II, LXIV, p. 1046).

Luego que el Caballero de la Mancha, que ha perdido el duelo, debe retirarse un año del ejercicio de la caballería y el de la Blanca Luna le advierte:

— Vencido sois, caballero, y aun muerto, si no confesáis las condiciones de nuestro desafío.

Don Quijote, molido y aturdido, sin alzarse la visera, como si hablara dentro de una tumba, con voz debilitada y enferma, dijo:

— Dulcinea del Toboso es la más hermosa mujer del mundo, y yo el más desdichado caballero de la tierra, y no es bien que mi flaqueza defraude esta verdad. Aprieta, caballero, la lanza, y quítame la vida, pues me has quitado la honra.

— Eso no haré yo, por cierto —dijo el de la Blanca Luna—: viva, viva en su entereza la fama de la hermosura de la señora Dulcinea del Toboso; que sólo me contento con que el gran don Quijote se retire a su lugar un año, o hasta el tiempo que por mí le fuere mandado, como concertamos antes de entrar en esta batalla (II, LXIV, p. 1047).

2.5. Influencia de los libros de caballería en el Quijote

—¿No han vuestras mercedes leído
—respondió don Quijote— los anales e historias
de Ingalaterra, donde se tratan las famosas
fazañas del rey Arturo?
(I, XIII, p. 111).

El *Diccionario de uso del español* dice: «libros de caballería(s): nombre dado a los libros en que se relatan hazañas fantásticas o inverosímiles llevadas a cabo por los caballeros aventureros o caballeros andantes». (Moliner, M., 2007, voz: libro de caballería[s]).

Los libros de caballerías fueron muy populares en España durante el siglo XVI y principios del XVII. Gustaban de ellos los príncipes, sus cortes y los santos: Carlos V, Francisco I, Luis XIV, Guillermo el Taciturno. También Santa Teresa fue muy dada a ellos en su juventud, así como San Juan de la Cruz y San Ignacio de Loyola.

Nos dice Sylvia Roubaud que Cervantes debió leer muchas novelas de caballerías durante su vida, probablemente desde sus años mozos,

pues adquirió de ellos un extenso conocimiento de las historias caballerescas que serán fuente de su creación personal. Su postura respecto a estos libros es una mezcla de interés, irritación y descuido.¹⁸

Con excepción de Sancho Panza, que irá aprendiendo de ellos al oír a su amo, no hay una persona en todo el *Quijote*, que no los haya leído. Don Quijote no es el único versado en ellos. El cura, el barbero, el ventero, su mujer e hija, Maritornes, los caballeros que aparecen en los caminos, estudiantes, el duque y la duquesa y hasta el canónico crítico y el capellán irascible, todos se hallan familiarizados con *Amadís* y su progenie.

Nos dice el historiador Fernando Cervantes, que

Los libros de caballería también reflejaban un mundo cuyas fronteras políticas eran mucho más laxas de lo que tendemos a suponer. En la caballería no había nada específico de un lugar o circunscrito a él: era un fenómeno cultural supranacional. Incluso en la Bretaña artúrica, frecuente escenario de estas obras, la caballería era parte de una importante cultura cortesana. (Cervantes, F., 2021, p. 31).

En su *prólogo* a la primera parte, Cervantes nos dice que su obra es: «una invectiva contra los libros de caballerías [...] no mira a mas que a deshacer la autoridad y cabida que en el mundo y en el vulgo tienen» (I, Prólogo, p. 13).

Al final de la segunda parte, el autor del *Quijote* considera que ha logrado su primera intención, al afirmar que:

[...] no ha sido otro mi deseo que poner en aborrecimiento de los hombres las fingidas y disparatadas historias de los libros de caballerías, que por las de

¹⁸ Cfr. Roubaud, S. (2004).

mi verdadero don Quijote van ya tropezando y han de caer del todo sin duda alguna. (II, LXXIV, p. 1106).

Así como don Quijote tiene por ciertas las historias de caballerías, también el ventero las considera verídicas pues están impresas. El cura le explica al de la venta que esos libros contienen mentiras y disparates:

— No más —dijo el Cura— que estos dos, el de Don Cirongilio y el de Félixmarite.

— Pues, ¿por ventura —dijo el ventero— mis libros son herejes o flemáticos, que los quiere quemar?

[...]

— Hermano mío —dijo el Cura—, estos dos libros son mentirosos y están llenos de disparates y devaneos [...]

[...]

— A otro perro con ese hueso —respondió el ventero— [...]. ¡Bueno es que quiera darme vuestra merced a entender que todo aquello que estos buenos libros dicen sea disparates y mentiras, estando impreso con licencia de los señores del Consejo Real, como si ellos fueran gente que habían de dejar imprimir tanta mentira junta, y tantas batallas, y tantos encantamientos que quitan el juicio! (I, XXXII, pp. 323 y 324).

Sobre la veracidad de estos libros, agrega nuestro caballero andante:

¡Bueno está eso! —respondió don Quijote—. Los libros que están impresos con licencia de los reyes y con aprobación de aquellos a quien se remitieron, y que con gusto general son leídos y celebrados de los grandes y de los chicos, de los pobres y de los ricos, de los letrados e ignorantes, de los plebeyos y caballeros..., finalmente, de todo género de personas de cualquier estado y condición que sean, ¿habían de ser mentira, y más llevando tanta apariencia de verdad [...]? (I, L, p. 509).

Pero, también, dentro de la novela,

las personas de cierta distinción intelectual se pronuncian contra la licencia de imaginación y costumbres que reina en los libros de caballerías. Representan a esta clase en el Quijote, el Caballero del Verde Gabán, el cura, el capellán del duque, el canónigo de Toledo y Cervantes. (Madariaga, S., 1967, p. 45).

El Caballero del Verde Gabán dice a don Quijote: «Tengo hasta seis docenas de libros, cuáles de romance y cuáles de latín, de historia algunos y de devoción otros: los de caballerías aún no han entrado por los umbrales de mis puertas» (II, XVI, p. 664).

El autor de *La Galatea* conocía admirablemente el género que pretendía condenar y, por boca del canónigo de Toledo, en la plática que éste tiene con el cura amigo de don Quijote, da una opinión crítica sobre los libros de caballerías.

— Verdaderamente, señor cura, yo hallo por mi cuenta que son perjudiciales en la república estos que llaman libros de caballerías; y aunque he leído, llevado de un ocioso y falso gusto, casi el principio de todos los más que hay impresos, jamás me he podido acomodar a leer ninguno del principio al cabo, porque me parece que, cuál más, cuál menos, todos ellos son una misma cosa, y no tiene más este que aquel, ni estotro que el otro. Y según a mí me parece, este género de escritura y composición cae debajo de aquel de las fábulas que llaman *milesias*, que son cuentos disparatados, que atienden solamente a deleitar, y no a enseñar, al contrario de lo que hacen las fábulas apólogas, que deleitan y enseñan juntamente. Y puesto que el principal intento de semejantes libros sea el deleitar, no sé yo cómo pueden conseguirle, yendo llenos de tantos y tan desaforados disparates: que el deleite que en el alma se concibe ha de ser de la hermosura y concordancia que ve o contempla en las cosas que la vista o la imaginación le ponen delante, y toda cosa que tiene en sí fealdad y descompostura no nos puede causar contento alguno. (I, XLVII, p. 489).

Añade el canónigo:

[...] son en el estilo duros; en las hazañas, increíbles; en los amores, lascivos; en las cortesías, mal mirados; largos en las batallas, necios en las razones, disparatados en los viajes, y, finalmente, ajenos de todo discreto artificio, y por esto dignos de ser desterrados de la república cristiana, como a gente inútil. (I, XLVII, p. 491).

Para el momento en el que Cervantes publica las dos partes del *Quijote*, este género de historias está en decadencia, por la evolución del gusto de los lectores.

Don Quijote es un caballero medieval que sale a cabalgar en la España del Renacimiento.

Pero hace ya algunos siglos que ya no existe la caballería andante y, por tanto, nuestro andante caballero se ve obligado a buscar las armas de sus bisabuelos. Quiere enderezar los entuertos del presente con armas del pasado y ejercer la caballería cuando ésta ha desaparecido del mundo y de los libros.

Hechas, pues, estas prevenciones, no quiso aguardar más tiempo a poner en efecto su pensamiento, apretándole a ello la falta que él pensaba que hacía en el mundo su tardanza, según eran los agravios que pensaba deshacer, tuertos que enderezar, sinrazones que emendar y abusos que mejorar y deudas que satisfacer (I, II, p. 34).

Nos señala Francisco Rico que el progreso de las armas de fuego, las nuevas tácticas de la infantería y la consolidación de los ejércitos permanentes propiciaron ese declive de la caballería.¹⁹

Dice el Caballero de los Leones:

Bien hayan aquellos benditos siglos que carecieron de la espantable furia de aquestos endemoniados instrumentos de la artillería, a cuyo inventor tengo para mí que en el infierno se le está dando el premio de su diabólica invención, con la cual dio causa que un infame y cobarde brazo quite la vida a un valeroso caballero (I, XXXVIII, p. 397).

De esto está consciente don Quijote, ya en el discurso de las armas y las letras critica el tiempo presente y añora el pasado en el que había caballeros andantes. Sabe que el ejercicio de la caballería andante ha sido desplazado y caído en desuso por la invención de los instrumentos de artillería.

¹⁹ Cfr. Rico, F. (2014). p. 1119.

Y así, considerando esto, estoy por decir que en el alma me pesa de haber tomado este ejercicio de caballero andante en edad tan detestable como es esta en que ahora vivimos; porque aunque a mí ningún peligro me pone miedo, todavía me pone recelo pensar si la pólvora y el estaño me han de quitar la ocasión de hacerme famoso y conocido por el valor de mi brazo y filos de mi espada, por todo lo descubierto de la tierra (I, XXXVIII, p. 397).

Comenta el biógrafo de Cervantes, Andrés Trapiello, que en este punto asistimos al enfrentamiento del viejo mundo con el nuevo: el mundo de los libros de caballerías cuestionado por una sociedad que empezaba a cansarse de ellos, una pugna entre la realidad y la ficción y, al mismo tiempo, entre el mundo medieval y el renacentista.²⁰

²⁰ *Cfr.* Trapiello, A. (2005), p. 183.

CAPITULO III

DON QUIJOTE Y SANCHO: PERSONAJES DE CERVANTES

3.1. *Quien es don Quijote para Cervantes, cómo se ve el mismo y como lo perciben Sancho y los demás*

a) Quién es don Quijote para Cervantes

En el *prólogo* de la primera parte, Miguel de Cervantes se identifica, de alguna manera, con su héroe: don Quijote. «¿qué podrá engendrar el estéril y mal cultivado ingenio mío, sino la historia de un hijo seco, avellanado, antojadizo y lleno de pensamientos varios y nunca imaginados de otro alguno» (Prólogo, p. 7).

Al inicio de la obra, el autor de *La Galatea* plantea el desarrollo de la historia de don Quijote, un hidalgo de una pequeña aldea que se mantiene ocioso y que se ha dedicado, en los últimos años, a la lectura de libros de caballerías, lo que le ha hecho perder el juicio y le ha llevado a tomar la decisión de convertirse en un caballero andante, para deshacer agravios y enderezar entuertos, como ha leído en sus historias de caballerías, que él tiene por ciertas.

En el capítulo primero el autor describe los rasgos personales de don Quijote, su edad, compleción, su condición económica. Le presenta como un típico hidalgo con pocos medios de fortuna, menciona sus gustos y su creciente afición a leer libros de caballerías.

un hidalgo de los de lanza en astillero, adarga antigua, rocín flaco y galgo corredor. Una olla de algo más vaca que carnero, salpicón las más noches, duelos y quebrantos los sábados, lantejas los viernes, algún palomino de añadidura los domingos, consumían las tres partes de su hacienda. (I, I, p. 27).

Frisaba la edad de nuestro hidalgo con los cincuenta años. Era de complexión recia, seco de carnes, enjuto de rostro, gran madrugador y amigo de la caza. (I, I, pp. 27 y 28).

Este sobredicho hidalgo, los ratos que estaba ocioso, que eran los más del año, se daba a leer libros de caballerías, con tanta afición y gusto, que olvidó casi de todo punto el ejercicio de la caza, y aun la administración de su hacienda; [...] y así, del poco dormir y del mucho leer se le secó el cerebro de manera, que vino a perder el juicio (I, I, pp. 27 a 30).

Don Quijote es un hombre soñador y dado a idealizar, lo que explica parte de su carácter y su comportamiento como caballero andante. El autor de la *Guía del lector de Quijote* nos señala que:

era soltero, era un hombre tímido en cosas de amor y, por tanto, dado a idealizar. No le faltan, por cierto, los más de los rasgos habituales en soñadores e idealistas. Así, la ociosidad. Y, como suele suceder a los soñadores e idealistas, era gran devorador de libros. Nada extraño tiene que su lectura fuese de libros de caballerías, pues aparte de que eran los más abundantes, ¿qué mejor lectura para entretener los ocios de un idealista soñador? En resumidas cuentas, es Alonso Quijano un excelente ejemplo de hidalgo español; amigo resignado de sus soledades, dado a trotar, y aun a galopar, por los campos sin límite de la imaginación, y digno, por su seriedad y buena fe, de traspasar los umbrales de la cordura por el lado que linda con la divinidad. (Madariaga, S., 1967, p. 67).

b) *Cómo se ve a sí mismo don Quijote*

En la primera parte, al salir don Quijote de la venta, se encuentra con unos mercaderes toledanos y es molido a palos por un mozo de mulas que lo deja tirado sin que le sea posible levantarse. Pedro Alonso, labrador vecino de su mismo lugar, reconoce al hidalgo como el señor Quijana y el apaleado caballero le responde:

— Yo sé quién soy —respondió don Quijote—, y sé que puedo ser, no sólo los que he dicho, sino todos los Doce Pares de Francia, y aun todos los nueve de la Fama, pues a todas las hazañas que ellos todos juntos y cada uno por sí hicieron se aventajarán las mías (I, V, p.58).

«Don Quijote sabe quién es. Es un ser-en-el-mundo.» (Basave, A., 1964, p. 62). La capacidad de conocerse a sí mismo se denomina en filosofía y psicología como introspección. El aforismo griego *conócete a ti mismo* estaba inscrito en templo de Apolo en Delfos y, antes de plantear cualquier consulta a los dioses, obligaba al viajero a investigar su propia esencia. Éste, y no otro, debía ser el punto de partida para comprender el mundo. Don Quijote, en su desatino, es un ser seguro de sí mismo y de su causa.

En la Meditación Segunda, René Descartes desarrolla este tema del conocimiento de sí mismo:

Otro es pensar y aquí encuentro que el pensamiento es un atributo que me pertenece; el pensamiento es lo único que no puede separarse de mí. Yo soy, existo, esto es cierto [...] conozco que existo e indago que soy yo, que sé que soy. Y es muy cierto que el conocimiento de mí mismo, tomado precisamente así, no depende de las cosas cuya existencia aun no me es conocida y, por consiguiente, no depende de ninguna de las que puedo fingir en mi imaginación. ¿Qué soy pues? Una cosa que piensa. ¿Qué es una cosa que piensa? Es una cosa que duda, entiende, concibe, afirma, niega, quiere, no quiere y, también, imagina y siente. (Descartes, R., 2017, pp. 158 - 159).

En los consejos que don Quijote da a Sancho Panza antes de que sea gobernador de la ínsula, le dice: «Lo segundo, has de poner los ojos en quien eres, procurando conocerte a ti mismo, que es el más difícil conocimiento que puede imaginarse» (II, XLII, p. 868).

Este saber que tiene don Quijote de sí mismo lo expresará también al momento de su muerte, es él mismo quien se percata de su propio fin y se prepara a morir: «Yo, señores, siento que me voy muriendo a toda prisa; déjense burlas aparte, y tráiganme un confesor que me confiese y un escribano que haga mi testamento [...]» (II, LXXIV, p. 1101).

Comenta Barahona que, en este desengaño de los libros de caballerías, «Don Quijote moribundo no juega con la autocensura, es explícito: que en tales trances como éste no se ha de burlar el hombre con el alma» (II, LXXIV, p. 1101). (Barahona, A, 2014, p. 40).

Con otras personas que van apareciendo a lo largo de la historia, don Quijote, va explicando quien es él y su quehacer de caballero andante. Así, en la plática que tiene con el canónigo de Toledo, se describe como un caballero con grandes virtudes. «De mí sé decir que después que soy caballero andante soy valiente, comedido, liberal, bien criado, generoso, cortés, atrevido, blando, paciente, sufridor de trabajos, de prisiones, de encantos» (I, L, p. 511).

En el mismo tenor, el de la Triste Figura comenta a un bachiller, que forma parte de la comitiva de los encamisados: «Y quiero que sepa vuestra reverencia que yo soy un caballero de la Mancha, llamado don Quijote, y es mi oficio y ejercicio andar por el mundo enderezando tuertos y desfaciendo agravios» (I, XIX, p. 170).

En la segunda parte, en el encuentro que el protagonista de Cervantes tiene con el discreto caballero manchego del Verde Gabán, don Diego de Miranda, se describe de esta manera.

— Esta figura que vuesa merced en mí ha visto, por ser tan nueva y tan fuera de las que comúnmente se usan, no me maravillaría yo de que le hubiese maravillado; pero dejará vuesa merced de estarlo cuando le diga, como le digo, que soy caballero [...] Salí de mi patria, empeñé mi hacienda, dejé mi regalo, y entreguéme en los brazos de la Fortuna, que me llevasen donde más fuese servida. Quise resucitar la ya muerta andante caballería, y ha muchos días que tropezando aquí, cayendo allí, desempeñándome acá y levantándome acullá, he cumplido gran parte de mi deseo, socorriendo viudas, amparando doncellas y favoreciendo casadas, huérfanos y pupilos, propio y natural oficio de caballeros andantes [...] Finalmente, por encerrarlo todo en breves palabras, o en una sola, digo que yo soy don Quijote de la Mancha, por otro nombre llamado el Caballero de la Triste Figura (II, XVI, p. 662).

Y lo mismo sucede cuando don Quijote se presenta ante el Caballero del Bosque y ante los villanos del pueblo de la aventura de los rebuznos con estas palabras:

— Caballero soy, y de la profesión que decís; y aunque en mi alma tienen su propio asiento las tristezas, las desgracias y las desventuras, no por eso se ha ahuyentado della la compasión que tengo de las ajenas desdichas (II, XII, p. 636).

— Yo, señores míos, soy caballero andante, cuyo ejercicio es el de las armas, y cuya profesión, la de favorecer a los necesitados de favor y acudir a los menesterosos (II, XXVII, p. 762).

Pero no todo es conocimiento de sí mismo, pues su falta de juicio y la desbordante imaginación en todo aquello que toca a las historias de caballerías, se le revuelven en su pensamiento y no distingue qué corresponde a su persona y qué al papel en el que imita a sus héroes. La teoría mimética de René Girard nos hace comprender la importancia que para el caballero manchego tiene, sobre todo, Amadís de Gaula como el modelo a seguir en el ejercicio de su profesión de caballero andante. Nos dice este autor:

Don Quijote ha renunciado, a favor de Amadís, a la prerrogativa fundamental del individuo; ya no elige los objetos de su deseo; es Amadís quien debe elegir por él. El discípulo se precipita hacia los objetos que le designa o parece designarle, el modelo de toda caballería. (Girard, R., 1985, p. 9).

La forma en que se presenta don Quijote como seguro de lo que es y con la personificación de los caballeros de sus lecturas, continúa en las aventuras que se le van presentando en su andante viajar por la ruta sin rumbo que lleva nuestro héroe.

c) *Como lo perciben Sancho y los demás*

En una oscura noche, don Quijote y Sancho se encuentran con la aventura de los encamisados a caballo que llevan una litera cubierta de luto. «Todo lo miraba Sancho, admirado del ardimiento de su señor, y decía entre sí: ‘Sin duda, este mi amo es tan valiente y esforzado como él dice’.» (I, XIX, p. 170).

Sancho reconoce la locura de su amo y a pesar de ello lo quiere y sigue como escudero fiel en todas sus aventuras. Así lo comenta al escudero del Bosque: «Este mi amo por mil señales he visto que es un loco de atar, y aún también yo no le quedo en zaga, pues soy más mentecato que él y, pues le sigo y le sirvo» (II, X, p. 616).

Y, sobre su amo, opina:

— Eso no es el mío —respondió Sancho—: digo, que no tiene nada de bellaco, antes tiene un alma como un cántaro: no sabe hacer mal a nadie, sino bien a todos, ni tiene malicia alguna: un niño le hará entender que es de noche en la mitad del día, y por esta sencillez le quiero como a las telas de mi corazón, y no me amaño a dejarle, por más disparates que haga (II, XIII, pp. 641 y 642).

La Sobrina, hija de una hermana de nuestro caballero, lo describe así:

— ¡Válame Dios! —dijo la Sobrina—. ¡Que sepa vuesa merced tanto, señor tío que se dé a entender que es valiente, siendo viejo, que tiene fuerzas, estando enfermo, y que endereza tuertos, estando por la edad agobiado, y, sobre todo, que es caballero, no lo siendo, porque, aunque lo puedan ser los hidalgos, no lo son los pobres! (II, VI, p. 591).

Cuando en la segunda parte don Quijote pregunta a Sancho que opina sobre él el vulgo, dice el escudero:

— Pues lo primero que digo —dijo— es que el vulgo tiene a vuesa merced por grandísimo loco, y a mí por no menos mentecato. Los hidalgos dicen que no conteniéndose vuesa merced en los límites de la hidalguía, se ha puesto

don y se ha arremetido a caballero con cuatro cepas y dos yugadas de tierra, y con un trapo atrás y otro adelante (II, II, p. 564).

El hijo de don Diego Miranda expresa a don Quijote: «Lo que yo quiero decir —dijo don Lorenzo— es que dudo que haya habido, ni que los hay ahora, caballeros andantes y adornados de virtudes tantas» (II, XVIII, p. 683).

Y, en son de burla, Maese Pedro, que es el mismo Ginés de Pasamonte, galeote liberado por don Quijote que le robó el rucio a Sancho, le dice:

¡oh resucitador insigne de la puesta en olvido andante caballería, oh no jamás como se debe alabado caballero don Quijote de la Mancha, ánimo de los desmayados, arrimo de los que van a caer, brazo de los caídos, báculo y consuelo de todos los desdichados! (II, XXV, p. 746).

Es también un caballero andante «puntual en guardar las órdenes de caballería» (II, LXV, p. 1049). Y una vez que ha sido vencido por el Caballero de la Blanca Luna, acepta su derrota y cumple con la condición de retirarse del ejercicio de la caballería. Dice el vencido don Quijote: «y aunque perdí la honra, no perdí, ni puedo perder, la virtud de cumplir mi palabra.» (II, LXVI, p. 1055)

Nuestro «caballero parte para un peregrinaje sin rumbo que en definitiva es una búsqueda de sí mismo»;²¹ «y con esto se quietó y prosiguió su camino, sin llevar otro que aquél que su caballo quería, creyendo que en aquello consistía la fuerza de las aventuras» (I, II, p. 35).

²¹ Cfr. Rico, F. (2014), p. 1118.

Este «yo» del caballero y de su escudero se va a engrandecer con sus aventuras caballerescas que llenan toda la historia. Al término de su largo viaje de aventuras y desventuras, don Quijote y Sancho han enriquecido sus vidas. A la llegada a su aldea exclama el escudero:

— Abre los ojos, deseada patria, y mira que vuelve a ti Sancho Panza tu hijo, si no muy rico, muy bien azotado. Abre los brazos, y recibe también a tu hijo don Quijote, que si viene vencido de los brazos ajenos, viene vencedor de sí mismo; que, según él me ha dicho, es el mayor vencimiento que desearse puede (LXXII, p. 1093).

3.2. *Quien es Sancho Panza para Cervantes, cómo se ve el mismo y como lo perciben don Quijote y los demás*

Con estas promesas y otras tales, Sancho Panza, que así se llamaba el labrador, dejó su mujer y hijos y asentó por escudero de su vecino (I, VII, p. 72).

a) *Quien es Sancho Panza para Cervantes*

Inspirado por las novelas de caballería, y en especial por la de Amadís de Gaula, don Quijote decide hacerse de un escudero. Dice la historia:

En este tiempo, solicitó don Quijote a un labrador vecino suyo, hombre de bien (si es que este título se puede dar al que es pobre), pero de muy poca sal en la mollera. En resolución, tanto le dijo, tanto le persuadió y prometió, que el pobre villano se determinó de salirse con él y servirle de escudero. Decíale, entre otras cosas, don Quijote que se dispusiese a ir con él de buena gana, porque tal vez le podía suceder aventura, que ganase, en quítame allá esas pajas, alguna ínsula, y le dejase a él por gobernador della. (I, VII, p. 72)

El Tesoro de la Lengua Castellana de Sebastián de Covarrubias dice:

Escudero. El hidalgo que lleva el escudo al caballero, en tanto que no pelea con él; y el que lleva la lanza, que suele ser joven le llaman page de lanza.

En la paz, los escuderos sirven a sus señores de acompañar delante de sus personas. (Covarrubias, S., 1998, voz: *escudero*).

La vida de los escuderos medievales era muy particular: por un lado, eran sirvientes, ya que debían trabajar para su amo durante muchos años o incluso toda su vida; pero por otro, su posición era bastante respetable para la época y sus obligaciones no eran tan sacrificadas como las de los vasallos que trabajaban el campo.

Nos explica Luis G. De Valdeavellano:

Era frecuente que para acceder al estado de caballero, se pasase antes por el de escudero, grado preparatorio al de la caballería. Los donceles o escuderos eran los adolescentes nobles que, criados y educados por un caballero o al servicio del mismo, llevaban los escudos y otras armas para aprender a usarlas, y que de esta manera se preparaban para para profesar más tarde en la Orden de Caballería. (Valdeavellano, L., 1975, p. 324).

Sancho Panza no se asemeja a los escuderos de los caballeros medievales, no es un noble que tenga alguna experiencia en el ejercicio de las armas y su labor será más de acompañante al servicio del Caballero de la Mancha que propiamente la de un escudero y sin todas las desgracias que sufre su amo.

Entre los sonetos que siguen al *prólogo* de la primera parte, Gandalín, escudero de Amadís de Gaula, le dedica uno a Sancho Panza:

Soneto

Salve, varón famoso, a quien Fortuna,
cuando en el trato escuderil te puso,
tan blanda y cuerdamente lo dispuso,
que lo pasaste sin desgracia alguna...

Dice don Quijote a Sancho:

— Yo no sé que haya más que decir; sólo me guío por el ejemplo que me da el grande Amadís de Gaula, que hizo a su escudero conde de la Ínsula Firme; y así, puedo yo, sin escrúpulo de conciencia hacer conde a Sancho Panza, que es uno de los mejores escuderos que caballero andante ha tenido (I, L, p. 513).

Cervantes nos dice que Don Quijote, después de su primera salida,

determinó volver a su casa y acomodarse de todo, y de un escudero, haciendo cuenta de recibir a un labrador vecino suyo, que era pobre y con hijos, pero muy a propósito para el oficio escuderial de la caballería. (I, IV, p. 48).

En cuanto a su carácter, el escudero del caballero andante es

vigoroso y viril por temperamento, se encoleriza con relativa facilidad; prudente y cauto por sentido y experiencia, evita la lucha inútil y desigual; pueril y sencillo por ignorancia y naturaleza, tiembla ante lo desconocido y sobrenatural. (Madariaga, S., 1967, p. 119).

Cuando su amo le reclama su falta de valentía, como la debe tener un escudero, con poco respeto a don Quijote, Sancho Panza le replica:

— Juzgue vuesa merced, señor, de sus caballerías —respondió Sancho—, y no se meta en juzgar de los temores o valentías ajenas, que tan gentil temeroso soy yo de Dios como cada hijo de vecino (II, XX, p. 707).

b) *Cómo se ve a sí mismo*

Dice Sancho a su amo: «y, aunque pobre, soy cristiano viejo y no debo nada a nadie» (I, XLVII, p. 489); «que soy casado y no sé la primera letra del abecé» (I, XXVI, p. 256); «no sé leer, ni escribir, [...]»

bien sé firmar mi nombre» (II, XLIII, p. 874); «que soy algo malicioso y que tengo mis ciertos asomos de bellaco» (II, VIII, p. 603).

Ante la Duquesa de la segunda parte, Sancho se presenta así:

Labrador soy, Sancho Panza me llamo, casado soy, hijos tengo y de escudero sirvo; si con alguna destas cosas puedo servir a vuestra grandeza, menos tardaré yo en obedecer que vuestra señoría en mandar (II, XXXII, p. 805).

En cuanto a su ser y a su profesión escuderial, Sancho le aclara a Sansón Carrasco:

Yo, señor Sansón, no pienso granjear fama de valiente, sino del mejor y más leal escudero que jamás sirvió a caballero andante; y si mi señor don Quijote, obligado de mis muchos y buenos servicios, quisiere darme alguna ínsula de las muchas que su merced dice que se ha de topar por ahí, recibiré mucha merced en ello; y cuando no me la diere, nacido soy, y no ha de vivir el hombre en hoto de otro²² sino de Dios. Sancho nació y Sancho pienso morir (II, IV, p. 579).

c) *Cómo lo perciben don Quijote y los demás*

A diferencia de su amo, que está siempre en vigilia como buen caballero andante, Sancho duerme en cuanto se da la oportunidad. Así, le dice su amo: «Duerme tú, Sancho —respondió don Quijote—, que naciste para dormir; que yo, que nací para velar.» (II, LXVIII, p. 1067).

Sancho tiene incapacidad para el razonamiento abstracto, es de corto entendimiento y *de poca sal en la mollera*. «Mira, Sancho, por el mismo que denantes juraste te juro —dijo don Quijote— que tienes el

²²Bajo la protección de otro.

más corto entendimiento que tiene ni tuvo escudero en el mundo» (I, XXV, p.237).

Aunque Sancho Panza es un *villano* y don Quijote lo reprende en varias ocasiones, alguna vez también ve en su escudero cualidades para armarle caballero:

Ya estaba don Quijote delante, con mucho contento de ver cuán bien se defendía y ofendía su escudero, y túvole desde allí adelante por hombre de pro, y propuso en su corazón de armalle caballero en la primera ocasión que se le ofreciese, por parecerle que sería en él bien empleada la orden de la caballería (I, XLIV, p. 464).

Sobre su escudero, don Quijote dice a la Duquesa:

Volvióse don Quijote a la Duquesa, y dijo:

— Vuestra grandeza imagine que no tuvo caballero andante en el mundo escudero más hablador ni más gracioso del que yo tengo; y él me sacará verdadero, si algunos días quisiere vuestra gran celsitud servirse de mí (II, XXX, p. 782).

Don Quijote reprende a Sancho por la cantidad de refranes que mezcla en su conversación. En los consejos que le da antes de ser gobernador le dice:

— También, Sancho, no has de mezclar en tus pláticas la muchedumbre de refranes que sueles; que puesto que los refranes son sentencias breves, muchas veces los traes tan por los cabellos, que más parecen disparates que sentencias (II, XLII, p. 872).

En una ocasión en la que Sancho va a decir algunos refranes, se contiene y dice: «Y ahora se me ofrecen cuatro, que venían aquí pintiparados, o como peras en tabaque; pero no los diré, porque al buen callar llaman Sancho» (II, XLIII, p. 875).

Cuando nuestro caballero se enoja con Sancho, dice de él cosas terribles.

¡Oh, váleme Dios, y cuán grande que fue el enojo que recibió don Quijote oyendo las descompuestas palabras de su escudero! Digo que fue tanto, que, con voz atropellada y tartamuda lengua, lanzando vivo fuego por los ojos, dijo:

— ¡Oh bellaco villano, mal mirado, descompuesto, ignorante, infacundo, deslenguado, atrevido, murmurador y maldiciente! [...] ¡Vete de mi presencia, monstruo de naturaleza, depositario de mentiras, almario de embustes, silo de bellaquerías, inventor de maldades, publicador de sandeces, enemigo del decoro que se debe a las reales personas! ¡Vete, no parezcas delante de mí, so pena de mi ira! (I, XLVI, p. 478).

— Tomarios he yo —dijo don Quijote—, don villano, harto de ajos... ¡Oh, malavenrurado escudero, alma de cántaro, corazón de alcornoque, de entrañas guijeñas y apedernaladas (*entrañas duras*) (II, XXVI, pp. 824 y 825).

— En fin —dijo don Quijote—, tú eres, Sancho, el mayor glotón del mundo, y el mayor ignorante de la tierra (II, XLVI, p. 1058).

En la segunda parte, la Sobrina y el Ama se expresan mal de Sancho:

— ¿Qué quiere este mostrenco en esta casa? Idos a la vuestra, hermano, que vos sois, y no otro, el que destrae y sonsaca a mi señor, y le lleva por esos andurriales.

[...]

— Con todo eso —dijo el Ama—, no entrareis acá, saco de maldades y costal de malicias. Id a gobernar vuestra casa y a labrar vuestros pegujares, y dejaos de pretender ínsulas ni ínsulos (II, II, p. 561).

Sin embargo, la Duquesa señala alguna de sus virtudes:

— De que Sancho el bueno sea gracioso lo estimo yo en mucho, porque es señal que es discreto; que las gracias y los donaires, señor don Quijote, como vuesa merced bien sabe, no asientan sobre ingenios torpes; y pues el buen Sancho es gracioso y donairoso, desde aquí le confirmo por discreto. (II, XXX, p. 782).

3.3. *Locura y lucidez de don Quijote, su personalidad dual*

a) Locura y lucidez de don Quijote

«Mucha lectura y poco sueño hicieron que Alonso Quijana, dejándose llevar de su afición a ensoñar e idealizar, traspasara los umbrales de la cordura.» (Madariaga, S., 1967, p. 99).

Y el efecto de su locura es que:

vino a dar en el más extraño pensamiento que jamás dio loco en el mundo, y fue que le pareció conveniente y necesario, así para el aumento de su honra como para el servicio de su república, hacerse caballero andante y irse por todo el mundo con sus armas y caballo a buscar las aventuras y a ejercitarse en todo aquello que él había leído que los caballeros andantes se ejercitaban, deshaciendo todo género de agravio y poniéndose en ocasiones y peligros donde, acabándolos, cobrase eterno nombre y fama (I, I, pp. 30 y 31).

Nos explica Vargas Llosa que al Caballero de la Mancha

lo anima un designio enloquecido: resucitar el tiempo eclipsado siglos atrás (y que, por lo demás, nunca existió) de los caballeros andantes, que recorrían el mundo socorriendo a los débiles, deshaciendo tuertos y haciendo reinar una justicia para los seres del común que de otro modo estos jamás alcanzarían, del que se ha impregnado leyendo las novelas de caballerías, a las que el atribuye la veracidad de escrupulosos libros de historia. (Vargas, M., 2004, p. XIII).

En el desarrollo de la historia, para las personas con las que se va relacionando, Don Quijote es, en apariencia, un hidalgo de su época, salvo por su extraña vestimenta y las armas que porta. Sin embargo, una vez que sus interlocutores tienen la posibilidad de observarlo y hablar con él, descubren su locura; el personaje pierde el juicio cuando toca temas relacionados con la caballería andante.

Mirábalo el canónigo, y admirábase de ver la estrañeza de su grande locura y de que en cuanto hablaba y respondía mostraba tener bonísimo entendimiento: solamente venía a perder los estribos, como otras veces se ha dicho, en tratándole de caballería (I, XLIX, p. 503).

Así lo explica Cervantes en el capítulo de los segundos consejos de don Quijote a Sancho:

¿Quién oyera el pasado razonamiento de don Quijote que no le tuviera por persona muy cuerda y mejor intencionada? Pero, como muchas veces en el progreso desta grande historia queda dicho, solamente disparaba en tocándole en la caballería, y en los demás discursos mostraba tener claro y desenfadado entendimiento, de manera, que a cada paso desacreditaban sus obras su juicio, y su juicio sus obras. (II, XLIII, p. 871).

Sancho Panza, contagiado por Don Quijote de su idea de ser el escudero de un caballero andante, dice al escudero del Caballero del Bosque: «y el rato que en esto pienso se me hacen fáciles y llevaderos cuantos trabajos padezco con este mentecato de mi amo, de quien sé que tiene más de loco que de caballero» (II, XIII, p. 641).

En la conversación que después de la aventura de los leones tiene el Caballero del Verde Gabán con el de Los Leones, dice Cervantes: «En todo este tiempo no había hablado palabra don Diego de Miranda, todo atento a mirar y a notar los hechos y palabras de don Quijote, pareciéndole que era un cuerdo loco y un loco que tiraba a cuerdo» (I, XVII, p. 677).

Don Lorenzo, el hijo de Diego Miranda, opina sobre la locura de Don Quijote: «No le sacarán del borrador de su locura cuantos médicos y buenos escribanos tiene el mundo: él es un entreverado loco, lleno de lúcidos intervalos» (II, XVIII, p. 684).

En el último capítulo de la segunda parte, don Quijote duerme y, al despertar, reconoce que estuvo loco en el tema de las caballerías, pero que ahora conoce sus disparates:

Rogó don Quijote que le dejaran solo, porque quería dormir un poco. Hiciéronlo así y durmió de un tirón, como dicen, más de seis horas. [...] Despertó al cabo del tiempo dicho, y, dando una gran voz, dijo:

[...]

Yo me siento, Sobrina, a punto de muerte; querría hacerla de tal modo, que diese a entender que no había sido mi vida tan mala, que dejase renombre de loco; que puesto que lo he sido, no querría confirmar esta verdad en mi muerte. (II, LXXIV, pp. 1099 y 1100).

Esto lo confirma el cura, después de terminada la confesión. «salió el Cura, diciendo: —Verdaderamente se muere, y verdaderamente está cuerdo Alonso Quijano el Bueno» (II, LXXIV, p. 1101).

Lo pone de manifiesto también el epitafio de Sansón Carrasco al Caballero de la Mancha en el que se lee: «Que acreditó su ventura, morir cuerdo y vivir loco» (II, LXXIV, p. 1105).

El hecho de que Don Quijote muera cuerdo tiene una amplia significación en la novela. Por un lado, él se da cuenta de que los libros de caballerías, que le hicieron perder el juicio, son detestables y ahora conoce sus disparates y embelecos. Su modelo de caballería, Amadís de Gaula, «el primero, el único», es ahora su enemigo, junto a todos los de su linaje. En la teoría de Girard, los caballeros andantes de sus historias han dejado de ser mediadores de su deseo. Así lo expresa en el último capítulo de la segunda parte:

Yo tengo juicio ya, libre y claro, sin las sombras caliginosas de la ignorancia, que sobre él me pusieron mi amarga y continua leyenda de los detestables

libros de las caballerías. Ya conozco sus disparates y sus embelecocos, y no me pesa sino que este desengaño ha llegado tan tarde [...].

Dadme albricias, buenos señores, de que ya yo no soy don Quijote de la Mancha, sino Alonso Quijano, a quien mis costumbres me dieron renombre de «bueno». Ya soy enemigo de Amadís de Gaula y de toda la infinita caterva de su linaje; ya me son odiosas todas las historias profanas del andante caballería; ya conozco mi necedad y el peligro en que me pusieron haberlas leído; ya, por misericordia de Dios, escarmentando en cabeza propia, las abomino (II, LXXIV, p. 1100).

Don Quijote tiene la certeza de que va a morir y quiere recuperar el sentido de su vida. Así, dice: «querría hacerla de tal modo, que diese a entender que no había sido mi vida tan mala, que dejase renombre de loco; que, puesto que lo he sido, no querría confirmar esta verdad en mi muerte» (II, LXXIV, p. 1100).

Nuestro caballero tiene claro que su vida es mortal, como lo expresa San Agustín en *La Ciudad de Dios*: «Desde el instante en que comenzamos en este cuerpo mortal, nunca dejamos de tender hacia la muerte». (Citado por Sanabria, J., 1976, p. 256).

Y, en este mismo sentido, nos explica Ramón Xirau que, para Heidegger,

el ser humano, en general, se define como ser-ahí, que consiste en un ser que vive en la angustia y en la nada, en un ser que está en el mundo, en un ser que está en el tiempo y en un ser que es para la muerte, en un ser para quien es inevitable morir. (Xirau, R., 1974, p. 406).

b) Su personalidad dual

El origen de la locura de Alonso Quijano es su obsesión por los libros de caballería y la creencia de que las historias allí contadas son verdaderas. «Emerge transfigurado por su inmersión en la lectura: no

distingue donde terminan los libros y donde comienzan las áridas tierras de la Mancha. Don Quijote ve al mundo como lo ha leído.» (Villoro, J., 2008, p. 40):

Conforme a los conocimientos de medicina de la España de finales del siglo XVI, el médico y filósofo español de esa época, Juan Huarte de San Juan, citado por Andrés Trapiello, hace un análisis de algunos tipos de locura que nos ayudan a entender que sucede en la mente de don Quijote.

Habría dos clases de locuras, según afecten a la parte estimativa del cerebro o a la imaginativa. Es decir, según interesen al entendimiento o a la fantasía. Don Quijote, ateniéndonos a esta teoría, solo tenía trastornada su imaginativa, mientras su entendimiento era el de uno de los más cuerdos y discretos caballeros que se contaran entonces. A Don Quijote, mientras no le tocan el tema de su monomanía caballeresca, es hombre capaz de hablar, y con qué tino, de armas y letras y asuntos de muy variada e importante doctrina. (Trapiello, A., 2005, p. 185).

En sus aventuras y hazañas, el Caballero de la Mancha ve la realidad, pero su imaginación, como la facultad de representar imágenes y fantasías, le hace ver cosas distintas que tienen una referencia o relación a la caballería. Su cerebro no sabe diferenciar lo que es real de lo que es imaginario. La imaginación tiene mucha fuerza, un poder impresionante sobre la mente.

Señala Blaise Pascal:

Esta potencia soberbia, enemiga de la razón, que se complace en controlarla o en dominarla, para mostrar cuán poderosa es en todo, ha establecido en el hombre una segunda naturaleza. Tiene sus afortunados, sus desgraciados, sus sanos, sus enfermos, sus ricos, sus pobres; hace que la razón crea, dude, niegue; suspende los sentidos, les hace sentir; tiene sus locos y sus cuerdos; nada nos produce tanto despecho como ver que llena a sus huéspedes de una satisfacción mucho más plenaria y entera que la razón. (Pascal, B., 1999, Número 82).

Lo dice Cervantes en el primer capítulo: «y asentósele de tal modo en *la imaginación* que era verdad toda aquella máquina de aquellas invenciones que leía» (I, I, p. 30).

Don Quijote ve las ventas como castillos, los molinos de viento como gigantes, los rebaños de carneros son para él ejércitos y, en la descomunal batalla que tiene con los cueros de vino de la venta, los confunde con el gigante enemigo de la princesa Micomicona. De la bacía que quita al barbero pueblerino, piensa que es el yelmo de Mambrino. Todos estos son ejemplos de esta transformación de la realidad.

Dice la historia que, en su primera salida, al anochecer, todo lo que nuestro caballero veía o pensaba lo imaginaba como lo había leído en sus libros de caballerías:

y como a nuestro aventurero todo cuanto pensaba, veía o imaginaba le parecía ser hecho y pasar al modo de lo que había leído, luego que vio la venta se le representó que era un castillo con sus cuatro torres y chapiteles de luciente plata, sin faltarle su puente levadiza y honda cava, con todos aquellos adherentes que semejantes castillos se pintan (I, II, p. 36).

En su segunda salida, ya con su escudero Sancho Panza, sucede la conocida aventura de los molinos, el episodio más célebre de la novela y el narrado con mayor brevedad:

En esto, descubrieron treinta o cuarenta molinos de viento que hay en aquel campo, y así como don Quijote los vio, dijo a su escudero:

— La ventura va guiando nuestras cosas mejor de lo que acertáramos a desear; porque ves allí, amigo Sancho Panza, donde se descubren treinta, o pocos más, desaforados gigantes, con quien pienso hacer batalla y quitarles a todos las vidas, con cuyos despojos comenzaremos a enriquecer; que ésta es buena guerra, y es gran servicio de Dios quitar tan mala simiente de sobre la faz de la tierra (I, VIII, p. 75).

Sancho advierte a su amo:

— Mire vuestra merced —respondió Sancho— que aquellos que allí se parecen no son gigantes, sino molinos de viento, y lo que en ellos parecen brazos son las aspas, que, volteadas del viento, hacen andar la piedra del molino (I, VIII, p. 75).

Cuando la realidad se impone a la visión del caballero andante, éste explica que las cosas las cambian los encantadores que son sus enemigos. Terminada la batalla con los molinos, dice a Sancho:

— Calla, amigo Sancho —respondió don Quijote—; que las cosas de la guerra, más que otras, están sujetas a continua mudanza; cuanto más, que yo pienso, y es así verdad, que aquel sabio Frestón que me robó el aposento y los libros ha vuelto estos gigantes en molinos por quitarme la gloria de su vencimiento: tal es la enemistad que me tiene; mas al cabo al cabo, han de poder poco sus malas artes contra la bondad de mi espada (I, VIII, p. 76).

En la historia más deliciosa y caballeresca de todo el *Quijote*, en la que la hermosa Dorotea se disfraza y asume el papel de la princesa Micomicona y pide al caballero manchego, en un lenguaje a imitación de las historias de caballerías, que rescate su reino Micomicón que le tiene usurpado un gigante; don Quijote, comedido y cortés, considera que todo el cuento es verdad y acepta gustoso cumplir el encargo. Sancho Panza, que creía en la fantasía de todos los disparates a imitación de su amo, se involucra en la aventura que vendrá con ese rescate (I, XXIX, pp. 293 a 296).

Pero la historia no acaba allí. En la venta donde se van a resguardar el caballero, su escudero y acompañantes, don Quijote acuchilla los

cueros de vino, pues fue tan intensa su imaginación, que los confunde con el gigante enemigo que amenaza al reino de la princesa Micomicona. Continúa el relato diciendo:

salió Sancho Panza todo alborotado, diciendo a voces: —Acudid, señores, presto y socorred a mi señor, que anda envuelto en la más reñida y trabada batalla que mis ojos han visto. ¡Vive Dios, que ha dado una cuchillada al gigante enemigo de la señora princesa Micomicona, que fue tan intensa la imaginación de la aventura que iba a fenecer, que [...] había dado tantas cuchilladas en los cueros, creyendo que las daba en el gigante, que todo el aposento estaba lleno de vino. (I, XXXV, pp. 366 y 367).

Agustín Basave Fernández del Valle ha dicho que:

Don Quijote comprende al mundo según el esquema de los libros de caballerías. Aflora en estos casos, la discrepancia entre su interpretación caballeresca y la realidad tal como es. Hace depender por tanto la percepción del mundo de una cierta clase de experiencias documentadas en los libros de caballerías. Las novelas de caballerías le permiten a Don Quijote explicar casi todos los fenómenos que encuentra y darles sentido. (Basave, A., 1964, pp. 297 - 298).

El Caballero de la Mancha imagina que muchas cosas y hechos que le suceden se cambian o mudan por encantamiento y, en otros casos, razona que la aventura no era para él:

se dio a imaginar que todo aquello se hacía por vía de encantamiento siendo advertimiento de caballeros andantes que cuando han probado una aventura y no ha salido bien con ella, es señal que no está para ellos guardada (I, LXIII, p. 454).

Terminados todos los eventos que se suceden en la venta en la primera parte de la obra, la gente decide llevárselo a su tierra para procurar que sea curado de su locura, para lo cual, estando dormido don Quijote, lo atan de pies y manos y lo meten en una jaula. El

caballero enjaulado explica este acontecimiento imaginando que lo han hecho los encantadores:

y luego dio en la cuenta de lo que su continua y desvariada imaginación le representaba, y se creyó que todas aquellas figuras eran fantasmas de aquel encantado castillo, y que, sin duda alguna, ya estaba encantado, pues no se podía menear ni defender: todo a punto como había pensado que sucedería el Cura, trazador desta máquina. (I, XLVI, p. 480).

Sancho, consciente de esta locura de don Quijote, que toma unas cosas por otras, con malicia se va a aprovechar de esto para decir que su Dulcinea del Toboso es una labradora:

Siendo, pues, loco, como lo es, y de locura que las más veces toma unas cosas por otras, y juzga lo blanco por negro y lo negro por blanco, como se pareció cuando dijo que los molinos de viento eran gigantes, y las mulas de los religiosos dromedarios, y las manadas de carneros ejércitos de enemigos, y otras muchas cosas a este tono, no será muy difícil hacerle creer que una labradora, la primera que me topare por aquí, es la señora Dulcinea; o quizá pensará, como yo imagino, que algún mal encantador de estos que él dice que le quieren mal la habrá mudado la figura por hacerle mal y daño (II, X, pp. 616 y 617).

En su primer duelo con caballeros, al del Bosque o de los Espejos, los encantadores lo han convertido en el bachiller Sansón Carrasco. Así, don Quijote,

Apeándose de Rocinante, fue sobre el de los Espejos, y quitándole las lazadas del yelmo para ver si era muerto y para que le diese el aire si acaso estaba vivo. [...] Vio, dice la historia, el rostro mismo, la misma figura, el mismo aspecto, la misma fisonomía, la misma efigie, la perspectiva misma del bachiller Sansón Carrasco; y así como la vio, en altas voces dijo:

— ¡Acude, Sancho, y mira lo que has de ver y no lo has creer! ¡Aguija, hijo, y advierte lo que puede la magia; lo que pueden los hechiceros y los encantadores! (II, XIV, p. 654).

El Duque y la Duquesa de la segunda parte del Quijote,

Los dos, por haber leído la primera parte desta historia y haber entendido por ella el disparatado humor de don Quijote, con grandísimo gusto y con deseo de conocerle, le atendían, con prosupuesto de seguirle el humor y conceder con él en cuanto les dijese, tratándole como a caballero andante los días que con ellos se detuviese, con todas las ceremonias acostumbradas en los libros de caballerías, que ellos habían leído, y aun les eran muy aficionados (II, XXX, p. 781).

Su dama, la sin par Dulcinea, es una creación de la imaginación del caballero andante. La Duquesa, en la segunda parte de la obra, de modo muy sutil y cortés, así lo comenta:

No hay más que decir —dijo la Duquesa—; pero si, con todo eso, hemos de dar crédito a la historia que del señor don Quijote de pocos días a esta parte ha salido a la luz del mundo, della se colige, si mal no me acuerdo, que nunca vuesa merced ha visto a la señora Dulcinea, y que esta tal señora no es en el mundo, sino que es dama fantástica, que vuesa merced la engendró y parió en su entendimiento, y la pintó con todas aquellas gracias y perfecciones que quiso (II, XXXII, p. 800).

Pero finalmente, el Caballero de la Triste Figura tiene una experiencia en la que su imaginado mundo de caballerías se vuelve realidad. En su recibimiento por los duques, con todas las ceremonias de recepción para los caballeros, dice la narración:

y aquél fue el primer día que de todo en todo conoció y creyó ser caballero andante verdadero, y no fantástico, viéndose tratar del mismo modo que él había leído se trataban los tales caballeros en los pasados siglos (II, XXXI, p. 784).

En este caso, la concepción caballeresca que del mundo tiene don Quijote se ajusta a la realidad en el recibimiento que los engañadores duques hacen al caballero andante.

Don Quijote tiene dos formas de ser y de hablar que revelan su estado de locura o de sensatez, las inciertas fronteras entre la locura y la cordura.

Nos explica Vargas Llosa que:

Como don Quijote, según el narrador, solo «izquierdeaba» (exageraba o desvariaba) con los temas caballerescos, al tocar otros asuntos habla con precisión y objetividad, buen juicio y sensatez, en tanto que, cuando aparecen aquellos en su boca, esta torna a ser un surtidor de tópicos literarios, rebuscamientos eruditos, referencias literarias y fantásticos delirios. (Vargas, M., 2004, p. XXVII).

Nuestro protagonista, cuando asume su papel de caballero andante, usa un lenguaje que quiere sonar a castellano medieval, arcaizante, de la época dorada de las novelas de caballería. Señalo dos claros ejemplos de este forzado lenguaje. En su primera salida, el hidalgo de la Mancha declama:

«Luego volvía diciendo, como si verdaderamente fuera enamorado: —¡Oh princesa Dulcinea, señora deste cautivo corazón! Mucho agravio me habedes fecho en despedirme y reprocharme con el riguroso afincamiento de mandarme no parecer ante la vuestra ferrosura. Plégaos, señora, de membraros deste vuestro sujeto corazón, que tantas cuitas por vuestro amor padece.

Con éstos iba ensartando otros disparates, todos al modo de los que sus libros le habían enseñado, imitando en cuanto podía su lenguaje; y, con esto, caminaba tan despacio, y el sol entraba tan apriesa y con tanto ardor, que fuera bastante a derretirle los sesos, si algunos tuviera. (I, II, pp. 35 y 36).

Mientras no está en el mundo de la fantasía de las caballerías, «don Quijote nos suministra muchas pruebas no sólo de un saber que denota una verdadera cultura enciclopédica, sino también de cualidades de observación y reflexión que manifiesta siempre que no se trate de caballería ni de caballeros andantes.» (Canavaggio, J., 2015, p. 34).

Hay numerosos ejemplos de cordura en don Quijote como son: la famosa plática con los cabreros: «—Dichosa edad y siglos dichosos...» (I, XI); el célebre discurso de las armas y las letras (I, XXXVII); la conversación con el Caballero del Verde Gabán (II, XVI, XVII y XVIII); y, los sabios consejos que da a su escudero Sancho Panza antes de que éste vaya a gobernar la ínsula (II, XLII y XLIII).

Don Quijote tiene cambios imprevistos de su entendimiento hacia la fantasía y esto se produce en cuanto se tratan temas de caballería. Esto aparece claramente en el episodio en el que estando en la Sierra Morena con los cabreros, el personaje Cardenio da una opinión relativa a una historia de caballerías. «Aquel Cardenio cuya locura intermitente y furiosa contrasta con la locura continua y consecuente de Don Quijote.» (Madariaga, S., 1967, p. 83). Dice Cardenio:

— No se me puede quitar del pensamiento, ni habrá quien me lo quite en el mundo ni quien me dé a entender otra cosa, y sería un majadero el que lo contrario entendiese o creyese, sino que aquel bellaconazo del maestro Elisabat estaba amancebado con la reina Madasima.

— Eso no, ¡voto a tal! —respondió con mucha cólera don Quijote, y arrojóle como tenía de costumbre—, y esa es una muy grande malicia, o bellaquería, por mejor decir: la reina Madasima fue muy principal señora, y no se ha de presumir que tan alta princesa se había de amancebar con un sacapotras; y quien lo contrario entendiere, miente como muy gran bellaco, y yo se lo daré a entender a pie o a caballo, armado o desarmado, de noche o de día, o como más gusto le diere (I, XXIV, p. 229).

Nos señala el autor del Quijote: «¡Estraño caso, que así volvió por ella como si verdaderamente fuera su verdadera y natural señora, tal le tenían sus descomulgados libros!» (I, XXIV, p. 230).

Después del discurso que don Quijote da a los que se hallan en una de las ventas, a quienes lo escuchan, dice Cervantes:

En los que escuchado le habían sobrevino nueva lástima, de ver qué hombre que, al parecer, tenía buen entendimiento y buen discurso en todas las cosas que trataba, le hubiese perdido tan rematadamente en tratándole de su negra y pizmenta caballería. (I, XXXVIII, p. 398).

3.4. Sueño e ideales de don Quijote

De las lecturas de sus libros de caballería, la idea que guía a nuestro hidalgo manchego es cambiar su condición social y jurídica para hacerse caballero andante y después de que reconozcan sus hazañas, llegar a formar parte de la alta nobleza.

El ideal de don Quijote de hacerse caballero andante es la gloria, él quiere «el aumento de su honra,[...] buscar las aventuras [...] deshaciendo todo género de agravio, poniéndose en ocasiones y peligros donde, acabándolos, cobrase eterno nombre y fama.» (I, I, pp. 30 y 31).

El caballero de la Triste Figura hace un magistral resumen de las historias que ha leído y en su imaginación elabora un mundo fantástico, copiado de las aventuras de sus héroes caballeros. Se imagina que siendo un caballero famoso conocerá a algún emperador o rey que lo va a recibir en un castillo con grandes honores. Ahí se enamorará de su hija, que es una princesa con quien se casará y se convertirá en un gran señor.

De esta forma, nuestro caballero andante cuenta su sueño a Sancho Panza en una síntesis que es un perfecto argumento de un libro de caballerías, como los que él ha leído:

— Digo, pues, señor —respondió Sancho—,[...]. Y así, me parece que sería mejor, (salvo el mejor parecer de vuestra merced) que nos fuésemos a servir a algún emperador, o a otro príncipe grande que tenga alguna guerra, en cuyo servicio vuestra merced muestre el valor de su persona, sus grandes fuerzas

y mayor entendimiento; [...] y allí no faltará quien ponga en escrito las hazañas de vuestra merced, para perpetua memoria. [...]

— No dices mal, Sancho —respondió don Quijote—; mas antes que se llegue a ese término es menester andar por el mundo, como en aprobación, buscando las aventuras, para que, acabando algunas, se cobre nombre y fama tal, que cuando se fuere a la corte de algún gran monarca ya sea el caballero conocido por sus obras[...] y así como vea al caballero, conociéndole por las armas, o por la empresa del escudo, forzosamente ha de decir: «¡Ea, sus! Salgan mis caballeros, cuantos en mi corte están, a recibir a la flor de la caballería, que allí viene!». A cuyo mandamiento saldrán todos, y él llegara hasta la mitad de la escalera, y le abrazará estrechísimamente, y le dará paz, besándole en el rostro, y luego le llevará por la mano al aposento de la señora Reina, adonde el caballero la hallará con la Infanta, su hija, que ha de ser una de las más hermosas y acabadas doncellas que en gran parte de lo descubierto de la tierra a duras penas se pueda hallar. Sucederá tras esto, luego en continente, que ella ponga los ojos en el caballero, y él en los della, y cada uno parezca al otro cosa más divina que humana, y, sin saber cómo ni cómo no, han de quedar presos y enlazados en la intricable red amorosa, y con gran cuita en sus corazones, por no saber cómo se han de hablar para descubrir sus ansias y sentimientos [...]. Y lo bueno es que este rey, o príncipe, o lo que es, tiene una muy reñida guerra con otro tan poderoso como él, y el caballero huésped le pide (al cabo de algunos días que ha estado en su corte) licencia para ir a servirle en aquella guerra dicha. [...]. Ya se es ido el caballero; pelea en la guerra, vence al enemigo del Rey, gana muchas ciudades, triunfa de muchas batallas, vuelve a la corte, ve a su señora por donde suele, conciértase que la pida a su padre por mujer, en pago de sus servicios; [...] la Infanta viene a ser su esposa, y su padre lo viene a tener a gran ventura, porque se vino a averiguar que el tal caballero es hijo de un valeroso rey de no sé qué reino, porque creo que no debe de estar en el mapa. Muérese el padre, hereda la Infanta, queda rey el caballero en dos palabras. Aquí entra luego el hacer mercedes a su escudero y a todos aquellos que le ayudaron a subir a tan alto estado: casa a su escudero con una doncella de la Infanta, que será, sin duda, la que fue tercera en sus amores, que es hija de un duque muy principal.

[...]

— No lo dudes, Sancho —replicó don Quijote—; porque del mismo y por los mismos pasos que esto he contado suben y han subido los caballeros andantes a ser reyes y emperadores. (I, XXI, pp. 193 a 196).

CAPITULO IV

LOS MODELOS DE DON QUIJOTE Y SANCHO; TEORIA MIMETICA DE RENE GIRARD

*Mi teoría del deseo mimético
procede de textos literarios
(Girard, 2006, p. 9).*

4.1. Definición teórica de la mediación externa e interna

La teoría de René Girard parte del análisis del deseo. El teórico francés dice que: «El deseo humano es realmente mimético y los textos que lo pintan como tal no pueden dejar de ser más fieles a la vida». (Girard, R., 2006, p. 11).

Girard afirma que el hombre es un ser fundamentalmente mimético, un ser que tiende a imitar a otros, incluso antes que un ser racional. La mimesis domina las relaciones humanas. Los hombres se influyen unos a otros y tienen tendencia a desear las mismas cosas; la imitación comporta también los deseos. El deseo específicamente humano está esencialmente fundado sobre el deseo del semejante.

Agrega Girard que nuestros deseos no parten en línea recta de nosotros mismos o de alguna facultad directamente hacia el objeto deseado, sino que pasan por un tercero, que Girard nombra modelo o mediador.

Explica Barahona, comentador de la obra de Girard, que: «La estructura del deseo es siempre un triángulo. En él hay un sujeto que desea, un mediador y un objeto o sujeto deseado.» (Barahona, A., 2014, p. 29).

Para desarrollar su teoría mimética, Girard analiza algunas obras maestras de la literatura universal, como el *Quijote* de Cervantes, *Rojo y Negro* de Stendhal y *Madame Bovary* de Flaubert, donde encuentra que en la historia que se cuenta, los personajes principales desean imitar a otras personas o mediadores, que no necesariamente tienen una existencia en la realidad.

Sobre este punto, señala Barahona que a Girard: «A través de la literatura se le presenta uno de los hallazgos fundamentales: la mimesis, que es el elemento central de las relaciones entre los personajes que interactúan en la novela y la clave del desarrollo dramático.» (Barahona, A., 2014, p. 31).

Sostiene René Girard que hay dos tipos de mediación:

La mediación externa cuando la distancia es suficiente para que las dos esferas de posibilidades, cuyos respectivos centros ocupan el mediador y el sujeto, no entren en contacto. Hablaremos de mediación interna cuando esa misma distancia es suficientemente reducida como para que las dos esferas penetren, más o menos profundamente, la una en la otra. (Girard, R., 1985, p. 15).

La distancia entre el modelo o mediador y el sujeto es muy importante, ya que de ella depende el grado de rivalidad o conflicto que pueda surgir. En la mediación interna, «si un individuo imita a otro cuando éste último se apropia de un objeto, no puede seguirse de ello sino rivalidad o conflicto.» (Girard, R., 2006, p. 9).

Sobre la mediación interna y la rivalidad entre el deseante y el mediador, nos dice Barahona que:

En la interna, la distancia entre el sujeto y objeto es mínima, sus esferas se interpenetran. Se suscita la violencia, la rivalidad y la competencia por contacto, debido a la estrecha relación entre los personajes. Se toman los

unos a los otros como modelos a imitar buscando el uno el aura, el prestigio o el reconocimiento, que parece rodear al otro cuando elige que desear. (Barahona, A., 2014, p. 31).

4.2. *Los mediadores de don Quijote, Julián Sorel y Madame Bovary*

Don Quijote imita a Amadís de Gaula, personaje ficticio, y por ello debe hacer todo lo que ha hecho su mediador, por lo que los deseos del caballero manchego tratan de reproducir los deseos de Amadís:

quiero, Sancho, que sepas que el famoso Amadís de Gaula fue uno de los más perfectos caballeros andantes a quien debemos de imitar todos aquellos que debajo de la bandera de amor y de la caballería militamos (I, XXV, p. 234).

En este ejemplo de mediación externa de don Quijote con su modelo Amadís, el Caballero de la Mancha es tan noble, que no pretende rivalizar con Amadís, sino actuar en su nombre, representarlo, ser otro caballero igual que él. No puede haber rivalidad porque no hay mediación interna, ni cercanía física o espiritual con Amadís o con los otros caballeros a los que imita don Quijote.

En el caso de Sancho Panza, su mediador o modelo es su amo don Quijote. Y, aunque «don Quijote y Sancho están físicamente próximos entre sí, la distancia social e intelectual que los separa permanece insalvable. Nunca desea el criado lo que desea su amo». (Girard, R., 1985, p. 15). La mediación de Sancho es externa, por el respeto que tiene Sancho por don Quijote. Nunca intenta ocupar su lugar, nunca rivaliza con él, actúa en su nombre, sin pretender suplantarle.

La mediación entre don Quijote y Sancho es claramente un caso de mediación externa. Así lo explica Girard:

No es, evidentemente, el espacio físico lo que mide la distancia entre el mediador y el sujeto deseante. Aunque la lejanía geográfica pueda constituir un factor, la distancia entre el mediador y el sujeto es fundamentalmente espiritual. (Girad, R., 1985, p. 15).

Esto lo explica claramente Barahona al decir que: «Cuanto mayor es el grado de orden jerárquico y de diferencia hay menos rivalidad — mediación externa—. En él, modelos e imitadores viven mundos separados y no tienden a desear los mismos objetos.» (Barahona, A., 2014, p. 54).

En *Rojo y Negro*, la novela de Stendhal, Julián Sorel, el personaje es hijo de un *campesino duro*, pertenece a una familia trabajadora que tiene un negocio propio, pero no pertenece a la nobleza provinciana, ni a la Iglesia. Su inteligencia, su preparación para el sacerdocio y la oportunidad de ser contratado como preceptor de los hijos del alcalde, le dan la oportunidad de conocer otra clase social. Orgullosa, en su contratación, él pide comer con los señores de la casa, y dice, «yo no quiero ser criado»,²³ y de este modo se integra a esa familia. El ser joven, apuesto, ambicioso e inteligente lo lleva a convertirse en amante de su ama, madame de Rênal, en una relación en la que él no siempre demuestra su amor a su amada.

Además, posteriormente, como secretario del marqués de La Mole, tiene oportunidad de vivir en París y tener contacto con la nobleza: marqueses, condes, duques, príncipes. La hija del marqués, madeimoselle de La Mole, a pesar de ser pretendida por varios nobles,

²³ Cfr. Stendhal. (2020), p. 33.

es seducida por Julián en una complicada y conflictiva relación en la que ambos se desean y se distancian.

Un elemento en la vanidad de Sorel es la pasión que tiene por Napoleón, a quien lee en todo momento. Esa admiración aparece en toda la novela, pues es el modelo externo que quiere imitar Julián.

Sorel tiene una mediación externa con su héroe legendario e inalcanzable: Napoleón. También se puede considerar que el deseo de ser como el marqués de La Mole está en la misma condición de una mediación externa, es un modelo demasiado superior a la situación personal de Sorel. Con el abate Pirard, director del seminario de Besançon y posteriormente su confidente en París, Julián guarda una relación de respeto y sumisión, la mediación es, de nuevo, *externa*.

Con madame de Rênal y con madeimoselle de La Mole, además de tener una relación con ellas como sus amantes, Julián Sorel busca una imitación; las tiene, a ellas y a sus familias, como modelos cercanos en todo sentido. Son claros ejemplos de *mediación interna* por la cercanía con los modelos que de hecho se da.

Como indica Girard,

La aproximación del mediador tiende a hacer coincidir las dos esferas de posibilidades cuyos centros ocupan respectivamente los dos rivales. El resentimiento que estos experimentan recíprocamente no cesa, por consiguiente, de aumentar. (Girard, R., 1985, p. 41 - 42).

La teoría girardiana explica por tanto el resentimiento y hasta la violencia que se dan en la mediación interna que tiene Julián con sus dos amores cercanos; primero, con madame de Rênal, por la ambición e hipocresía con que la trata en una relación en la que él no deja de

fingir. Y, después, su «gran» amor por Matilde, que es más por vanidad, que por pasión.

Con respecto a otros personajes que le sirven de modelo a Julián, como Monsieur Rênal, o el príncipe Korazov, estamos en casos de *mediación interna*, aunque en distintos grados. Julián quiere ser Monsieur Rênal para ocupar su lugar como marido de madame Rênal. Y, también desea, como el príncipe Korazov, ser un conocedor de la psicología femenina, para el trato con las mujeres.

En los dos casos Julián tiene una mayor mediación interna con estos mediadores muy cercanos, lo que produce una rivalidad que, insisto, llega a la violencia. Sorel atenta contra la vida de madame de Rênal y le dispara en la iglesia. Hay en estas relaciones internas un resentimiento social de Julián Sorel que se manifiesta en general en todo su comportamiento.

Madame Bovary tampoco desea a partir de sí misma, sino que imita los deseos de las heroínas de las novelas que lee. La protagonista es la esposa del único médico del pueblo grande de Yonville, Charles Bovary, lo que le da una cierta posición en la sociedad. Es una pequeña burguesa de provincias con grandes aspiraciones, pero se dice «rodeada de pequeños burgueses imbéciles, mediocridad de la existencia».²⁴

²⁴ Cfr. Flaubert, G. (1984), p. 109.

Emma Bovary fue «educada en el convento de las Ursulinas, había recibido, una esmerada educación y sabía de baile, de geografía, de dibujo, hacer tapicería y tocar el piano». ²⁵ En el convento, Emma y otras pensionistas solían escaparse con una solterona que contaba historias, traía noticias y prestaba alguna novela en donde «todo era amores, amadores, amadas, damas perseguidas, cuitas del corazón, juramentos, sollozos, lágrimas y besos, caballeros bravos como leones y se embadurnó las manos de aquel polvo de los viejos salones de lectura». ²⁶

La vida de Emma Bovary es una vida de deseo, está llena de imaginación y de sueños. Y así, la Bovary desea a través de las heroínas románticas con las que se ha atiborrado la imaginación:

Bañada de aburrimiento la mirada, vagabundo el pensamiento, era demasiado inteligente para las faenas del campo, le gustaría vivir en la ciudad. Ya casada, quería saber que se entendía exactamente en la vida por las palabras felicidad, pasión y deliquio, que tan hermosas le habían parecido en los libros. Y ahora no podía imaginar que aquella calma en que vivía fuera la felicidad que había soñado, su pensamiento se balanceaba de sueño en sueño, de tristeza en tristeza.²⁷

El amor que soñaba, derivado de sus lecturas, no lo encontró en el matrimonio con Charles Bovary, a quien encontraba cada vez más aburrido y mediocre y, entonces, fue a buscar la felicidad que no tenía, primero con Rodolfo y después con León:

²⁵ Cfr. Flaubert, G. (1984), p. 86.

²⁶ Cfr. Flaubert, G. (1984), p. 86.

²⁷ Cfr. Flaubert, G. (1984), pp. 72, 73, 84, 89 y 115.

Cayó en su vida una cosa extraordinaria: fue invitada a La Vaubyessard a casa del marqués de Andrevilliers. Su viaje a La Vaubyessard había abierto una brecha en su vida, se resignó: guardó con reverencia en la cómoda su precioso vestido, y hasta sus zapatos de raso, cuya suela se había amarillado con la resbaladiza cera del suelo. Lo mismo le había pasado a su corazón: en el frote con la riqueza, se le había pegado algo que ya jamás se borraría. Y el recuerdo de aquel baile fue para Emma una ocupación.²⁸

Hay una gran similitud entre esta imitación de Madame Bovary a sus modelos ideales y la imitación a los caballeros que son los mediadores de don Quijote. La imitación de Emma es externa, aunque presente una mayor cercanía con sus modelos, por lo que es moderadamente agresiva con su marido, su hija y finalmente, lo es de modo radical consigo misma.

La semejanza relativa entre la imitación del Quijote y la de Emma la confirma Barahona: «En la externa, la distancia es espiritual, sin contacto físico, Cervantes y Flaubert son el paradigma: Don Quijote y Madame Bovary siguen a sus modelos de ficción -Amadis de Gaula o las cortesanas parisinas.» (Barahona, A., 2014, p. 32).

4.3. La relación cotidiana entre mediadores: caballero y escudero

En estas pláticas se entretuvieron el caballero andante y el mal andante escudero (I, XLIX, p. 502).

Por un lado, Sancho da relieve a don Quijote mediante el contraste y, a su vez, el Caballero de la Mancha funge como modelo de su

²⁸ Cfr. Flaubert, G. (1984), pp. 93 y 106.

escudero. Dicho en palabras de Girard, «Don Quijote es el mediador de Sancho». (Girard, R., 1985, p. 11).

— Dios los remedie —dijo el Cura—, y estemos a la mira: veremos en lo que para esta máquina de disparates de tal caballero y de tal escudero, que parece que los forjaron a los dos en una misma turquesa, y que las locuras del señor sin las necesidades del criado no valían un ardite (II, II, p. 562)

En esta relación caballero - escudero hay una distancia social y don Quijote, airado cuando se ignora, explica a Sancho cuál es su lugar en el escalafón medieval:

De todo lo que he dicho has de inferir, Sancho, que es menester hacer diferencia de amo a mozo, de señor a criado y de caballero a escudero. Así, que, desde hoy en adelante, nos hemos de tratar con más respeto, sin darnos cordelejo, porque de cualquiera manera que yo me enoje con vos, ha de ser mal para el cántaro. Las mercedes y beneficios que yo os he prometido llegarán a su tiempo; y si no llegaren, el salario, a lo menos, no se ha de perder, como ya os he dicho.

Más bien puede estar seguro que de aquí adelante no despliegue mis labios para hacer donaire de las cosas de *vuestra merced* si no fuere para honrarle, como a mi amo y señor natural (I, XX, p. 186).

Con respecto al papel de los escuderos en las aventuras de sus amos, se pregunta Sancho:

— ¡Aquí del rey! —dijo Sancho—. ¿Qué tienen que ver los escuderos con las aventuras de sus señores? ¿Hanse de llevar ellos la fama de las que acaban, y hemos de llevar nosotros el trabajo? ¡Cuerpo de mí! aún si dijese los historiadores: «El tal caballero acabó la tal y tal aventura; pero con ayuda de fulano su escudero, sin el cual fuera imposible el acabarla...» (II, XL, p. 852).

Reiteramos cómo don Quijote pregunta a su leal escudero a este respecto:

¿Qué es lo que dicen de mí por ese lugar? ¿En qué opinión me tiene el vulgo, en qué los hidalgos y en qué los caballeros? ¿Qué dicen de mi valentía, qué de mis hazañas y qué de mi cortesía? ¿Qué se platica del asunto que he tomado de resucitar y volver al mundo la ya olvidada orden caballeresca? Finalmente, quiero, Sancho, me digas lo que acerca desto ha llegado a tus oídos: y esto me has de decir sin añadir al bien ni quitar al mal cosa alguna; que de los *vasallos* leales es decir la verdad a sus señores en su ser y figura propia. (II, II, p. 563).

— Pues lo primero que digo —dijo— es que el vulgo tiene a vuesa merced por grandísimo loco, y a mí por no menos mentecato. Los hidalgos dicen que no conteniéndose vuesa merced en los límites de la hidalguía, se ha puesto *don* y se ha arremetido a caballero con cuatro cepas y dos yugadas de tierra, y con un trapo atrás y otro adelante (II, II, pp. 563 y 564).

En las bodas de Camacho, mientras Sancho duerme, su amo reflexiona sobre ello:

— ¡Oh tú, bienaventurado sobre cuantos viven sobre la haz de la tierra, pues sin tener envidia ni ser envidiado, duermes con sosegado espíritu, ni te persiguen encantadores, ni sobresaltan encantamientos! Duerme, digo otra vez. Ni la ambición te inquieta, ni la pompa vana del mundo te fatiga, pues los límites de tus deseos no se extienden a más que a pensar tu jumento; que el de tu persona sobre mis hombros le tienes puesto; contrapeso y carga que puso la naturaleza y la costumbre a los señores. Duerme el criado, y está velando el señor, pensando cómo le ha de sustentar, mejorar y hacer mercedes (II, XX, p. 698).

Y más adelante:

— Dios lo haga —respondió don Quijote—, y los cielos te den gracia para que caigas en la cuenta, y en la obligación que te corre de ayudar a mi señora, que lo es tuya, pues tú eres mío (II, LXVII, p. 1060).

Don Quijote trata de «tú» a Sancho y éste se refiere a su amo como «vuestra merced». Esto muestra la distancia espiritual que permite que la mediación entre ellos sea externa y no de rivalidad. Con todo, dice don Quijote a Sancho:

que en cuantos libros de caballerías he leído, que son infinitos, jamás he hallado que ningún escudero hablase tanto con su señor como tú con el tuyo. Y en verdad que lo tengo a gran falta, tuya y mía: tuya, en que me estimas en poco; mía, en que no me dejas estimar en más. Sí, que Gandalín, escudero de Amadís de Gaula, conde fue de la Ínsula Firme, y se lee dél que siempre hablaba a su señor con la gorra en la mano, inclinada la cabeza y doblado el cuerpo *more turquesco* (I, XX, p. 186)

Esta relación de confianza entre el escudero y su amo llamó la atención al Caballero del Bosque:

Nunca he visto yo escudero —replicó el del Bosque— que se atreva a hablar donde habla su señor: a lo menos, ahí está ese mío, que es tan grande como su padre, y no se probará que haya desplegado el labio donde yo hablo (II, XII, p. 637).

En el desarrollo de la historia, Sancho se va pareciendo en algunos aspectos a su amo don Quijote, se da el fenómeno que Salvador de Madariaga denominó «la quijotización de Sancho»,²⁹ que refuerza la interpretación de Girard respecto a la relación mimética entre ambos. En este sentido, el caballero dice a su escudero: «Cada día, Sancho —dijo don Quijote—, te vas haciendo menos simple y más discreto» (II, XII, p. 632).

Pero también hay una influencia de Sancho sobre Don Quijote, es decir, en palabras de Madariaga, una «sanchificación de Don Quijote». Así se cuando el escudero anima a su señor para salir por tercera vez en busca de aventuras.

A lo que dijo Sancho:

²⁹Cfr. Madariaga, S. (1967).

[...] Lo que yo sé decir es que si mi señor tomase mi consejo, ya habíamos de estar en esas campañas deshaciendo agravios y enderezando tuertos, como es uso y costumbre de los buenos andantes caballeros (II, IV, p. 576).

Un claro ejemplo de la influencia que ejerce Sancho sobre su amo, es como antes de morir, don Quijote emplea un refrán:

Señores —dijo don Quijote—, vámonos poco a poco, pues *ya en los nidos de antaño no hay pájaros hogaño*. Yo fui loco, y ya soy cuerdo: fui don Quijote de la Mancha, y soy agora, como he dicho, Alonso Quijano el Bueno (II, LXXIV, p. 1103).

Otra evidencia de la mediación externa don Quijote - Sancho particularmente es como «el espíritu de Sancho asciende de la realidad a la ilusión y declina el de don Quijote de la ilusión a la realidad». (Madariaga, S., 1967, p. 135).

4.4. Acuerdos que rigen la relación entre don Quijote y Sancho

Antes de la tercera salida, Sancho Panza pone a su amo ciertas condiciones para acompañarlo. Estas incluyen, entre otras, no luchar con armas.

Pero, sobre todo, aviso a mi señor que si me ha de llevar consigo, ha de ser con condición que él se lo ha de batallar todo, y que yo no he de estar obligado a otra cosa que a mirar por su persona en lo que tocare a su limpieza y a su regalo; que en esto yo le bailaré el agua delante; pero pensar que tengo de poner mano a la espada, aunque sea contra villanos malandrines de hacha y capellina, es pensar en lo escusado (II, IV, p. 578).

Además, le exige saber el monto de su salario.

— Voy a parar —dijo Sancho— en que *vuesa merced* me señale salario conocido de lo que me ha de dar cada mes el tiempo que le sirviere, y que el tal salario se me pague de su hacienda; que no quiero estar a mercedes, que llegan tarde, o mal, o nunca; con lo mío me ayude Dios. En fin, yo quiero saber lo que gano, poco o mucho que sea (II, VII, p. 597).

Pero don Quijote, conocedor de las reglas y usos de la caballería, sabe que los escuderos sirven a sus amos por lealtad, no por una paga, compensa económica inmediata o una paga, entendiendo a la dignidad del cargo y a futuras mercedes y privilegios:

— Mira, Sancho: yo bien te señalaría salario, si hubiera hallado en alguna de las historias de los caballeros andantes ejemplo que me descubriese y mostrase por algún pequeño resquicio qué es lo que solían ganar cada mes, o cada año; pero yo he leído todas o las más de sus historias, y no me acuerdo haber leído que ningún caballero andante haya señalado conocido salario a su escudero; sólo sé que todos servían a merced, y que cuando menos se lo pensaban, si a sus señores les había corrido bien la suerte, se hallaban premiados con una ínsula, o con otra cosa equivalente, y, por lo menos, quedaban con título y señoría. Si con estas esperanzas y aditamentos vos, Sancho, gustáis de volver a servirme, sea en buena hora; que pensar que yo he de sacar de sus términos y quicios la antigua usanza de la caballería andante es pensar en lo escusado (II, VII, p. 597)

Hay un verdadero contrato entre don Quijote y Sancho Panza, sujeto a las reglas de la caballería, a pesar de que el caballero andante padece de locura cuando se trata de temas de caballerías; y que Sancho Panza tiene «poca sal en la mollera» y no está muy consciente de su papel de escudero por desconocer todo lo relativo a la caballería andante y sus reglas. Las dos partes tienen capacidad para contratar, no han sido declarados jurídicamente incapaces, actúan de buena fe y con intención de cumplir el contrato (*pacta sunt servanda*³⁰).

Se trata de un contrato de *vasallaje*, relación propia del régimen feudal. «La Caballería» está regulada en las *Siete Partidas* «la obra más

³⁰ Los pactos han de ser observados.

famosa de la historia de los Derechos hispánicos,» (Tomás, F., 1997, p. 241) y en ese ordenamiento se establece cómo se rige esta relación.

En el *Diccionario de autoridades*, se define como: «la sujeción, dependencia, u reconocimiento del súbdito a su Señor.» (*Diccionario de Autoridades*, 1990, voz: *vasallaje*).

Para el vasallaje, los caballeros y hombres nobles, deben ser defensores de las tierras, con esfuerzo, honra y poderío. Son señores de la tierra y deben mantener en justicia y en verdad a sus vasallos, quienes, a su vez, al saberse defendidos, deben servirlos.

El *vasallaje* era una relación de servicio, amistad y protección pactada entre dos hombres de condición social noble, por la que uno de ellos, *vasallo*, vinculaba su persona a otra, *señor*, jurándole fidelidad, comprometiéndose a servirle especialmente en la guerra y recibiendo del señor su sustento en la casa de éste o mercedes o dones especiales, como la cesión de un *beneficio*. (Valdeavellano, L., 1975, p. 368).

Entre las obligaciones de Sancho están: ensillar a Rocinante, llevar las armas, cuidar de las alforjas, procurarse los bastimentos necesarios y en caso extremo curar las heridas y contusiones del caballero, pero nunca intervenir en peleas contra caballeros o escuderos.

Por su parte el amo, debe proteger al súbdito, “atender las pensiones y las rentas y los cargos de gobernador» (Huizinga, J., 2012, p. 141), que el señor puede otorgar a sus vasallos.

Con estos derechos, don Quijote exige a Sancho respeto y puede infligir ciertos castigos a su escudero por las faltas a su persona como amo y señor. En aventura de los batanes, cuando el caballero se da cuenta que Sancho le ató las patas a Rocinante para que no se moviera durante la noche, se enoja y castiga a su escudero:

Viendo, pues, don Quijote que Sancho hacía burla dél, se corrió y enojó en tanta manera, que alzó el lanzón y le asentó dos palos, tales, que si como los recibió en las espaldas los recibiera en la cabeza, quedara libre de pagarle el salario, si no fuera a sus herederos (I, XX, pp. 184 y 185).

El contrato de vasallaje entre el caballero y escudero se cumplió por parte de don Quijote, pues por la broma de los duques, a Sancho lo nombran Gobernador de la ínsula Barataria. «La ínsula es cualquier lugar que conquistado o ganado por el esfuerzo de don Quijote, fuese susceptible de ser otorgado en gobierno a Sancho».³¹

En cuanto al salario del escudero, Don Quijote le expresa a Sancho que está garantizado, pues se ha señalado en un testamento cerrado que ha dejado en su casa (I, XX, p. 187). Este tema se va a retomar con la mención en el testamento del caballero andante (II, LXXIV, p. 1102). Este es el marco de la relación mimética que existe entre ambos.

Don Quijote es un hombre bueno, justo, generoso, un caballero que protege a su vasallo. Sancho Panza se presenta en algún punto de la historia como mezquino, ambicioso, materialista (aspira al salario, tres pollinos). Sin embargo, gracias al proceso de imitación se abren paso profundas interpretaciones como la de Girard.

³¹ Cfr. Echeagaray, J. (1996), p. 73. La ínsula Barataria se ha identificado con un pueblo de Aragón, Alcalá del Ebro.

4.5. *El Amadís de Gaula, «mediador externo» y modelo a imitar para don Quijote*

Amadís de Gaula fue uno de los más perfectos caballeros andantes (I, XXV, p. 234).

El *Amadís de Gaula* es el libro de caballerías más ampliamente citado en el *Quijote*. Cervantes lo conocía hasta sus últimos detalles.

En el escrutinio que hacen el Cura y el Barbero de la biblioteca de don Quijote, el *Amadís* se salva de la hoguera:

mas el cura no vino en ello sin primero leer siquiera los títulos. Y el primero que maese Nicolás le dio en las manos fue *Los cuatro de Amadís de Gaula*, y dijo el cura:

— Parece cosa de misterio ésta; porque, según he oído decir, este libro fue el primero de caballerías que se imprimió en España, y todos los demás han tomado principio y origen déste; y así, me parece que, como a dogmatizador de una secta tan mala, le debemos, sin excusa alguna, condenar al fuego.

— No, señor —dijo el Barbero—, que también he oído decir que es el mejor de todos los libros que de este género se han compuesto; y así, como a único en su arte, se debe perdonar.

— Así es verdad —dijo el cura—, y por esa razón se le otorga la vida por ahora (I, VI, p. 61).

El *Amadís* fue preparado en su versión en español por Garcí Rodríguez de Montalvo y publicado en Zaragoza en el año de 1508, con el título de *Los cuatro libros del virtuoso caballero Amadís de Gaula*.

El *Amadís* se inserta, primordialmente, en una de las tradiciones literarias más fecundas de toda la Europa medieval, la correspondiente al mundo artúrico cuyo intrincado desarrollo constituye uno de los pilares básicos de la ficción europea. (Rodríguez, G., 2021, p. 19).

Su autor, Garcí Rodríguez de Montalvo, nació hacia el año de 1450 en Medina del Campo, ciudad importante de fines del siglo XV y principios del XVI, donde se celebraban dos de las cuatro ferias de Castilla. En 1496 nació en esa misma villa, Bernal Díaz del Castillo, el autor de la *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España*, quien relata algunas hazañas de los conquistadores que tienen algo de caballeros andantes.

El *prólogo* del primer libro de Amadís su autor explica el origen de la obra y su contenido:

Aquí comienza el primero libro del esforçado y virtuoso cavallero Amadís, hijo del rey Perión de Gaula y de la reina Helisena, el cual fue corregido y enmendado por el honrado y virtuoso cavallero Garci- Rodríguez de Montalvo, regidor de la noble villa de Medina del Campo, y corregióle de los antiguos originales que estavan corruptos y mal compuestos en antiguo estilo, por falta de los diferentes y malos escriptores, quitando muchas palabras superfluas y poniendo otras demás polido y elegante estilo tocantes a la cavallería y actos de ella. (Rodríguez, G., 2021, p. 225).

De la recepción del *Amadís*, incluso en América, comenta Fernando Cervantes:

El fenómeno popular de *Amadís de Gaula* fue leído con avidez en el Nuevo Mundo. El éxito de *Amadís* alumbró muchos imitadores, pero el original — que refundía los ideales de la caballería tardomedieval con la elevada prosa del Renacimiento— se mantuvo como paradigma del buen gusto, el valor y la nobleza y como modelo de conversación digna. (Cervantes, F., 2021, p. 129).

En la teoría de René Girard el sujeto que desea siempre copia su deseo de un mediador. El caballero manchego es mimético por naturaleza; su modelo de conducta y aspiraciones están en los caballeros literarios que ávidamente ha leído. Estos modelos son personajes que provienen de fuentes literarias. Don Quijote piensa que

quiere ser un caballero andante y confía en que ese deseo puede satisfacerse. El objeto intencional es obvio: ser caballero andante y recuperar la grandeza de la caballería.³²

En efecto, don Quijote explica a Sancho Panza que *Amadís* será su modelo a imitar en todas sus aventuras. Reiteramos la cita:

quiero, Sancho, que sepas que el famoso *Amadís de Gaula* fue uno de los más perfectos caballeros andantes. No he dicho bien fue uno: fue el solo, el primero, el único, el señor de todos cuantos hubo en su tiempo en el mundo. Desta mesma suerte, Amadís fue el norte, el lucero, el sol de los valientes y enamorados caballeros, a quien debemos de imitar todos aquellos que debajo de la bandera de amor y de la caballería militamos. Siendo, pues, esto así, como lo es, hallo yo, Sancho amigo, que el caballero andante que más le imitare estará más cerca de alcanzar la perfección de la caballería (I, XXV, p. 234).

La hechicera Urganda la Desconocida, protectora de Amadís, había predicho que él sería un gran caballero andante:

Dígote de aquél que hallaste en la mar, que será flor de los caballeros de su tiempo; éste hará estremecer los fuertes, éste comenzará las cosas e acabará a su honra, en que los otros fallescieron; e aun más te digo, que éste será el caballero del mundo que más lealmente mantendrá amor. (Rodríguez, G., 2021, p. 225 - 226).

Don Quijote está tan cierto de la existencia de Amadís que en su diálogo con el canónigo de Toledo expresa:

Porque querer dar a entender a nadie que Amadís no fue en el mundo, ni todos los otros caballeros aventureros de que están colmadas las historias, será querer persuadir que el sol no alumbra, ni el yelo enfría, ni la tierra sustenta (I, XLIX, p. 505).

³² Cfr. Airaksinen, T. (2019), *René Girard an mimetic desire en Vagaries of desire*.

Nos dice Salvador de Madariaga respecto a la publicación de libros de caballerías posteriores al *Amadís de Gaula*:

Durante los cien años siguientes a la publicación de *Amadís de Gaula*, vieron la luz en la península unos cincuenta libros de caballerías. Entre 1508 y 1550 salían casi uno por año. Nueve más se publicaron desde 1550 hasta 1588; solo tres más desde este año al de la publicación del *Quijote*. (Madariaga, S., 1967, p. 45).

Siguiendo a Sylvia Roubaud, su lectura de libros de caballería es fuente por dónde saca temas como la investidura del caballero, la elección del escudero, el amor a una dama de belleza sin par y los combates contra enemigos desconocidos.³³

El Caballero de la Triste Figura, después de hacer penitencia en una alta peña de la Sierra Morena, hablando para sí, se dice: «Viva en la memoria de Amadís, y sea *imitado* de Don Quijote en todo lo que pudiere» (I XXVI, p. 250).

También en la elección de su nombre copia a su modelo y decide llamarse don Quijote de la Mancha. En el primer capítulo se narra cómo formó su propio nombre de caballero:

Pero, acordándose que el valeroso Amadís no sólo se había contentado con llamarse Amadís a secas, sino que añadió el nombre de su reino y patria, por hacerla famosa, y se llamó Amadís de Gaula, así quiso, como buen caballero, añadir al suyo el nombre de la suya y llamarse *don Quijote de la Mancha* (I, I, p. 32).

Oriana es la dama de quien Amadís está enamorado y que va a inspirar a don Quijote para que, por imitación de su modelo, tenga «una

³³Cfr. Roubaud, S. (2004). *Los libros de caballerías*.

señora de sus pensamientos» que será *la sin par Dulcinea del Toboso* (I, I, p. 33). En la historia de *Amadís*, se relata quién es Oriana:

Este Lisuarte traía consigo a Brisena, su muger, y una hija que en ella ovo cuando en Denamarcha morara, que *Oriana* avía nombre, de hasta diez años, la más hermosa criatura que se nunca vio, tanto que esta fue la que *sin par se llamó*. (Rodríguez, G., 2021, p. 268).

Amadís es armado caballero por el rey Perión, su padre, en una ceremonia que don Quijote tratará de imitar en la venta cuando el ventero lo arme caballero, aunque de una manera muy diferente a como lo hizo su mediador (I, III). Dice el libro de *Amadís*:

El Rey vió el Donzel tan hermoso que mucho fue maravillado, y llegándose a él dixo:

— ¿Queréis recibir orden de cavallería? —Quiero— dixo él.

— En el nombre de Dios, y Él mande que también empleado en vos sea y tan crecida en honra como Él os creció en fermosura. Y poniéndole la espuela diestra, le dixo —Agora sois cavallero y la espada podéis tomar.

El Rey la tomó y diógela, y el Donzel se la ciñó muy apuestamente. (Rodríguez, G., 2021, p. 277).

En este contexto, un gran olvido de don Quijote, de importancia para un caballero andante, es la elección de un escudero. Amadís lo tuvo muy en cuenta y habló con *Gandalín*, confiándole que iba a armarse caballero aquella noche y deseaba saber si quería irse con él. Dice el texto:

Y el Donzel llamó a *Gandalín* y dixole:

— Hermano, lleva mis armas todas a la capilla de la Reina encubiertamente, qué pienso esta noche ser cavallero, y porque en la hora me conviene de aquí partir, quiero saber si querrás irte conmigo.

— Señor, yo os digo que a mi grado nunca de vos seré partido. (Rodríguez, G., 2021, p. 276).

Tomando algunos de los consejos que recibió don Quijote del ventero que lo arma caballero, el caballero decide conseguir un escudero y se lo propone a Sancho Panza, «un labrador vecino, hombre de bien [...] pero de muy poca sal en la mollera» y este «se determinó salirse con él y servirle de escudero» (I, VII, p.73).

Amadís tiene como enemigo a *Arcaláus el Encantador* que posee poderes mágicos, y aparecerá en diversos episodios de la obra:

— Señor —dixo el enano— el cavallero es muy conoscido por uno de los bravos del mundo, y si lo dixese, no sería ninguno tan ardid que conmigo osasse venir.

— ¿Y sabes cómo ha nombre?

— Sí sé —dixo el enano—, que se llama Arcaláus El Encantador. (Rodríguez, G., 2021, p. 427).

Este Arcaláus es mencionado por don Quijote y también aparece en el desfile de los encantadores que, en la segunda parte de la obra, organizan los duques:

El valeroso Amadís de Gaula se vio en poder de su mortal enemigo Arcalaus el encantador, de quien se tiene por averiguado que le dio, teniéndole preso, más de docientos azotes con las riendas de su caballo, atado a una columna de un patio (I, XV, p. 134).

Luego, por el mismo continente, llegó otro carro; pero el que venía sentado en el trono no era viejo como los demás, sino hombrón robusto y de mala catadura; el cual, al llegar, levantándose en pie, como los otros, dijo con voz más ronca y más endiablada:

— Yo soy Arcaláus el encantador, enemigo mortal de Amadís de Gaula y de toda su parentela (II, XXXIV, p. 821).

Don Quijote, como Amadís, tiene también a un gran enemigo, un sabio encantador que es el mago «Frestón o Fritón», que le robó su biblioteca (I, VII, p. 71). Es este mismo encantador quien, en la aventura

de los gigantes, los ha convertido en molinos de viento (I, VIII, p. 76). Y, con la complicidad de Sancho, es el maligno encantador quien ha mudado y transformado a su dama Dulcinea en una labradora pobre (II, X, p. 620).

Los encantadores aparecen en muchos pasajes de la novela cervantina y sirven de explicación a don Quijote para las aventuras en las que, al final, la realidad se impone a sus fantasías. Por ejemplo, en el último capítulo de la primera parte, cuando el Caballero de la Triste Figura es enjaulado para ser regresado a su aldea, le dice al canónico de Toledo y también a Sancho: «Pues así es, quiero, señor caballero, que sepades que yo voy encantado en esta jaula, por envidia y fraude de malos encantadores; que la virtud más es perseguida de los malos que amada de los buenos» (II, XLVII p. 487).

Explica don Quijote que el efecto del encantamiento es la privación de la libertad y ese estado no le permite seguir cumpliendo con sus deberes de caballero andante:

Verdad dices Sancho —respondió don Quijote—, pero ya te he dicho que hay muchas maneras de encantamientos. Yo sé y tengo para mí que voy encantado, y esto me basta para la seguridad de mi conciencia (I, XLIX, p. 501).

el que está encantado, como yo, no tiene libertad para hacer de su persona lo que quisiere, porque el que le encantó le puede hacer que no se mueva de un lugar en tres siglos; y si hubiere huido, le hará volver en volandas (II, XLIX, p. 502)

A imitación de Amadís, que se retiró a la Peña Pobre, don Quijote tomará una decisión similar. Refiero lo que cuenta el libro de *Amadís*:

Y tomando sus armas, se metió por lo más espeso de la montaña con gran saña de Gandalín por lo que dixera, ya las armas ni el cavallo no me hazen menester, dexarlo he aquí y iré con vos de pie, haziendo aquella *penitencia*

que me mandádes porque andaré perdido por esta montaña sin hallar quien me remedie. (Rodríguez, G., 2021, p. 704 - 705).

Sobre este tema, agrega don Quijote:

Ha habido caballero que se ha estado sobre una peña, al sol, y a la sombra, y a las inclemencias del cielo, dos años, sin que lo supiese su señora. Y uno déstos fue Amadís, cuando, llamándose Beltenebros, se alojó en la Peña Pobre, ni sé si ocho años o ocho meses; que no estoy muy bien en la cuenta: basta que él estuvo allí haciendo penitencia, por no sé qué sinsabor que le hizo la señora Oriana (I, XV, p. 137).

Nuestro caballero copia la penitencia de Amadís en la Sierra Morena, pero no con otro propósito que el de imitar a «Beltenebros» en esta supuesta hazaña, para que Sancho se la cuente a Dulcinea cuando vaya en su busca:

— Calla, te digo otra vez, Sancho —dijo don Quijote—; porque te hago saber que no sólo me trae por estas partes el deseo de hallar al loco, cuanto el que tengo de hacer en ellas una hazaña, con que he de ganar perpetuo nombre y fama en todo lo descubierta de la tierra; y será tal, que he de echar con ella el sello a todo aquello que puede hacer perfecto y famoso a un andante caballero (I, XXVI, pp. 233 y 234).

Dice a Sancho:

[...] y digo que de aquí a tres días te partirás, porque quiero que en este tiempo veas lo que por ella hago y digo, para que se lo digas.

— Pues ¿qué más tengo de ver -dijo Sancho- que lo que he visto?

— ¡Bien estás en el cuento! —respondió don Quijote—. Ahora me falta rasgar las vestiduras, esparcir las armas y darme de calabazadas por estas peñas, con otras cosas deste jaez, que te han de admirar (I, XXV, p. 239).

La relación de don Quijote como sujeto y de Amadís como su mediador es en este caso una «mediación externa», una relación muy

lejana e inalcanzable entre el caballero manchego, que en este sentido es, para la novela, un personaje real, y el mediador ficticio, ideal, que es Amadís, un personaje literario.

Explica Barahona que en la mediación externa se dan estas características.

El sujeto real, protagonista de la novela, imita al modelo ideal que está fuera de la novela. Aquí no hay conflicto rival, sino emulación que sirve de motivación o puerta abierta a la locura. Cuando es externo, no hay relaciones de competencia, sino de admiración. (Barahona, A., 2014, p. 32).

Hay grandes diferencias entre don Quijote y Amadís. Del primero, dice Cervantes que «frisaba la edad de nuestro hidalgo con los cincuenta años» (I, I, p. 27); y, Amadís es armado caballero cuando tiene solamente quince años, era un joven que iba físicamente a más y don Quijote es una persona cercana a la vejez.

Amadís y Oriana son personajes reales en *Amadís* y que se enamoran desde que se conocen. Don Quijote ha de buscar en su memoria a la *dama de sus pensamientos* y se acuerda de «una moza labradora de muy buen parecer, de quien él un tiempo anduvo enamorado» (I, I, p. 33). Pero su dama, “Dulcinea no sabe escribir ni leer” (I, XXV, p. 242), ni es hija de reyes, como Oriana. Dulcinea del Toboso es una persona idealizada, que para efectos de la novela no existe en la realidad, es la imaginación de nuestro enamorado caballero la que la eleva a la altura de una honrada princesa.

4.5.1. Sancho, el «mediador externo» de don Quijote

Entre don Quijote y Sancho, aun cuando se establece proximidad física en el trato cotidiano, hay una relación desigual de jerarquía entre ambos, por eso, la mediación es externa y no hay rivalidad.

Así, en el aspecto social uno es un hidalgo pueblerino de poca fortuna y el otro un villano; en lo intelectual, el amo lee y es un hombre culto y su escudero no sabe leer; en lo económico, uno es un hacendado pobre y su vasallo un labrador.

La relación permanente que sostienen caballero y escudero es, como señala Girard, una «mediación externa». Pero en tanto imitación significativa, recíproca: la superioridad espiritual del caballero no impide que Sancho Panza sea para él, en cierto sentido, una persona de la que su amo aprende algunos aspectos de la realidad que la vida les va planteando a lo largo de su historia.

Después de la aventura de los rebaños que don Quijote confunde con ejércitos, y en la que amo y criado han quedado molidos, Sancho será guía de don Quijote; cumple así con una de las funciones del escudero, que es servir a su señor para acompañarlo y protegerlo. Señala el escudero: «[...] vamos ahora de aquí, y procuremos donde alojar esta noche, [...] — hijo — dijo don Quijote—, y guía tú por donde quisieres; que esta vez quiero dejar a tu elección el alojarnos» (I, XVIII, p. 164).

A este fenómeno de la influencia de Sancho sobre don Quijote, Salvador de Madariaga le ha llamado «la sanchificación de don Quijote» y alude a los cambios que se van dando en la persona del amo por influencia del vasallo que es, por naturaleza, más realista.

4.5.2. Don Quijote: «mediador externo» de Sancho

Sólo Sancho Panza pensaba que cuanto su amo decía era verdad (I, XIII, p.116).

a) *Imitación en los temas caballerescos.*

La imitación en Sancho es efecto natural de la constante conversación con el caballero, oyendo los relatos y hazañas de los caballeros andantes, se va perfilando su personalidad y asume el papel de un leal escudero.

En la tercera salida es él quien anima a don Quijote con las palabras que ha aprendido sobre los fines de la caballería andante:

A lo que dijo Sancho: Lo que yo sé decir es que, si mi señor tomase mi consejo, ya habíamos de estar en esas campañas deshaciendo agravios y enderezando tuertos, como es uso y costumbre de los buenos andantes caballeros (II, IV, p. 577).

Sancho Panza se destaca al inicio por su simplicidad, sencillez, ingenio, gracia, bondad y sabiduría popular, pero en lo que se refiere a las caballerías, ese mundo es tan absolutamente desconocido para él, que sobrepasa los límites de su comprensión. Don Quijote traslada a este pobre villano al mundo fantástico de las historias de caballerías, que también Sancho, como su amo, considerará verdaderas: «Sólo Sancho Panza pensaba que cuanto su amo decía era verdad y en lo que dudaba algo era en creer aquello de la linda Dulcinea del Toboso» (I, XIII, p.116).

En su ilusión por ser escudero de un caballero andante, Don Quijote de la Mancha, y de imitar algunas de sus acciones dice: «Yo salí de mi

tierra y dejé hijos y mujer por venir a servir a vuestra merced, creyendo valer más, y no menos» (I, XX, p. 176).

A su conveniencia, Sancho aplica las reglas de la caballería. Cuando el escudero del Caballero del Bosque le propone a Sancho que mientras sus amos pelean los escuderos deben hacer lo mismo, Sancho menciona las ordenanzas de la caballería que ha aprendido de su amo:

— Ha de saber, hermano, que tienen por costumbre los peleantes de la Andalucía, [...] que mientras nuestros dueños riñen, nosotros también hemos de pelear y hacernos astillas.

— Esa costumbre, señor escudero —respondió Sancho—, alla puede correr y pasar con los rufianes y peleantes que dice; pero con los escuderos de los caballeros andantes, ni por pienso. A lo menos, yo no he oído decir a mi amo semejante costumbre, y sabe de memoria todas las ordenanzas de la andante caballería (II, XIV, p. 648).

Desde que Sancho Panza acepta ser el escudero del caballero manchego, sabe que puede recibir como recompensa ser gobernador de alguna ínsula y esa ilusión le acompañará en todas sus jornadas:

Decíale, entre otras cosas, don Quijote que se dispusiese a ir con él de buena gana, porque tal vez le podía suceder aventura, que ganase, en quítame allá esas pajas, alguna ínsula, y le dejase a él por gobernador della (I, VII, p. 72).

Iba Sancho Panza sobre su jumento como un patriarca, con sus alforjas y bota, con mucho deseo de verse ya gobernador de la ínsula que su amo le había prometido (I, VII, p. 73).

— Mire vuestra merced, señor caballero andante, que no se le olvide lo que de la ínsula me tiene prometido; que yo la sabré gobernar, por grande que sea (I, VII, p. 74).

Esta promesa de don Quijote se cumplió y Sancho fue gobernador de la ínsula Barataria.

b) La educación en el lenguaje

Don Quijote corrige el hablar de su escudero y le enseña el uso apropiado de ciertas palabras. En la conversación cotidiana con su amo, Sancho va aprendiendo a hablar de una manera propia de hidalgos o caballeros. Los avances en ello sorprenden a su amo.

Llegando a escribir el traductor desta historia este quinto capítulo, dice que le tiene por apócrifo, porque en él habla Sancho Panza con otro estilo del que se podía prometer de su corto ingenio, y dice cosas tan sutiles, que no tiene por posible que él las supiese, pero que no quiso dejar de traducirlo (II, V, p. 581).

Así es como ya habla más apropiadamente de lo que conviene a su condición de labrador:

— Nunca te he oído hablar, Sancho -dijo don Quijote-, tan elegantemente como ahora; por donde vengo a conocer ser verdad el refrán que tú algunas veces sueles decir. «No con quien naces, sino con quien paces» (II, LXVIII, p. 1066).

c) De los consejos que dio don Quijote a Sancho Panza

Una vez que, por la broma de los duques, Sancho es nombrado gobernador de la ínsula tan deseada, su mediador le da varios consejos. A imitación de su modelo, estos buenos consejos los seguirá Sancho cuando tenga que resolver los casos que le plantean y en su comportamiento como gobernador.

Señor —respondió Sancho—, bien veo que todo cuanto vuesa merced me ha dicho son cosas buenas, santas y provechosas; pero ¿de qué han de servir, si de ninguna me acuerdo? será menester que se me den por escrito; que puesto que no sé leer ni escribir, yo se los daré a mi confesor para que me los encaje y recapacite cuando fuere menester (II, LXIII, p. 874).

Sobre la ley, dice don Quijote: «Nunca te guíes por la ley del encaje,³⁴ que suele tener mucha cabida con los ignorantes que presumen de agudos» (II, XLII, p. 869).

Estas sentencias las va a aplicar en los casos que resuelve como gobernador Sancho Panza. Entre ellos, el de las caperuzas entre un labrador y un sastre, en el que aplica la justicia conmutativa a las dos partes que con mala fe han tratado de engañarse mutuamente (II, XLV, pp. 889 y 890). También ha de recordarse el caso de los ancianos y el báculo que escondía los diez escudos de plata con los que uno le pagaba la deuda al otro. El juez Sancho los resolvió con observación y astucia (II, XLV, pp. 890 a 890).

Por lo que hace a los consejos sobre cómo gobernar su persona y su casa, dice éste, entre otros:

Come poco y cena más poco; que la salud de todo el cuerpo se fragua en la oficina del estómago. Sé templado en el beber, considerando que el vino demasiado ni guarda secreto, ni cumple palabra. Ten cuenta, Sancho, de no mascar a dos carrillos, ni de erutar delante de nadie (II, XLIII, p. 872).

Esta frugalidad la acata el gobernador contra su voluntad, pues el médico de la ínsula, el doctor Pedro Recio de Mal Agüero, le limita sus alimentos, lo que enoja grandemente al goloso Sancho.

— No se ha de comer, señor gobernador, sino como es uso y costumbre en las otras ínsulas donde hay gobernadores. Yo, señor, soy médico, y miro por su salud mucho más que por la mía, y lo principal que hago es asistir a sus comidas y cenas, y a dejarle comer de lo que me parece que le conviene, y a quitarle lo que imagino que le ha de hacer daño y ser nocivo al estómago (II, XLVII, p. 900).

³⁴ «Nunca juzgues con arbitrariedad». Nota de la edición del *Quijote* de Francisco Rico, (2014), p. 869.

Y vuelvo a decir que se me vaya Pedro Recio de aquí; ... Y denme de comer, o si no, tómense su gobierno; que oficio que no da de comer a su dueño no vale dos habas (II, XLVII, p. 902).

Para Sancho Panza se ha cumplido su «deseo que tengo de probar a que sabe el ser gobernador» (II, XLII, p. 866), pero después de ejercer el gobierno, lo deja. En esa escena, va a la caballeriza, abraza a su rucio y señala: «me subí a las torres de la ambición y de la soberbia, se me ha entrado por el alma adentro mil miserias, mil trabajos y cuatro mil desasosiegos» (II, LIII, pp. 956 y 957).

Sancho sube al rucio y,

encaminando sus palabras y razones al mayordomo, al secretario, al maestrasala y a Pedro Recio el doctor, y a otros muchos que ahí estaban, dijo:

— Abrid camino, señores míos, y dejadme volver a mi antigua libertad: dejadme que vaya a buscar la vida pasada, para que me resucite de esta muerte presente. Yo no nací para ser gobernador, ni para defender ínsulas ni ciudades de los enemigos que quisieren acometerlas. Mejor se me entiende a mí de arar y cavar, podar y ensarmentar las viñas, que de dar leyes ni de defender provincias ni reinos. Bien se está San Pedro en Roma: quiero decir que bien se está cada uno usando el oficio para que fue nacido (II, LIII, p. 957).

Al término de su gobierno en la ínsula, experiencia que tanto deseaba, Sancho ha seguido estos dos consejos que le dio su amo, don Quijote:

Has de poner los ojos en quien eres, procurando conocerte a ti mismo, que es el más difícil conocimiento que puede imaginarse.

Haz gala, Sancho, de la humildad de tu linaje, y no te desprecies de decir que vienes de labradores; porque viendo que no te corres, ninguno se pondrá a correrte, y préciate más de ser humilde virtuoso que pecador soberbio (II, XLII, p. 868).

CONCLUSIONES

La vida de Miguel de Cervantes transcurre durante el reinado de los primeros Austrias. Su existencia transcurre entre dos vocaciones: las armas y las letras, es soldado y es escritor. Siendo rey Felipe III, se publican las dos partes del *Quijote*.

Cervantes halló su fuente de sabiduría en la vida y la experiencia, más que en los libros. Fue hombre de acción más que de meditación y en su vida andariega adquirió sabiduría práctica. Fue un humanista formado en la escuela de la vida y la adversidad.

Nuestro autor tiene una vasta obra que incluye poesía y verso, teatro (comedias y entremeses), novela pastoril como *La Galatea* y las *Novelas Ejemplares* como relatos cortos.

El *Quijote*, escrito en la madurez de su vida, es la primera novela moderna y una de las mejores obras de la literatura universal. Es un libro que contiene la sabiduría de la vida y está escrito en un lenguaje claro y de amena lectura.

Los libros de caballerías fueron muy populares en España durante el siglo XVI. En el *Quijote*, con excepción de Sancho Panza, todos se hallan familiarizados con *Amadís* y su progenie: el cura, el barbero, el ventero, su mujer e hija, Maritornes, los caballeros que aparecen en los caminos, la hermosa Dorotea, estudiantes, el duque y la duquesa y el crítico canónico de Toledo. Algunos de sus lectores tienen por ciertas las historias de caballerías; otras personas se pronuncian contra ellas, como el canónico de Toledo y el Caballero del Verde Gabán.

Don Quijote, un hidalgo ocioso que lee libros de caballería que le han hecho perder el juicio, decide convertirse en caballero andante. Él se ve a sí mismo y se presenta con los demás como un hombre valiente, comedido, cortés, liberal, bien criado y cuyo oficio es andar por el mundo enderezando tuertos y desfaciendo agravios.

El origen de su locura es su obsesión por los libros de caballería y la creencia de que las historias allí contadas son verdaderas. Ve la realidad, pero en su imaginación ocurren cosas distintas que aluden a la caballería. Sin embargo, tiene un saber que denota cultura, cualidades de observación y reflexión. Su ser está en las inciertas fronteras de la locura y la cordura. Es un cuerdo loco y un loco que tira a cuerdo.

La España que recorre don Quijote está poblada de villanos o pecheros, que son labradores y pastores de distinta condición económica y social. En la novela, los villanos quieren ser hidalgos y estos, a su vez, caballeros y nobles. Don Quijote es un hidalgo de solar conocido, posesión y propiedad y su sueño es resucitar la caballería andante para ser reconocido por sus hazañas.

Según René Girard el ser humano es fundamentalmente mimético. La estructura del deseo es triangular con un sujeto que desea, un mediador y un objeto o sujeto deseado. La distancia, física o espiritual, entre mediador y sujeto es esencial para determinar si existe *mediación externa*. Esta se da cuando la distancia es suficiente para que las dos esferas de posibilidades no entren en contacto. La *mediación interna* ocurre cuando esa misma distancia es suficientemente reducida como para que las dos esferas penetren, más o menos profundamente, la una en la otra y ello dé lugar a una rivalidad.

La teoría de Girard procede de textos literarios como el *Quijote* de Cervantes, *Rojo y Negro* de Stendhal o *Madame Bovary* de Flaubert. En estas novelas, Girard encuentra casos de mediación interna y externa de los protagonistas Julián Sorel y Madame Bovary. Hay mediación externa de Sorel con Napoleón, el marqués de la Mole y el abate Pirard y mediación interna con madame Rênal y Matilde. Emma Bovary establece mediación externa con las heroínas románticas de sus novelas y mediación interna con sus amantes, Rodolfo y León. Sin embargo, en general, la imitación de Emma es más externa y menos violenta que la de Julián. La más noble de las imitaciones, sin embargo, es la del *Quijote*.

La relación entre don Quijote y Sancho, entre caballero y escudero, es resultado de un contrato de vasallaje, propio del régimen feudal con obligaciones de las dos partes. Don Quijote es defensor de Sancho y éste le sirve y acompaña en sus aventuras con la promesa de recibir el gobierno de una ínsula. Hay una jerarquía de don Quijote sobre Sancho y una sumisión de éste hacia su amo. Por la distancia espiritual entre el sujeto, Sancho, y el mediador, don Quijote, en la teoría de Girard, estamos frente a una mediación externa en la que no cabe la rivalidad.

El Caballero de la Triste Figura tiene a Amadís como su principal mediador o modelo a imitar. Es quien le inspira su nombre, el tener su dama (la sin par Dulcinea) y su escudero (Sancho Panza). Asimismo, los encantadores y algunas hazañas resultan de la imitación. El sujeto real, don Quijote, imita un modelo ideal, Amadís y sostiene una mediación externa con Amadís de Gaula, su modelo inalcanzable. No hay relaciones de competencia, sino de admiración.

La imitación de Sancho a don Quijote es un efecto natural de la constante conversación del caballero con su escudero, en la que éste va oyendo los relatos y hazañas de los caballeros andantes, modelos de su amo. Sancho, a pesar de la cercanía física, sostiene una relación desigual con don Quijote, hacia quien debe lealtad y reconocimiento. Hay una distancia espiritual que produce una mediación externa entre estos ambos personajes.

BIBLIOGRAFÍA

1. Airaksinen, T. (2019), René Girard an mimetic desire, *Vagaries of desire. A Collection of Philosophical Essays*, Editorial Brill.
2. Barahona Plaza, Á. J. (2014), *René Girard de la ciencia a la fe*, Madrid, Encuentro
3. Basave Fernández del Valle, A., (1964), *Filosofía del Quijote*, México. Espasa Calpe.
4. Beneyto Pérez, J. (1958), *Historia de la Administración Española e Hispanoamericana*, Madrid, Aguilar.
5. Brehm, M. (1974), *Lengua y literatura españolas*, 5ª edición, México, Esfinge.
6. Canavaggio, J. (2006), *Don Quijote, del libro al mito*, traducción de Mauro Armiño, Madrid, Espasa Calpe.
7. Canavaggio, J. (2015), *Cervantes*, traducción de Mauro Armiño, Barcelona, Espasa Calpe.
8. Canavaggio, J. (2015a), *Historia de la literatura española 3, siglo XVII*, traducción de Juan Bignozzi, Barcelona, Ariel.
9. Cervantes, F. (2021), *Conquistadores. Una historia diferente*, México, Turner.
10. Cervantes, M. (1941-1944.), *El ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha*, Edición y notas de Francisco Rodríguez Marín, tomos I - VIII, 4ª edición, Madrid, Espasa-Calpe.
11. Cervantes, M. (1967), *Obras completas*, recopilación, estudio preliminar, prólogos y notas de Ángel Valbuena Prat, Madrid, Aguilar.
12. Cervantes, M. (1968), *El ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha*, Edición preparada por Justo García Soriano y Justo García Morales, Madrid, Aguilar.
13. Cervantes, M. (2004), *Don Quijote de la Mancha*, notas al texto Francisco Rico, edición del IV Centenario, Madrid, Alfaguara.

14. Cervantes, M. (2014), *Don Quijote de la Mancha*, Edición, notas y anexos de Francisco Rico, Décima impresión, Madrid, Punto de Lectura.
15. Covarrubias, S. (1998), *Tesoro de la Lengua Castellana o Española*, Edición de Martín Riquer, Barcelona, Alta Fulla.
16. *Diccionario de Autoridades*, (1990), Edición Facsímil, Madrid, Gredos.
17. *Diccionario de la Lengua Española*, (2001), 22ª edición, Madrid, Espasa Calpe.
18. Domínguez Ortiz, A. (1997), *La España del Quijote*, artículo que forma parte de edición del Quijote del Instituto Cervantes. Centro Virtual Cervantes.
19. Echeagaray, J. I. (1996), *Contrato entre Don Quijote y Sancho*, México, Jus.
20. Escriche, J. (1998), *Diccionario razonado de legislación civil, penal, comercial y forense*, citas del derecho, notas y adiciones por el licenciado Juan Rodríguez de San Miguel, México, IJ-UNAM, Porrúa.
21. Flaubert, G. (1984), *Madame Bovary*, traducción de Consuelo Berges, 12ª reimpresión, Madrid, Alianza Editorial.
22. Garcés, M. A., (2001), Testimonio, memoria y creación. Cervantes y Saavedra (pp. 247 – 254), *Actas del XIV Congreso de la Asociación Internacional de Hispanistas* Tomo II, Lerner, Nival & Alonso [edd.], Newark, Delaware, Juan de la Cuesta Recuperado de: https://cvc.cervantes.es/literatura/aih_142028.
23. Girard, R. (1985), *Mentira romántica y verdad novelesca*, traducción de Joaquín Jordá, Barcelona, Editorial Anagrama.
24. Girard, R. (2006), *Literatura, mimesis y antropología*, traducción Alberto L. Bixio, Barcelona, España, Gedisa Editorial.
25. Huizinga, J. (2012), *El otoño de la Edad Media. Estudios sobre la forma de la vida y del espíritu durante los siglos XIV y XV en*

Francia y los Países Bajos, versión de José Gaos, Madrid, Alianza Editorial.

26. Madariaga, S. (1967), *Guía del lector del Quijote*, 6ª edición, Buenos Aires, Editorial Sudamericana.
27. Moliner, M. (2007), *Diccionario de uso del español*, Madrid, Gredos.
28. Navarro y Ledesma, F. (1960), *El ingenioso hidalgo Miguel de Cervantes Saavedra*, Madrid, Espasa Calpe.
29. Ortega y Gasset, J., *Meditaciones del Quijote*, [Freeditorial.freeditorial.com/es](http://freeditorial.freeditorial.com/es).
30. Pascal, B. (1999), *Pensamientos*, 7ª edición, Madrid. Espasa Calpe. Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes.
31. Riley, E. C. (2014), *Cervantes: teoría literaria*, Centro Virtual Cervantes.
32. Romero, J. L. (2014), *La Edad Media*, 29ª reimpresión, México, Fondo de Cultura Económica.
33. Roubaud, S. (2004), *Los libros de caballerías*, artículo que forma parte de edición del Quijote del Instituto Cervantes, dirigida por Francisco Rico.
34. Sanabria, J. R. (1976), *Introducción a la filosofía*, 1ª edición, México, Porrúa.
35. Stendhal (2020), *Rojo y Negro*, traducción de Consuelo Berges, 4ª edición, Madrid, Alianza Editorial.
36. Thomas, H. (2001), *Quién es quién de los conquistadores*, traducción María Dolores Udina y otros, Madrid, Salvat Editores.
37. Tomás y Valiente, F. (1997), *Manual de Historia del Derecho español*, 4ª edición, Madrid, Editorial Tecnos.
38. Trapiello, A. (2005), *Las vidas de Miguel de Cervantes. Una biografía distinta*, México, Fondo de Cultura Económica.

- 39.Valdeavellano, L. G. (1975), *Curso de Historia de las Instituciones Españolas*, 4ª edición, Madrid, Ediciones de la Revista de Occidente.
- 40.Vargas Llosa, M. (2004), *Una novela para el siglo XXI*, ensayo que forma parte de la edición del Quijote de la Real Academia Española, México.
- 41.Villoro, J. (15 de agosto de 2014), El pan que cayó del cielo, *Reforma*, p. 11.
- 42.Villoro, J. (2008), *El Quijote, una lectura fronteriza* (pp. 39 a 60), *De eso se trata*, Barcelona, Editorial Anagrama, 2008.
- 43.Xirau, R. (1974), *Introducción a la historia de la filosofía*, 4ª edición, México, UNAM.